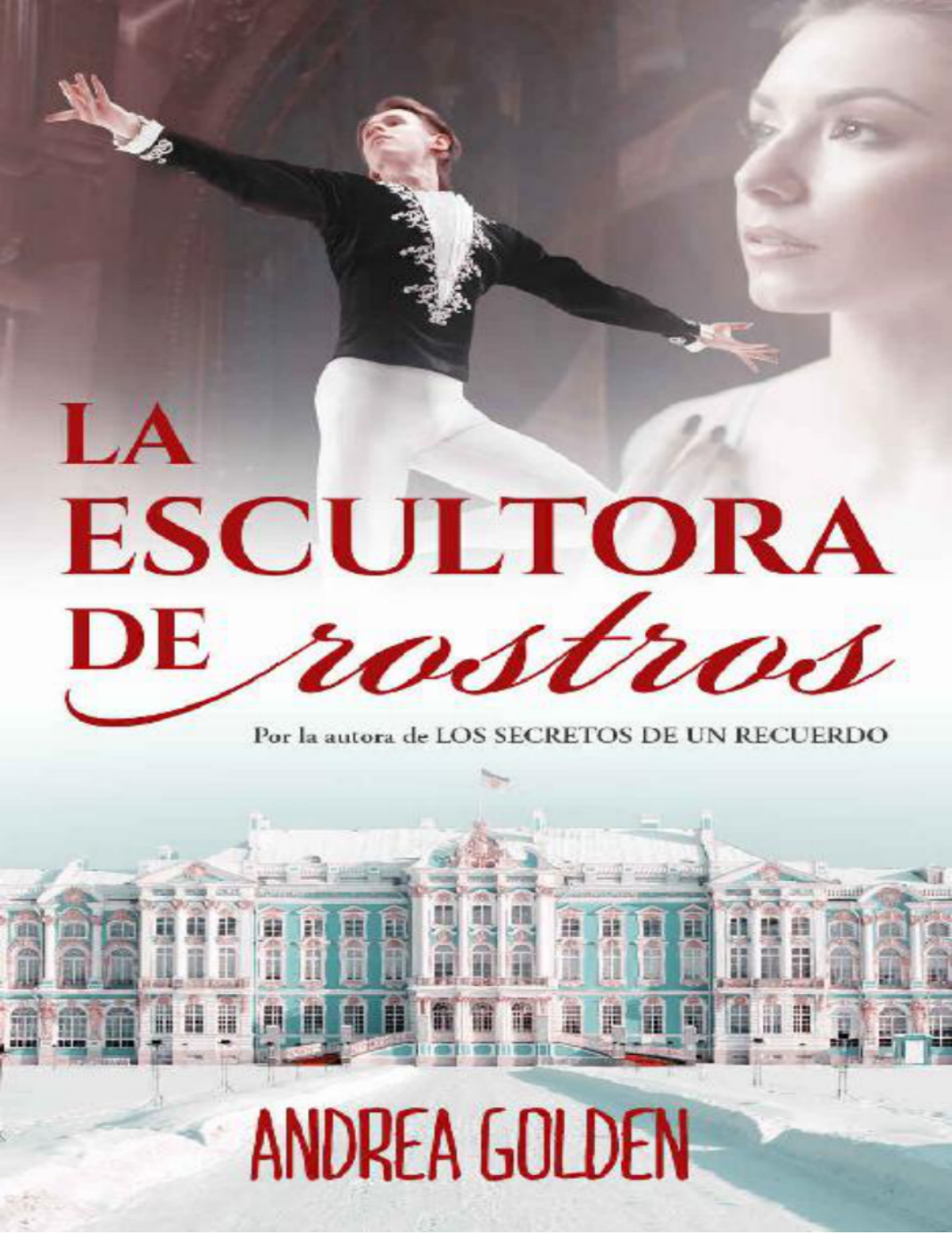


LA ESCULTORA DE *rostros*

Por la autora de LOS SECRETOS DE UN RECUERDO

ANDREA GOLDEN

LA ESCULTORA DE *rostros*

ANDREA GOLDEN

Los personajes y sucesos presentados en este libro son ficticios, no así los lugares y los hechos acaecidos en esa época; el contexto histórico está basado en la realidad del momento.
Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Copyright ©Andrea Golden
Código Safe Creative: 2202020396486
Fecha de registro: 2 febrero 2022.
Licencia: Todos los derechos reservados.
Diseño de cubierta: Nerea Pérez Expósito de www.imagina-design.com
Corrección y diseño editorial: Paola C. Álvarez

Índice

PARTE I. Hasta 1895
CAPÍTULO I. Inglaterra
CAPÍTULO II. Inglaterra
CAPÍTULO III. Inglaterra
CAPÍTULO IV. Inglaterra
CAPÍTULO V. Inglaterra
CAPÍTULO VI. Inglaterra
CAPÍTULO VII. Inglaterra
CAPÍTULO VIII. Inglaterra
CAPÍTULO IX. Rusia
CAPÍTULO X. Rusia
CAPÍTULO XI. Rusia
CAPÍTULO XII. Rusia
CAPÍTULO XIII. Rusia
CAPÍTULO XIV. Rusia
CAPÍTULO XV. Rusia
CAPÍTULO XVI. Rusia
CAPÍTULO XVII. Rusia
CAPÍTULO XVIII. Rusia
CAPÍTULO XIX. Rusia
PARTE II. Petrogrado (antigua San Petersburgo)
CAPÍTULO XX. Rusia
CAPÍTULO XXI. Rusia
CAPÍTULO XXII. Rusia
CAPÍTULO XXIII. Rusia
CAPÍTULO XXIV. Rusia
CAPÍTULO XXV. Rusia
CAPÍTULO XXVI. Rusia
CAPÍTULO XXVII. Rusia
CAPÍTULO XXVIII. Rusia
CAPÍTULO XXIX. Rusia
PARTE III. Petrogrado (antigua San Petersburgo)
CAPÍTULO XXX. Rusia
CAPÍTULO XXXI. Rusia
CAPÍTULO XXXII. Rusia
CAPÍTULO XXXIII. Rusia
CAPÍTULO XXXIV. Rusia

CAPÍTULO XXXV. Rusia
CAPÍTULO XXXVI. Rusia
CAPÍTULO XXXVII. Rusia
CAPÍTULO XXXVIII. Rusia
CAPÍTULO XXXIX. Rusia
CAPÍTULO XL. Rusia
CAPÍTULO XLI. Rusia
Notas interesantes de la autora
Agradecimientos
Otros títulos de Andrea Golden

«La vida nos imposibilita volver hacia atrás, pero sí concede el tiempo suficiente para procurarnos un distinto final».

ANDREA GOLDEN, *La escultora de rostros*

Amistad. La siento y la valoro, y tú eres esa musa que inspira mis palabras.
Para mi amiga Eugenia Alonso.

PARTE I. Hasta 1895

20 años antes de la Gran Guerra

CAPÍTULO I. Inglaterra

Hasta 1894. El aprendizaje

Mi mente me evadía en cuanto mis dedos se hundían en el barro, en cuanto moldeaban el bloque arcilloso reposado en la minúscula mesa de madera de mi pequeña habitación de antaño. Frente a la ventana —con vistas a la desembocadura del río Támesis, que desalojaba, virulento, sus aguas en el mar del Norte—, le daba forma. Los primeros años, tras descubrir mi talento, realizaba pequeñas piezas que me sirvieron como distracción en mis juegos de infancia o, a petición de mi extensa lista de primas —de similares edades a la mía y con las que poseía un vínculo especial al carecer de hermanos—, solicitaban que les moldeara alhajas de ficticio valor, joyas que hacían volar su imaginación y rozar una vida con la que solo podían fantasear. Demandaban alianzas de arcilla que yo engarzaba con falsas esmeraldas. Pequeñas piedrecillas blanquecinas, traídas de la playa cercana, que coloreaba en tonos verdes, imitando aquellos bellos y lejanos compromisos de por vida, que todas, en aquella época de inocencia, deseábamos contraer algún día. Tal vez obsequios recibidos por apuestos príncipes amorosos, futuros reyes de imperios… Soñábamos embelesadas.

Todos aspiraban a casar a sus primogénitas con hombres de bien. Terratenientes asentados que ofrecieran a sus hijas una mejor posición social y, a la postre, para sus familias, un avance en sus ordinarias y modestas vidas. No me cabía duda de que mis padres —regentes de un pequeño bazar de telas— también lo pretendieron o algo de similares consecuencias, con la añadidura de tener entre sus manos una gran oportunidad de la que no muchos gozaban: una preciosa hija con rasgos españoles engendrada —llamativos en aquella sociedad anglosajona de pieles empalidecidas y atributos suaves, sin viveza alguna, y que, con el tiempo, por mí misma llegué a apreciar—, las vacaciones en el palacio de Buckingham —por intermediación de la única hermana de madre, mayor que ella, asistenta personal de la reina Victoria— y a la amistad que me unió durante años con la joven Alicky —Alix de Hesse-Damstadt, nacida en Alemania y nieta de la reina—, apodo con el que se la llamaba en la corte para distinguirla de

su tía, poseedora del mismo nombre. Una desgracia familiar la hizo pasar gran parte del año con sus primos británicos y todas sus vacaciones transcurrieron junto a su abuela y su amiga del alma, Xena; yo era la excelentemente educada sobrina de Kristen —asistente personal de la soberana—, a la que se le inculcó un carácter dócil y sumiso para conseguir el fin que deseaban.

En la primavera, cuando las aves migratorias volvían a surcar mi rincón de sosiego, cuando mi ventana me ofrecía esas barnaclas de cara blanca en vuelo —el modelo ideal que un escultor copia para engrandecer su arte—, mi material de evasión desaparecía. Encerrado bajo llave quedaba. Chantajeadas mis virtudes para que concentrara mi atención en el estricto aprendizaje al que fui sometida desde muy temprana edad, totalmente necesario para una integración en la residencia palaciega durante esos meses de verano que se me requería. Usada para que Alicky no estuviera sola y compartiera juegos y confidencias con una amiga adecuada para ella. Utilizaron mi puericia para alegrar a la apática aristócrata que había perdido a su hermano mayor, afectado de hemofilia, y a gran parte de su familia en un brote de difteria.

Ella recuperaba entusiasmo en esos meses de asueto mientras que yo perdía un día tras otro de mi niñez preparando ese encuentro durante todo el año.

Me horrorizaba que llegaran las tardes de entretiempo.

Encantada con los atardeceres —que proyectaban su último haz de luz sobre las bandadas migratorias—, robaba espaciados instantes a mis lecciones para contemplar los colores cambiantes de su plumaje desde mi ventana. Me imaginaba mezclando las cantidades adecuadas de tinte blanco con el negro para obtener sus distintas tonalidades grisáceas.

Miraba el horizonte con mis ojos perdidos en la lejanía, haciendo creer a mi tutora que discurría sobre alguna cuestión planteada. Esa era la única forma que poseía para evadirme de la severa educación que habían elegido para mí, sin yo poder hacer nada al respecto.

Cuando el elegante carromato —tirado por espléndidos corceles negros— aparecía para llevarme a palacio y detenía su marcha frente al portón de entrada a casa, me sentía bendecida. Una pequeña ensimismada viviendo en un cuento de hadas.

En el vecindario era envidiada por niños y jóvenes por ser llevada a la corte con la única misión de jugar durante todo el día con la nieta de la reina. Me compraron con manjares, sirvientes a mi entera disposición y recompensaron mi esfuerzo anual con pases privados de títeres. Las manos de los mejores artistas del país, exquisitamente disfrazadas, luchaban por conquistar tierras y el príncipe azul, envalentonado, salvaba a la doncella de las garras de monstruos de

trapo, zarandeados iracundos.

Con el tiempo, llegué a pensar que toda esa preparación podía servirme. Observaba de soslayo a mi profesora, sentada junto a mí, y me gustaba lo que veía. Tenía una buena vida, conocía su compromiso matrimonial con un comerciante relacionado con la corte, también sabía que ejercía de tutora para alguna de las hijas de las princesas. Quise creer que estaba ante mi propio porvenir, tal vez las hijas de las hijas de las princesas o hasta los descendientes de Alicky, algún día, necesitarían una maestra de confianza y delegarían en mí la educación de la prole que estaría por llegar. Me esforcé con toda mi alma para que eso sucediera. Soñé vivir en Londres e inclusive discurrí que en la capital tendría más oportunidades de crecer en mi gran pasión: la escultura.

Sí, envidiable parecería a vistas de los demás, hasta yo misma en aquel momento lo creí codiciable, pero un episodio que estaba por llegar me aclararía la finalidad de todo aquello.

Las clases, en el comienzo del año 1894 —en el que se definiría mi futuro inmediato—, se tornaron distintas. Por algún motivo que desconocía en ese momento mis enseñanzas cambiaron. Un nuevo maestro —con un marcado acento eslavo—, algo más curtido que mi tutora habitual, colaboró en mi aprendizaje. Aún más tiempo empleamos en el complejo estudio de un nuevo idioma, en las enseñanzas de un modo de vida muy distinto al que yo conocía: una religión que no compartía y costumbres originarias de un país tan lejano… que me resultó todo altamente extraño.

¿Qué era lo que yo no sabía?, me empecé a cuestionar. ¿Por qué ahora todo mi amaestramiento se centraba en torno a un territorio tan grandioso como era aquel, el imperio ruso?, razonaba en silencio mientras aprendía todo sobre él.

CAPÍTULO II. Inglaterra

Durante 1894. Verano. El reencuentro

La amistad entre Alicky y yo, después de casi un año sin vernos, era verdadera: se notaba en la ilusión con la que salía a recibirme al enorme y majestuoso jardín —por donde accedía el carromato que me llevaba a palacio—, en la fuerza que ejercíamos ambas en nuestros abrazos, en los breves diálogos entrecortados por la emoción del rencuentro.

—¡Xena! —gritaba la aristócrata.

—¡Alix! —gritaba yo a la vez que saltaba de la calesa por encima de las tres escaleras, desplegadas inmediatas por el cochero, desobedeciendo, solo por esa vez, las directrices de llamar a mi amiga de forma distinta en la corte inglesa.

Habíamos compartido tantos momentos desde que éramos niñas que su aspecto desbordado en alegría detectado en ese primer encuentro llamó mi atención.

—¡Hay algo que tengo que contarte…! —desalojó, inmediata, su boca.

Mis ojos se alzaron al cielo llenos de resignación por lo que sabía que me iba a desvelar y, en el tono más bajo que pude, susurré la pregunta:

—¿El zarévich Nicolás? —cuestioné, asombrada de que hubiese conseguido su propósito, pasando por encima de su fe luterana para, irremediablemente, convertirse en ortodoxa y, sobre todo ello, haber hecho que la reina Victoria aprobara su unión.

—¡Sí, nos hemos comprometido! —dijo, ladeando tímidamente la cabeza hacia uno de sus hombros.

Ambas contábamos con veintidós años, edades en las que según los cánones tendríamos que estar ya casadas.

Debido a mi estricta educación fui apartada de ese cortejo de galanes, habitual entre mis primas —que en aquel entonces ya se habían distanciado y no las sentía tan cercanas como antes— y, aunque deseaba con todas mis fuerzas formar mi propia familia, al igual que todas ellas habían hecho, en ese momento creí que mi porte podría ser la causante de aquel contratiempo. Tal vez, no poseía la suficiente

belleza como para que algún caballero adecuado fijara su atención en mí: por mi pelo extremadamente negro y de marcados rizos acaracolados, caderas pronunciadas y estrecha cintura, ojos con forma aceitunada y de color oscuro, achocolatados decían que los tenía. Veía mi aspecto tan distinto a las jóvenes de alrededor que hasta llegué a sentir vergüenza de mi apariencia hispana. A su vez, Alicky también había retrasado ese momento debido a las disputas con su abuela y el rechazo, hacía unos años atrás, a un casamiento impuesto que, finalmente, pudo eludir.

Entusiasmada, ayudándome ella misma a subir mi baúl —repleto de prendas nuevas que madre había ido recopilando durante todo ese año — hacia mi dormitorio —situado contiguo al suyo—, siguió narrando sobre lo que acontecería aquel verano que acababa de comenzar.

Habló y habló de continuos bailes, recepciones, el bautizo del hijo mayor del príncipe Jorge y que ellos dos serían los padrinos, por lo que, indirectamente, me adelantó la noticia de la inminente llegada de Nicky —nombre con el que empezó a llamar a su prometido, Nicolás II, futuro zar de Rusia— con su séquito habitual de compañía, formado por primos lejanos y amigos allegados que, por su seguridad, siempre lo escoltaban.

En ese momento, tras lo desvelado, entendí el motivo por el que me habían iniciado en ese idioma, el ruso; tenían que integrarme en el nuevo ambiente de mi amiga, aunque fuese por ese corto espacio de tres meses junto a ella.

Al llegar a mi habitación, en un ritual que imitábamos siempre, la joven besó mi mejilla y salió despavorida por la pequeña puerta que conectaba nuestros aposentos.

Aquel lugar era inmenso, tan grande como todo el hogar en el que me crie junto a mis padres. Un enorme ventanal, que encontraba siempre abierto a mi llegada, proyectaba luminosidad a todo ese cuarto. Repartidas por sus rincones, estaban mis esculturas —unas finalizadas y otras inacabadas—, intactas las conservaban aun habiendo pasado todo un año desde mi anterior verano allí. Todas ellas retrataban lo que mis ojos podían llegar a ver desde aquel lugar: extraordinarias formas de jardinería del vergel lindante, el copiado de alguna estatua cercana y, sobre todo, el busto, la figura y el rostro de Alicky, que posaba siempre entusiasmada de verse a través de lo que yo plasmaba, fiel a sus encantos.

El día que llegó el zarévich Nicolás, la futura zarina desapareció durante horas. Abandonó las tareas diarias que siempre nos juntaban.

Fue al atardecer cuando tocaron a la puerta principal de mi estancia. Una de las doncellas transportaba entre sus brazos, completamente estirados, dos preciosos vestidos de gala. Uno largo y entallado, el otro algo más pequeño y de escote más pronunciado.

—La señora la espera en su aposento —me anunció la sirvienta mientras cedía hacia mis manos la vestimenta que portaba.

Con delicadeza, para no alterar el extraordinario planchado de las suntuosas prendas, fui dando cortos pasitos hacia el pequeño portón que nos comunicaba en privado.

La punta de uno de mis pies, la única extremidad libre para hacerme oír, pateó el endeble portillo de madera que nos separaba.

—¡Pasa, pasa! —Escuché decir desde el otro lado.

En cuanto la vi, sentada frente a su tocador y recién atendida por el personal encargado de peinarla y maquillarla, me impactó su belleza. Realmente, se diferenciaba de todas las demás por su porte principesco.

—Y… ¿esto? —Zarandeé los vestidos.

Hice volar sus exquisitas telas danzando circular en rededor de su habitación, como en el comienzo de la coreografía en un interminable e inmaculado salón engalanado.

—¡Venga, date prisa!, ayúdame a vestirme y no tardes en arreglarte. —Las comisuras de sus labios se alzaron—. Hoy vendrás conmigo.

Yo, una joven pueblerina, sin sangre real corriendo por las venas, invitada como acompañante de una gran dama. Mi mente estalló en millones de luceros, noté pinchazos agudos presionando mi estómago mientras la ayudaba a vestir su enagua, corpiño y corsé.

Alicky se sentía bien en mi compañía, no se avergonzaba mostrándome sus intimidades. Hacía mucho que su desnudez era trivial para ambas. En muchas otras ocasiones la había esculpido sin ropa e incluso colaborado en su aseo y sus baños, en colocar ajustadas prendas interiores, tirando con fuerza de los cordones situados en su dorso, que estrechaban su talle y realzaban sus diminutos pechos.

Había estudiado en numerosas ocasiones las normas de comportamiento de una consorte y esa noche las pondría en práctica: esperar en la puerta principal del dormitorio a la anfitriona, colocar adecuadamente la caída de la tela del vestido, andar por detrás de la dama cuando emprendiera la marcha y mantener cierta distancia al entrar en la sala principal, donde se celebrara la recepción o el baile de gala.

Tantas horas de estudio me habían servido para conseguir esa gran oportunidad social.

Hasta la última de las aptitudes enseñadas por mi tutora realicé, todo ejecutado según las directrices aprendidas, aunque algo que no pude evitar y que no llegué a entender aquella noche no salió como debiera.

Alicky anduvo magistral por el estrecho pasillo que se iba formando a su paso. Todos los invitados plegaban levemente su rodilla y realizaban una ligera reverencia, el siguiente movimiento de sus cabezas, sorprendentemente, lo dirigieron hacia mí —caminaba por

detrás de ella—. Pensé que, tal vez, al ser mi primera vez, cometí el error de seguirla demasiado cercana. Frené mi ritmo y cedí algo más de espacio para que esto no sucediera. Intenté pasar desapercibida como así indicaba la buena praxis del acompañamiento a una aristócrata distinguida. Imposible fue de evitar que tanto hombres como mujeres hicieran ese gesto que me daba protagonismo cuando ni quería ni debía tenerlo. Hasta al ocupar mi asiento apartado, situado en el lateral de la sala donde todos comenzaron la danza, noté la glotonería de sus ojos cuando me miraban.

Era la primera vez que me exponía en público, que utilizaba las pinturas de mi tocador, que recogía mi pelo moreno y lo dejaba caer en perfectos tirabuzones cercanos a mi cara, que me vestía de esa manera tan elegante que acentuaba mi estrecha cintura y realzaba mi exuberante busto.

Con la compostura aprendida, seguí inmóvil ocupando mi lugar. En escasas ocasiones dirigí mi vista hacia ese baile. Por educación no podía fijarla en ninguna de esas parejas de nobles que danzaban acompasadas, aunque, sin poder evitarlo, en el recorrido de mis ojos por la sala alguien eclipsó mis intenciones.

Lo seguí con mi mirada aunque no debía. Lo observé con atención aunque no se me permitía. Disimulé mi sonrisa cuando contemplé la disputa de dos damas honorables que demandaban bailar con él a la misma vez. Caballeroso, realizó turnos con ambas para complacerlas sin ocultar su ademán risueño por lo que acababa de ocurrirle.

Solamente cuando Alicky se acercó hacia mí, me obligué a desatender la escena y a centrar mi atención en los posibles requerimientos de mi amiga.

Llevó su boca hacia mi oído.

—Xena —susurró—, ¿cómo se dice te quiero en ruso?

Sorprendida, contesté, impulsiva:

—¡я люблю тебя!

—¡Deséame suerte…! —exclamó mientras tocaba mi mano, agradecida.

Antes de que la futura zarina se apartara de mi lado, empuñé sus dedos con los míos para que no marchara.

—¿Quién es? —pregunté con timidez mientras dirigía mi barbilla en dirección al atractivo caballero que vestía, elegante, una entallada casaca roja con botones dorados.

Ella, con disimulo, giró su cabeza en busca del joven señalado y, tras observarlo, como un resorte, la dirigió con rapidez de nuevo de vuelta hacia mí.

Sus cejas, extrañadas, se contrajeron antes de hablarme.

—¡Es el primo segundo de Nicky!, ¡imposible! —exclamó con desprecio, dándome a entender que estaba fuera de mi alcance.

Por supuesto sabía que no se fijaría en la menuda y plebeya acompañante de esa mujer distinguida, ni que pudiera llegar a él de ninguna de las maneras. Fue una confidencia, una declaración reservada solo para la que, creí, era mi mejor y única amiga.

El menosprecio de su voz me fue clarificador.

CAPÍTULO III. Inglaterra

Durante 1894. Verano. El porvenir

Esa noche, tras el término de mi primera recepción como acompañante de la aristócrata, no me encontré bien. Inquieta, sin poder dormir, rodé por encima de mi enorme cama. Me levanté y deambulé, nerviosa, de un lado a otro de mi habitación durante toda la madrugada. Por vez primera en mi vida pensé que había sido un error criarme de tal manera: princesa por tres meses. Mi procedencia era humilde y, sin embargo, había sido expuesta a tantos lujos desde mi niñez que…, erróneamente, creí pertenecer a esa sociedad que desde su nacimiento ostenta privilegios.

En esa velada reveladora me sentí sirvienta y no dama.

La luz del amanecer iluminó mis párpados somnolientos en el preciso instante en el que escuché el chasquido de mi puerta al cerrarse suave. Abrí de inmediato los ojos y observé como Alicky —que andaba de puntillas y que parecía llegar demasiado tardía hacia su aposento— decidía hacerme una visita inesperada.

Su ademán era trasnochador: la pequeña cola de su vestido la llevaba reposada en uno de sus hombros, sus pololos de algodón, expuestos a la vista debido a su enagua levantada.

Parecía no recordar su comentario cruel cuando se acercó, se sentó al borde de mi cama y me abrazó.

—Estoy enamorada —susurró cercana a mi oído.

En mi interior noté más regocijo que aversión.

Le correspondí y me ceñí a su contorno con fuerza, olvidando de inmediato el daño que me hizo la noche anterior.

—Me alegro de verdad —musité también.

Quedó recostada al lado mío.

Parloteó durante horas mientras el alba daba paso a la mañana. Aunque toda su conversación giró en torno a su amado Nicky, también me desveló algo que había ocurrido en la pasada gala y que me incumbía directamente; mi apariencia había causado sensación. Todos se sintieron interesados por saber sobre la acompañante que la escoltaba en aquella ocasión. Preguntaron si mi procedencia era española, por esos rasgos hispánicos tan marcados. Enumeró las

virtudes varias con las que me habían descrito algunos invitados —a modo imitador, masculinizó su tono de voz antes de mencionarlas—: la joven de los labios gruesos, la doncella de los ojos negros vivaces y resplandecientes, la muchacha del rostro enmarcado por una deliciosa sonrisa…

—¡Calla, no sigas! —exclamé carcajeando por la vergüenza de tanto cumplido.

—¡Eres bella, Xena, muy bella! —vociferó, contagiada por mi risotada —, pero… Andrey —desveló el nombre del apuesto caballero que había llamado mi atención y por el que padecimos el momento de discordia— ni te mencionó.

Exhalamos aire compulsivo, nos sentimos ahogadas por nuestro escandaloso ataque de risa que, a los minutos, dio paso a un silencio sepulcral. Un alargado impasse de sosiego que rompió ella —con la entonación de su habla ya recompuesta— para desvelarme, con seriedad, su futuro inmediato.

—En cuanto Nicky obtenga el permiso de su padre, viajaré a Crimea. Xena, el zar está muy enfermo. —Hizo una pausa—. Le queda poco tiempo —anunció, entristecida por la inminente muerte de su futuro suegro, pero, a la vez, dejando entrever una mueca de ilusión retenida en las comisuras de sus labios, debido al porvenir que le devenía—. Se acerca el momento en el que me convertiré en emperatriz de Rusia y quiero —recalcó en tono rotundo—, deseo que estés a mi lado en el momento más importante de mi vida. Sueño en que seas tú la que me ayude a enfundarme mi vestido de novia y me acompañes en la ceremonia…

Ni un segundo tardé en contestarle.

—¡Oh! Alicky…, nada en esta vida me haría más ilusión, ¡nada! —repetí, entusiasmada.

Fui yo la que esa vez se abalanzó hacia ella, empachada por la emoción.

Mi mente se evadió, discurriendo sobre ese viaje extraordinario que me esperaba, la emoción del matrimonio de mi mejor y única amiga y el desafío de la vuelta en solitario desde un continente tan lejano… Tras considerar ese retorno a casa desde aquel país al mío y la incertidumbre de desconocer si seguiría viéndola los siguientes veranos, creí estar ante la última oportunidad de ofrecer mis servicios a la corte. Había llegado el momento de pedir a su alteza mi primer y único favor. Entendí que no podía demorarlo en demasía dadas las circunstancias que la alejarían, todavía más, de Inglaterra.

—Amiga —entoné con firmeza ese gran vínculo que, tenía la certeza, existía entre ambas—, sueño con vivir en Londres y servir de institutriz en palacio. Necesito que proporciones referencias sobre mis aptitudes a tus familiares, a la reina Victoria si lo ves necesario. Que

me ayudes a ingresar en el Norland College para una preparación adecuada. Cuento con el apoyo de mi tía Kristen, que conoce mis intenciones.

Alicky sonrió.

—Tengo un futuro mejor para ti —afirmó con rotundidad mientras encontrábamos nuestras miradas.

—¡Sabía que me ayudarías! —exclamé.

Brincamos de la cama a la vez y nos pusimos en pie.

Nos fundimos nuevamente en un apretón interminable, provocado por el cúmulo de tanta noticia buena anunciada esa mañana.

Continuó hablando, desvelándome lo que creyó que era mi gran oportunidad.

—Serás la asistente personal de la nueva zarina de Rusia —espetó, risueña—. Vendrás conmigo a donde yo vaya. Solo tú atenderás mis demandas.

Se me rompió el alma, mis piernas flojearon y, sin fuerza para sostenerme, se deslizó mi cuerpo por el suyo hacia abajo. Caí a plomo sobre mis rodillas, hincándolas en el suelo. Decaimiento que me devino al pensar que me esperaba el mismo futuro de solterona y sirvienta que había tenido mi tía.

Díscola, me zafé de sus manos, que intentaban ayudar a levantarme.

Dictaminó mi porvenir, mi único y más preciado bien, como si lo poseyera, como si le perteneciera solo a ella.

CAPÍTULO IV. Inglaterra

Durante 1894. Verano. La decisión

Se creyeron todos que la disciplinada Xena aceptaría sin más lo que la futura zarina había elegido para ella. Sí, fui adoctrinada desde pequeña para un cometido que acababa de salir a la luz, pero también se habían equivocado al permitirme hacer y deshacer a mi libre albedrío durante todos esos meses en palacio. Mi disposición —con el tiempo y alcanzada la madurez de mis veintidós años— había experimentado cambios y esa versatilidad les fue evidente ante mi negación de aceptar los planes que tenían con respecto a mi futuro.

Quedé enclaustrada en mi habitación. Fue la única forma que tuve de revelarme ante lo acontecido.

Cerré los pestillos de todas mis puertas; el portón privado de acceso entre nuestras habitaciones fue el primero —dolida con ella, se lo hice saber de aquella manera—, después, el de la puerta principal —la cual empezó a recibir un carrusel de llamadas constantes—. Hasta mi tía, desde el pasillo, intentó mediar en el conflicto con un claro posicionamiento en contra de mis inquietudes.

Durante el largo día que permanecí aislada, sin ni siquiera probar bocado, Alicky quedó rota, defraudada conmigo por mi rotunda negación a convertirme en su criada. Al igual que yo, permaneció en su habitación sin salir de ella por mucho que insistieron.

Desde mi lugar favorito, pegada al ventanal y con mis manos modelando mis esculturas inacabadas, escuché su puerta abrirse y cerrarse inmediata. Recibió innumerables visitas que pareció despachar con ligereza.

Aquellas horas muertas las empleé para desfigurar su rostro de barro, lo deterioré llevada por el enfurecimiento de aquel momento: achiqué sus pómulos, ensanché sus labios hasta dimensiones desorbitadas, alargué su nariz —al estilo de una bruja—, como una extensión de sí misma apuntándome cual dedo malformado lo haría.

La aristócrata, igualmente, intentó dialogar conmigo desde el único rincón escuchable que tenía; la pequeña ranura lateral de esa pequeña entrada, ahora inexpugnable para todos.

—¡Moriré si no me acompañas a Rusia! —gritó, malhumorada.

—¡Jamás serviré a nadie y menos a ti! —respondí con igual tono al de ella.

Fue la confianza que siempre tuvimos entre nosotras la que me hizo tratarla de igual manera. No era esa la primera vez que surgían enfrentamientos entre nosotras: constantes cuando éramos crías y ya infrecuentes en esa época.

Su lloro de niña consentida se acentuaba cada vez que yo replicaba sus coacciones.

Después de unos minutos en silencio, consintió tratarme de otra forma:

—Sé mi anfitriona esta noche, no mi acompañante —susurró, lanzando un último intento para convencerme.

Tal vez discurrió que podría solucionar el inconveniente ofreciéndome elevar mi posición —de asistenta personal a invitada de honor— en ese otro baile, una gala esperada con ansia por muchos señoritos y damiselas de bien, en busca de emparejamientos acordes con sus estatus.

Callé antes de contestar. Silencié a propósito mi voz para que esperara. Darle a entender que, esa vez, no le valdrían los chantajes utilizados para embaucarme, práctica común en muchas otras ocasiones durante nuestra infancia.

—Asistiré siendo tu amiga —afirmé, dándole esperanzas; se las quité de inmediato—. Pero… necesito que me prometas que aceptarás lo que yo elija o… me iré de aquí y no volveremos a vernos nunca jamás. —Mi definitivo y último intento antes de solicitar que algún cochero me llevara de vuelta a casa.

Tomé una firma decisión que me costó afrontar y que conllevaba renunciar a mi amistad verdadera, a los planes que afectaban mi futuro más próximo: desistir de mi gran sueño, el de convertirme en institutriz en la corte.

Ya no tendría su ayuda, la descarté de forma inmediata ante la poca complacencia que tuve hacia su petición de acompañarla.

Preferí rehusar a Londres, como hubiese sido mi intención, si con ello podía evitar marchar a Rusia convertida en su doncella. Tan alejado de mis aspiraciones como educadora y tan inhóspito me parecía aquel imperio que lo asemejé a morir en vida si aceptaba sus voluntades.

—¡Está bien! —gritó, histérica—. Lo que tú desees —susurró esa vez en tono vencido.

Despacio, adormiladas mis manos por el cansancio y la tensión soportada durante todo el día, fui desplazando el pestillo del pequeño portón que nos separaba.

Con la puerta sin el obstáculo del cierre que nos distanciaba, cada una continuó en su lugar.

Ninguna estuvo dispuesta a traspasarla y sellar con un abrazo la paz

definitiva.

CAPÍTULO V. Inglaterra

Durante 1894. Verano. La zozobra

Las doncellas, a la misma vez, tocaron a las puertas para avisar del comienzo de la velada. Al salir de nuestros cuartos, cada una llevó la mirada altiva hacia delante, en dirección al gran recibidor contiguo. Ni una palabra medió entre nosotras cuando anduve para colocarme a su lado, evitando mi posición adoctrinada para ese tipo de actos; distanciada, a varios pasos por detrás de ella.

En esa ocasión no hubo diferencias de clase: nuestros vestidos fueron igual de suntuosos y la entrada al gran salón la hicimos al unísono, con el mismo avance acompasado.

Las cabezas de todos se dirigieron hacia nosotras y, casi la mayoría de los galanes, con descaro, fijaron sus miradas en mi silueta. Observé como danzaban sus ojos de arriba hacia abajo sobre mi cuerpo.

Inmediata, incliné mi barbilla hacia el suelo por la vergüenza de sentirme contemplada.

Noté arder mi cara.

—¿No era esto lo que pretendías? —espetó Alicky entre dientes al verme ruborizada.

—¡No precisamente…!, solo quería elegir sobre mi vida, ¿te parece tan horrendo? —musité, disimulando mi comentario con la palma de la mano cubriendo, elegante, mis labios.

Seguimos avanzando hasta posicionarnos en el medio de la sala.

—Pero… ¿tú sabes bailar? —volvió a insinuar, tenue y en plan hostigador para molestarme.

—¿No recuerdas que aprendimos ambas con igual profesora de danza y… siempre dijo que mis forman eran graciosas y bellas? —contesté mientras inclinaba la barbilla, plegaba las rodillas y elevaba con las manos el vuelo de mi vestido hacia ambos lados.

Realizado el movimiento de saludo y bienvenida a los asistentes, la orquesta —situada en el extremo más lejano— empezó su concierto.

Tras el comienzo de la melodía se estrechó veloz el círculo de caballeros que nos rodeaban y, acercándose hacia nosotras, enseguida fuimos cortejadas para iniciar la danza emparejadas.

El alegre ritmo nada tenía que ver con la fiesta pasada, con sinfonías

más comedidas y calmadas. Fue evidente que las edades de los presentes invitaban a otro tipo de evento y las copas de licor, champán y otros néctares circulaban por las manos de todos sin limitación ninguna.

Aunque en esa ocasión mi posición era otra, no desatendí a la cantidad de doncellas —estáticamente colocadas en sus sillas y apartadas del jolgorio— que acotaban los laterales de la espaciosa y señorial estancia mientras sus señoras se divertían. Esa imagen, más que nunca, me esclareció que esa existencia no era a la que yo aspiraba. Reafirmé mi convicción observando aquello, aparte, me sentí dichosa por haber evitado los fríos extremos y a esa sociedad de órdenes estrictas y de, todavía más, diferencia social entre nobles y plebeyos.

Mi intención, para con esa noche, sería disfrutar del poco tiempo que me quedaba en palacio en esa única y última gala, en la que, supuse, actuaría como invitada. Volvería de inmediato a mis quehaceres como acompañante hasta que, pasado el verano, me liberara, al fin, de todo aquello.

Mis manos tocaron innumerables copas de extraordinarios relieves perfilados en su tallo —no pasaron desapercibidas esas siluetas que dibujé en mi memoria una y otra vez tras tocarlas—. Las yemas de mis dedos, con armónicos movimientos, se deslizaron por su contorno hasta topar con el cáliz abombado. Bebía el contenido —fuera el que fuese— y las dejaba sobre cualquiera de las tantas mesas habidas en el lugar. Repetí esa misma conducta una y otra vez al mismo ritmo que los demás parecían hacer.

Los bailes los realicé emparejada con el primero que me lo propusiera, en otras ocasiones iba de galán en galán —imitando a las otras distinguidas jóvenes invitadas— a gran velocidad, como la música proponía.

Después de varias horas transcurridas desde el comienzo de la velada, el champán —la bebida que tras probar infinidad de ellas cautivó mi paladar— fue haciendo un efecto poco conocido para mí en aquel entonces.

Obnubilada por una sensación de felicidad continuada, apenas atendía al joven que me llevaba cuando, acorde con la melodía que sonaba, volvía a ser traspasada al siguiente caballero y ese otro me entregaba al que correspondiera según el orden formado por la música interpretada.

Me convertí en una peonza lanzada, que giraba y giraba una y otra vez.

Mi cara se desplazaba de un extremo al otro de mis hombros, flácida, cual veleta que indicaba la dirección del movimiento.

Una de las veces —solo en una única ocasión— llamó mi atención la

firmeza con la que aprisionaron mi palma, la contundencia con la que me llevaban. Giré mi cabeza, acompasada al son de lo que la orquesta tocaba, hacia el caballero que me afianzaba de aquella manera.

Casi desfallecí al verlo.

Andrey —que ni sería consciente de lo que removió en mí el haberlo conocido en la anterior velada— me dejó inmediatamente sin aliento. Se comprimió mi pecho y estranguló mi respiración el sentirlo cercano.

Un calor sofocante subió desde la punta de los dedos de mis pies hasta el extremo superior de mi cabeza. A punto estuvo de estallar mi cuerpo por la ebullición que experimentó; enloquecieron, salvajes, mis entrañas, como ninguna otra vez hube percibido.

Solo fueron breves momentos de acompañamiento y, fugaz —como el corto instante en el que un relámpago impacta en algún lugar frondoso y virgen y lo quema—, me cedió al siguiente caballero que esperaba paciente su turno conmigo.

Un hormigueo incesante sufrí durante toda la noche desde aquel momento en el que zozobraron mis sentidos.

¿Qué sensación extraña había padecido? ¿Qué nombre tendría aquello, el de ser cautivada por un simple roce?

Aunque continué bailando, absorta por el descubrimiento de nuevas emociones, mi mente quedó suspendida en una neblina que la distorsionaba por el deseo desbordante de acercarme a aquel desconocido y atractivo caballero.

CAPÍTULO VI. Inglaterra

Durante 1894. Verano. El olvido

Nadie me advirtió sobre las consecuencias de ingerir desenfrenadas cantidades de ese néctar espumoso y afrutado que parecía inofensivo la velada anterior. Fue terrible notar un dolor punzante en la cabeza y, según iba entreabriendo mis párpados, sentir la aversión a los rayos de sol que entraban a raudales por el ventanal, descubierto de cortinas.

Cerré mis manos, como garras afianzándose a las sábanas, antes de incorporarme de la cama.

Cuando al fin fui capaz de sentarme en el borde y enfocar la vista…, el tono de mi dormitorio me pareció algo más pálido de lo habitual. Parpadeé con fuerza para intentar recuperar la visión, que noté disminuida por una bruma molesta que apagó las tonalidades de aquella habitación.

Me horrorizó comprobar que todas mis esculturas habían desaparecido. Supuse que la futura zarina, al ver su rostro desfigurado, ordenó, a modo de venganza, que desalojaran todas ellas o que las guardaran bajo llave en un baúl, desconocido y nunca visto, colocado cercano a mi catre.

El subidón de contrariedad por aquello me hizo ponerme en pie, instante en el que noté una falta de equilibrio evidente. Llevé la mano hacia la pared —que giraba a gran velocidad alrededor— y, apoyándome en ella, a tientas avancé, maltrecha, hacia el portón que conectaba nuestros dormitorios. Entraría sin llamar, exigiría que me devolviera todo lo que me había hurtado y reclamaría mi definitivo retorno a casa.

No estaba dispuesta a aguantar más sus necedades de niña malcriada.

Incrédula, llegué hasta el sitio donde aquella pequeña puerta debía estar. Desesperada, palpé el lugar en busca de ese acceso que no pude localizar. Aún sin encontrarlo, me costó asimilar que hubiera despertado en un cuarto de iguales dimensiones al mío pero de distintos colores y distribución.

Mis ojos, salidos de órbita, contemplaron minuciosamente cada detalle de aquella habitación.

Esa estancia, sin duda alguna, pertenecía a alguno de los caballeros

alojados en palacio. Sus trajes militares estaban bien estirados y colocados por diversos rincones, sobre el baúl descansaba una ornamental espada y, una única vestimenta, arrinconada y arrugada por el uso, se hallaba encima de una ostentosa butaca; era una casaca roja con vistosos botones dorados la que reposaba mal colocada.

Las náuseas aparecieron, el mareo se acrecentó cuando mis ojos chocaron con mi suntuoso vestido —cercano a ese sillón que contenía la prenda de Andrey— hecho una madeja de telas. A continuación, en un movimiento compulsivo, bajé la vista hacia mi cuerpo. No vestía mi enagua, el corsé había sido aflojado y la única prenda colocada en su lugar era mi pololo que, extrañamente, se encontraba humedecido en la entrepierna.

¡Seducida por el primer extraño que me había embaucado!, no dejó de asaltarme aquel pensamiento mientras, inconsciente, recogía toda mi ropa esparcida por el suelo y, abrazada a ella, salía despavorida de aquel dormitorio en busca del mío.

Mi huida fue secundada por gran parte del servicio, que, a esas horas, acababa de adecentar las habitaciones de los huéspedes y se dirigían al salón comedor donde ofrecerían el almuerzo.

Llamé la atención de todos ellos por mi descomunal resaca —que me hizo zigzaguear por los largos pasillos de regreso a mi cuarto—, por la ropa interior que cubría escasa mi cuerpo y el elegante vestido zarandeado y volátil, por la ligereza de su tela, entre los brazos.

Me refugié en mi estancia.

Cerré, enérgica, con uno de mis codos la puerta, que encontré abierta.

Inmediatamente, solté las prendas, que cayeron a mis pies al escuchar un llanto tenue por detrás de mi espalda.

Giré despacio, muy despacio, casi paralizada por la impresión de encontrarme con alguien conocido. Fuera quien fuese, me costaría explicar mi aspecto, de mujer de mala reputación, y las horas de llegada cuando la fiesta hacía mucho tiempo que había concluido.

Mi tía, que ocultaba sus ojos bajo un gran pañuelo con el que secaba sus lágrimas, permanecía sentada en el borde de mi cama. Alicky estaba a su lado, de pie, palmoteando su espalda a modo de consuelo.

—Kristen —oí susurrar a la aristócrata—, sabes que es mi amiga. No dejaremos que esto manche su reputación.

—¡Tía! —grité, descompuesta por el terror—, no pasó nada. Esto no es lo que parece —me defendí como pude mientras otra vez mis ojos danzaron por mi porte desaliñado e injustificado.

La futura zarina, pausada, contestó llevando su mirada hacia mi cuerpo maltrecho.

—Xena, todos te vieron entrar en la habitación de Andrey anoche y… —fijó su vista sobre mi corsé aflojado, que dejaba entrever el nacimiento de mis exuberantes pechos— salir de ella de esta forma —

apuntó con su barbilla hacia ellos.

Inmediatamente después del comentario e impulsada por la decepción ocasionada de una sobrina ultrajada por un invitado en la corte, mi tía salió en estampida de la habitación a la vez que yo cubría con las manos mis senos semidesnudos.

A cada paso que daba, y hasta llegar a ser inaudible su quejido, fue repitiendo la misma amenaza:

—¡Tus padres tendrán conocimiento de todo lo que has hecho! —arrojaba su boca una y otra vez hasta que, por fin, salió de allí, dejándonos a solas.

Quedaron paralizadas mis piernas, mis manos, mi habla. No encontré una explicación razonable a lo que había sucedido. Una ingesta desmesurada de champán y otros alcoholes no podían, ¡¿o sí?!, haberme provocado esa pérdida de consciencia tan extrema.

Busqué con mis ojos los suyos, imploré con ellos humedecidos una mano tendida a una amiga que la necesitaba más que nunca.

—Te pido que me ayudes a encontrarlo. Necesito hablar con él —mi voz, atorada por la contradicción, suplicó hallar alguna aclaración a través del único testigo lúcido de aquella noche.

Alicky permaneció callada, intuí que discurría, incluso pensé que se encontraría en una tesitura importante, ya que por ella —sus desgracias familiares ocasionaron mis veranos de vida principesca— había perdido la realidad de mi verdadero estatus, clase que carecía de esas fiestas palaciegas, de esas bebidas exquisitas y de esa altanería que les daba la razón por encima del bien y del mal.

Su libertinaje era mejor visto que el nuestro; los no privilegiados —pertenecientes al pueblo llano— poseíamos mayores restricciones que todos ellos.

La aristócrata no contestó con palabras, pero, al menos, asintió; llevó su barbilla hacia arriba y, despacio, la bajó.

Ligera, abandonó la habitación sin tan siquiera manifestar un solo vocablo al respecto.

El resto del día lo pasé sosegada delante de mi mesa de trabajo, frente a aquel ventanal aledaño al inmenso jardín de palacio.

La paz siempre la alcanzaba cuando mis manos reposaban entre la arcilla humedecida, cuando mis dedos hacían de espátula, modelando alguna imagen, algún rostro clavado en mis pensamientos que alteraba mi voluntad y dejaba escapar al exterior a través de mis creaciones.

Transformé aquel bloque amorfo, de forma ovalada y cara sin rasgos, en un magnífico rostro asimétrico y varonil. Lo modelé con pelo rizoso, prominentes pómulos, mandíbula grande y barbilla ancha. Tal vez fuera ficticia aquella imagen o, por el contrario, provenía del interior de mi memoria por algún recuerdo alojado en ella que

acechaba exteriorizarse.

Desvié mi atención de aquella escultura cuando escuché un tenue golpe sobre la puerta. Esperé a que sonara nuevamente, me costaba siempre alterar ese momento de ingenio que surgía sin más, ocasiones en las que todo lo demás parecía enmudecer a mi alrededor.

Esa segunda llamada, en igual tono a la primera, hizo que me incorporara rápida, corriera hacia la puerta y, antes de abrirla, carraspeara mi garganta, desentumeciendo mis palabras.

—¿Quién es?

Contestó, inmediato.

—Soy yo… —dijo en inglés con ese acento eslavo peculiar por su marcada profundidad en el habla—. Andrey. Me han dicho que querías verme.

Era imposible que pudiera pronunciar palabra en aquel instante. Hasta me costó asirme al puño de la puerta y girarlo hacia uno de los lados para abrirle.

Con el movimiento agarrotado, pude, costosa, alejarme de la entrada.

Reculé hacia atrás unos pasos.

El atractivo caballero apareció bajo el marco y, sin la intención aparente de acceder, dejó caer su dorso en él y llevó su mirada hacia un lugar distinto al que yo me hallaba. Su postura quedó chulesca en ese primer contacto entre nosotros. Pausado, plegó la rodilla y apoyó su pie en la moldura a la vez que, a ritmo lento, movía su cara y la dirigía, calmoso, hacia el interior del habitáculo.

Acopló sus enormes ojos color cielo a los míos, de tonalidad completamente opuesta.

—¿Puedo pasar?

Asentí, veloz, hasta me avergoncé —sonrojándome de inmediato— por mi presurosa aprobación a que entrara.

—Me han dicho que no recuerdas nada de lo que pasó anoche —dijo sin rodeos mientras escuchaba el golpe de la puerta al cerrarse tras de sí.

Se hizo el silencio a nuestro alrededor. Solo fui capaz de gesticular con mi cara una negación, dándole a entender que sí, que lo habían informado bien y que ¡no!, no recordaba absolutamente nada.

Me asombró comprobar su seguridad cuando anduvo con firmeza hacia mí y, disminuyendo considerablemente la distancia entre ambos, se detuvo, cercano.

Su cabeza sobresalía dos veces por encima de la mía, detalle que no había captado en ninguna de las escasas veces que habíamos coincidido. Mis ojos quedaron a la altura de su flamante pecho, torso de donde rezumaba, a través de la pequeña abertura de su blanca camisa desabotonada, abundante vello acaracolado y dorado.

—¿Seguro…? —cuestionó a la vez que señalaba el varonil rostro que

estaba empezando a tomar forma—. Porque aquel soy yo.

Llevé la vista hacia mi creación.

La imagen que estaba surgiendo de la nada, que desconocía quién saldría reflejado cuando empecé a modelarla…, tenía cierto parecido con él.

Gran cantidad de reflexiones surgieron desde aquel preciso instante. ¿Cómo podía ser, de dónde manaba todo aquello y por qué? ¿Tendría mi tía razón y había caído en la tentación, en ese impulso que no dominas y te hace obrar sin razón?

—Pero yo no… —intenté armar la frase con la que insinuar que no fui consciente, que solo recordaba un tímido y breve baile con él en la fiesta pasada.

Ipso facto, quedó irrumpida mi habla cuando sus gruesos labios cayeron sobre los míos y su lengua, lasciva, se hizo paso entre ellos, invadiendo territorio privado.

Azotó, virulento, el interior de mi boca. Me invitó a acompañarlo en ese juego de pasiones desenfrenadas, intentando que reactivara mis recuerdos perdidos.

CAPÍTULO VII. Inglaterra

Durante 1894. Verano. La impudicia

No sabría decir si aquel verano se convirtió en el mejor de mi vida o, por el contrario, en el peor de mi existencia. Distinto, sin duda, a cualquier otro vivido hasta ese momento. Aparte, los sucesos ocurridos originarían un cambio de rumbo definitivo en mis aspiraciones futuras.

Podría dividirlo, como en las grandes obras de teatro ocurre, en tres actos totalmente diferenciados.

El primero, el de mi llegada a palacio y mi reencuentro con Alicky; el segundo, mi oposición rotunda a convertirme en su doncella personal y viajar con ella —obligada por el cargo asignado— hacia el inhóspito territorio ruso; y el tercero, el enamoramiento —surgido intenso e insensato por el atractivo primo lejano del futuro zar de Rusia—, que provocó un vuelco decisivo en los acontecimientos venideros.

Desde que Andrey me visitara aquella tarde en mi dormitorio, alertado por Alicky, que lo informó sobre mi falta de memoria y las dudas surgidas sobre lo ocurrido en la noche que actué como invitada y no criada, muchas cosas cambiaron en mi día a día palaciego.

Es fácil olvidar tus orígenes cuando, repentina, te ves azotada por el amor, esa sensación que te hace caminar en una única dirección —sin mirar atrás—, o embaucada por la sensación de sentirte noble y no plebeya como yo lo había sido hasta entonces.

La relación con el primo de Nicky hizo que no se me cuestionara. El hecho de su aceptación tras intimar conmigo le otorgó a aquello —lo que estaba ocurriendo entre los dos todas las noches, en las que copulábamos sin prejuicio alguno en su lecho o en el mío— el respaldo que se necesitaba para calificarlo de noviazgo formal. Fugaz relación respaldada que causó mi integración plena en todos los acontecimientos que tuvieron lugar en palacio durante aquel verano.

Si por el contrario —desde aquel momento que salí despavorida de su habitación al despertar en su cama—, Andrey me hubiese ignorado o rechazado, la sociedad por entero —nobles y criados— me habrían estigmatizado sin lugar a duda; ensuciada mi reputación, incluso, la de toda mi familia.

En esos primeros pasos de nuestro veloz romance, no solo traspasé el límite de mi cuerpo rozando la impudicia —llevada por su buen hacer amatorio y la pasión que me venció la razón—, sino que, también, a través de sus confesiones personales, me hizo partícipe de sus más profundas intimidades.

De él supe que su infancia no había sido fácil —aún acomodado por su estatus de primo lejano del futuro zar de Rusia— tras quedar huérfano a temprana edad. Algunos de sus familiares, aprovechando su indefensión, intentaron arrebatarle la potestad sobre alguna de las tierras y posesiones que pasaban de generación en generación entre los diversos miembros de su clan. Estas no poseían un claro dueño nombrado hasta entonces. Gracias a la intervención de Nicolás, al cual le debía todo, pudo recuperarlas y, de esta manera, con el tiempo pudo seguir disfrutando de la vida acaudalada que llevaba en una ciudad tan grandiosa como era San Petersburgo, el lugar donde vivía.

Quedó endeudado con su primo lejano por ese acto de generosidad y, desde aquel momento y debido a la petición del futuro emperador a que fuera su acompañante en distintos actos y viajes, no pudo negarse a ello. Lo siguió en las tantas veces que se lo solicitó.

Además de estrechar mi relación con Andrey, también se cerraron las heridas abiertas con Alicky.

En el corto espacio de tiempo en el que no era de su propiedad —sus robustos dedos los situaba en mi cintura y, con vigor, me desplazaba hacia sí de tal manera que ningún otro caballero tuvo la oportunidad de insinuarme ni un solo baile—, inmediata, aparecía la aristócrata. Con sonrisa perenne en sus labios —sin ocultar su satisfacción por esa relación surgida—, aprovechaba y me hablaba de Rusia, aludía a su vida futura en los grandes palacios, triplicados sus privilegios al convertirse en la zarina de ese imperio.

Todo aquello, sin tan siquiera percatarme de ello, fue conquistando mi voluntad.

Me hice dependiente de un amante, de una amiga, de un entorno tan distinto y con tantas expectativas que esa joven de veintidós años acabó obnubilada por las tantas emociones surgidas.

Aquel ambiente vulneró mis decisiones.

CAPÍTULO VIII. Inglaterra

Durante 1894. Final del verano. Las ausencias

Alicky se encargó de todo. Mi boda relámpago con Andrey tendría que celebrarse con premura. El zarévich, que fue convocado con urgencia en el palacio de Livadia —situado en Crimea— debido a que su padre agonizaba, emprendió el viaje finalizando el verano. Permitió una prórroga a su primo para que no lo acompañara y así poder cumplir el deseo de casarse con la plebeya que lo había conquistado. Para muchos sería un matrimonio anodino en donde los cónyuges no pertenecían al mismo rango social.

Todo transcurrió demasiado rápido.

Dos semanas atrás, ante la inminente marcha de su primo Nicolás, Andrey, precipitado por los acontecimientos que lo alejarían de Inglaterra y llevado por el pavor a perderme, se me declaró junto al estanque. Acompañó su acto romántico, embellecido con esas palabras profundas que recuerdas cada uno de los días del resto de tu vida, con un costoso anillo de oro culminado con una enorme esmeralda —bien parecido a los modelados cuando era niña a petición de mis primas—, donado por la aristócrata, que deseaba, tanto o más que nosotros, que eso sucediera.

La satisfacción de la futura zarina era palpable. Se benefició indirectamente de mi enamoramiento y, de esa forma, me mantendría cercana —al vivir en el mismo lugar— sin imponerlo, esta vez surgido natural y de improviso.

Nuestro destino sería San Petersburgo, la capital del imperio ruso, ciudad en la que viviría con mi esposo y en donde se ubicaba el Palacio de Invierno, residencia oficial de los zares y futuro hogar de mi amiga en cuanto contrajera matrimonio con su amado Nicky.

Cuando abrieron las puertas de la pequeña sala utilizada para esa ocasión tan especial —el entorno donde te comprometes de por vida con la persona que amas—, quedé paralizada por su majestuosidad. Lucía resplandeciente por la tanta luminosidad, refractada por todos sus apliques dorados.

Anduve por ella llena de felicidad tras contemplar, al fondo y sentadas en la fila de butacones dispuestos para la celebración, a todas

mis primas. Ninguna faltó. Vestían sus mejores prendas y, sus caras, embelesadas, se movían de un lado al otro de la estancia: sus ojos lo mismo chocaban con mi apuesto futuro esposo, impresionantemente trajeado, que esperaba en el altar improvisado —el templo ubicado en palacio no estaba disponible para aquel día— que, relampagueados, salían proyectados hacia la novia —vestí para la ocasión un precioso traje de corte principesco, confeccionado *in extremis* y con el que lucí radiante aquella mañana—, que entraba esplendorosa en el lugar, seguida de mi aristócrata amiga. También sus miradas fueron cautivadas por los exquisitos manjares dispuestos en enormes bandejas de plata reposadas sobre una amplia mesa, adornada excepcional y situada apartada en uno de los laterales; degustación que tendría lugar concluida la ceremonia religiosa.

El rito se realizó según lo enmarcado por mi educación anglicana, aunque pasados unos meses de aquello debía renunciar a mi fe para convertirme en ortodoxa, todo ello por adaptarme a esa religión de práctica habitual en Rusia.

Intenté dejar mi mente en blanco cuando no vi a mis padres en el lugar que les correspondería estar, inclusive frené el ritmo acelerado de mis pasos sobre aquella alfombra roja que me llevaba hacia mi prometido, para disponer de algo más de tiempo con el que calmar mi pesar antes del compromiso final.

Andrey fue a visitarlos unos días antes de la boda para pedirles mi mano e invitarlos a ella.

Posiblemente, previeran un gran porvenir para su hija en ese instante, contrario totalmente a lo que habían dispuesto para mí y por lo que se habían esforzado tantos años en educarme: servir a alguna dama distinguida, siguiendo el camino impoluto de mi tía Kristen. Nunca disculparían mi indisciplina por no cumplir lo que ellos habían establecido que sería mi futuro.

Todos querían lo mejor para sus hijas, pero ese enlace, aparte de no estar en sus planes, también sobrepasó sus expectativas. Pensaron que lo escogido estaba muy por encima de lo que a mí me correspondía —estatus social bastante más bajo— y que ese otro tipo de vida me perjudicaría y marcaría.

A la vez y, complicando todavía más mi situación, las noticias transmitidas a diario por mi tía sobre los chismorreos de los criados en palacio tampoco ayudaron. Las habladurías me señalaban de furcia cautivahombres. De nobles arrastrados por el señuelo de mis encantos más íntimos dispuestos para ellos.

Lo atendieron respetuosos, pero jamás perdonaron mis tantas faltas.

Solo dos cosas calmaron la angustia incesante que me devino por esas dos ausencias notables: entretener mi memoria pensando en el bloque arcilloso que modelaría con alguna escena vivida en ese memorable

día y terminar el recorrido por la sala a su lado.

Notar su mano recogiendo con firmeza la mía sosegó, definitiva, mi congoja.

Me casé plenamente convencida, totalmente enamorada de ese hombre.

CAPÍTULO IX. Rusia

Durante 1894. Septiembre. La partida

Poco disfruté del recién enlace consagrado: de las noches, pletóricas, retozando despreocupada con mi esposo y del sosiego de las mañanas al despertar abrazada a su lado, sobre su pecho despojado.

El tiempo apremiaba.

Alicky debía volver hacia su Alemania natal a la espera de que Nicolás obtuviera el permiso de su moribundo padre y, de esa manera, lograr la bendición a su unión antes de que muriera.

Aquel día en el que abandoné Inglaterra para siempre amaneció escarchado. El pataleo de los cascos de los caballos sobre el patio pedregoso y el resoplido burbujeante de sus hocicos fueron lo único que se percibía en aquella mañana fría y de ambiente brumoso. Tan espesa era la niebla que apenas se distinguían los dos enormes carromatos, cargados hasta los topes, preparados para el viaje.

El largo recorrido no lo haríamos juntas.

Aunque la futura zarina y yo realizaríamos la misma ruta hacia Alemania; llegar en carromato hasta el muelle de Yarmouth, embarcar y navegar por el mar del Norte hasta arribar en el puerto alemán de Cuxhaven, nosotros debíamos cumplir ciertos plazos que hicieron que afrontáramos el trayecto con otro ademán distinto al de ella; además, tras desembarcar en territorio germano, continuaríamos viajando. Estaba previsto que en ferrocarril atravesáramos la región norte de Polonia y, llegados a suelo ruso, otro barco, que realizaría la navegación por el mar Báltico, nos dejaría en San Petersburgo.

Esperamos pacientes su salida de palacio.

Primero, apareció su servicio personal, después, Alicky y, escoltando sus pasos adormilados, la delegación rusa asignada por el zarévich para su protección permanente hasta que volvieran a verse.

Corrí hacia ella en cuanto la vi.

Me abracé con fuerza, imitando aquellas despedidas que se producían año tras año en la que yo era la única que se levantaba para verla partir en la madrugada. Siempre una congoja sincera nos invadía en su marcha; pasaría mucho tiempo hasta el siguiente verano para volver a vernos otra vez.

—¡No! Como todos los años, ¡no! —exclamó aligerada. Sabía que nuestro reencuentro se produciría antes que ningún otro año atrás—. Nos vemos en San Petersburgo, Xena.

Tragué saliva para desanudar mi garganta. Siempre fui más apasionada que ella y no podía evitar quedar afectada.

—Que tengas un buen viaje… —conseguí articular, emocionada.

Inmediatamente, Andrey, caballeroso, cogió su mano y la dirigió hacia el carruaje.

Se detuvo ella delante de los tres peldaños ya desplegados y, arrimándose a mi flamante esposo, le susurró al oído:

—¡Скажи ему, что я люблю его! —«Dile que lo amo», escuché con claridad decirle.

—Так будет моя леди. —«Así haré, señora», contestó, firme, a la vez que arrimaba la palma de ella hacia sus labios e inclinaba su cabeza en deferencia hacia la que se convertiría pronto en su nueva zarina.

Esperamos a su partida, así dictaminaba el protocolo que se hiciera.

Veloces, y tras perder a la caravana de vista debido a la calima que parecía todavía más espesa según se acercaba el florecer del día, nos acomodamos, acurrucados en el interior del confortable compartimento de asientos acolchados.

Andrey ordenó iniciar el viaje.

Los caballos trotaron a su máxima velocidad.

Al poco tiempo, los sobrepasamos, a las horas siguientes, no volvimos a divisar más su carromato.

El mercante que nos llevaría hacia Alemania partiría esa misma tarde, el de mi amiga, un barco de pasajeros donde viajaría en primera clase, lo haría al día siguiente. Ella no tenía premura ninguna y su retorno a casa lo realizaría paseando, con descansos continuados y disfrutando de ese recorrido de una forma totalmente diferente a la nuestra.

Por el contrario, Andrey tendría que aposentarme en mi nuevo hogar e, inmediato, emprender con premura viaje hacia Crimea. Debía acompañar a su primo en los duros momentos que se acercaban, aparte, esperaban que el zar diese su consentimiento para la visita formal de Alix de Hesse-Damstadt, nieta de la reina Victoria y prometida de su hijo. Esa aprobación, que no podría tardar en concederla, provocaría una nueva partida de mi esposo hacia Varsovia, lugar donde mi amiga —acompañada por su hermana Isabel — esperaría, paciente, la llegada del emisario que los dirigiría hacia el palacio de Livadia. Allí serían recibidas por la zarina María y Alicky se rencontraría por fin con su querido Nicolás.

Ese largo viaje hacia San Petersburgo, realizado en apenas cinco días, nos mantuvo cansados. Separados carnalmente no solo por la fatiga que nos fue agotando, también muchas de las noches las hicimos acompañados: compartimos camarotes, vagones con una continua

afluencia de pasajeros que nos privó de intimidad alguna.

A principios del mes de septiembre, navegando en una interminable travesía por el mar Báltico, Andrey insistió en que lo acompañara a cubierta.

Noté en las mejillas un frescor extremo, helador, pronto recibí su cálido abrigo de piel sobre mis hombros. Mi esposo lo vestía e, inmediato, me lo traspasó para que no sintiera frío. También, y sin mediar palabra, hizo aparecer un precioso y tórrido mantón ruso. No estaba acostumbrada a ellos, pero debía hacerlo. Restaban unas semanas para el otoño y, sin embargo, apremiaba cubrirse, proteger parte del rostro con alguna prenda que amainara esa frialdad insufrible.

Delicado, tapó mi cabeza con el chal de lana, cubrió mis orejas y los extremos los reposó sobre mis hombros.

—Bellísima, amor. —Me abrazó con fuerza.

Emotivos segundos duré en aquella posición acurrucada cuando, sus manos, asiéndose a mis brazos y ejerciendo un movimiento giratorio, me llevaron a mirar en sentido contrario. Tras mi espalda quedó a la vez que mis ojos se dirigían hacia delante, a propósito encaminados hacia el firmamento, para contemplar el colorido amanecer refractado sobre el mar escarlata. Allá, en donde el confín acababa, observé la aparición tenue de la bahía de San Petersburgo, incrustada en el llamativo verdor de sus tierras ajardinadas.

Contemplé esa esplendorosa ciudad emergiendo poco a poco desde la proa de aquel barco.

Mi vista, talentosa y acostumbrada a la inspiración, intuyó llegar al edén para cualquier artista.

La gran oportunidad se presentó henchida ante mí a través del comienzo de una nueva vida que en nada se parecía a la que dejaba atrás. No pensé, ni por un instante intuí en aquel momento de exaltación que devino al pisar tierra firme, lo que estaría por llegar: los fracasos estrepitosos y los éxitos gloriosos, los engaños dolorosos y las genuinas verdades, los amores en igual medida auténticos que insensatos.

No tardaría en cuestionarme muchas de mis decisiones pasadas.

CAPÍTULO X. Rusia

Durante 1894. Septiembre. La duda

Dormí durante dos días con sus dos noches completas. Fue tal el cansancio que, cuando llegué a mi nuevo hogar, deambulé por sus tantas habitaciones acompañada por Andrey y el mayordomo.

Sumergida en una somnolencia profunda, entré en mi habitación, adormilada. Apenas atendí a las últimas palabras de despedida de mi esposo, ni me resultó extraño no compartir dormitorio junto a él. En mi agotamiento consentí que marchara sin más, hasta agradecí la soledad en la que me dejó en aquel momento de extenuación extrema.

Descansé tan profundamente que ni noté el paso del tiempo. Solo fue un pinchazo agudo en mi estómago, provocado por el hambre, lo único que consiguió hacer que despertara.

Mis párpados remolonearon. Costosos se entreabrieron. Complicado fue desvelarme debido a la oscuridad envolvente que invitaba a volver a cerrarlos.

Anduve hacia las gruesas cortinas del gran ventanal. Tan pesadas eran que me costó moverlas hacia un lateral para descubrirlo. La luz que penetró no deslumbró mis ojos, se apagaba constante por el cielo encapotado de nubes negras, que se movían a gran velocidad por el firmamento. Desde mi aposento, situado en la planta más alta, podía divisar el río Nevá —tan caudaloso que parecía un lago a los pies de mi ventana—. Al fondo, topé con la bahía por donde había llegado días atrás a aquella ciudad que me pareció de ensueño.

Rompí el silencio de aquel lugar con el ruido de mis saltos victoriosos, con el clamor de mi voz, contenida siempre debido a mi estricta educación. Desinhibida, me lancé sobre el mullido jergón de mi cama e hice brincar, a la vez que yo, una hoja doblada que pasó desapercibida nada más levantar. Como si aquello contuviese una sorpresa, la desdoblé de inmediato. Atragantada por la curiosidad, tuve que frenar el ritmo de mi lectura cuando me enfrenté a ese nuevo idioma al que debía acostumbrarme. Lo había estudiado concienzudamente durante meses, pero me quedaban muchas palabras por aprender.

Pude deducir el mensaje, escueto y, en apariencia, escrito con prisas

por Andrey:

«La situación en Crimea se ha complicado. Me ordenan recoger con urgencia a Alix y escoltarla hacia el palacio de Livadia. Preferí no despertarte. Sergey, nuestro mayordomo, atenderá cualquiera de tus demandas. Dejo en el arcón un regalo que me mandaron entregarte. No me dio tiempo a hacerlo personalmente debido a la premura de mi nueva tarea. Te escribiré, amor».

Arrimé aquel escrito hacia mi pecho y respiré profundo. Una sensación de vacío se instaló en mi interior por el desamparo que sentí por su inesperada y temprana marcha, por desconocer cuándo regresaría y por la incertidumbre de empezar mi primer día real en esa ciudad sin su compañía.

Pronto reaccioné y con el mismo ímpetu con el que me había despertado, correteé inquieta hacia el baúl —situado en uno de los laterales del amplio dormitorio— y lo abrí, entusiasmada.

Busqué aliviar con aquella sorpresa el resquemor sentido.

En el fondo medio vacío del enorme arcón, fue fácil localizar el obsequio que habría viajado con mi esposo y que me tendría que haber entregado llegados a San Petersburgo en el nombre de Alicky.

El mediano saquito de tela era pesado. Palpé su contenido y delineé su figura. Antes de sacarlo de su envoltorio me fue fácil saber de qué se trataba.

Observé esa llave de hierro macizo y de grandes dimensiones recogida entre mis manos. No tenía idea qué estancia abriría ni contenía pista alguna sobre ello. Conociendo a mi amiga, pensé que proponía algún juego y que, tal vez, tendría que buscar la cerradura en la que encajara.

Convencida de que me insinuaba un reto —como era tan habitual en ella y ya planteado en muchas otras ocasiones cuando éramos niñas e incluso de más mayores—, salí de mi habitación dispuesta a localizar el verdadero obsequio que me esperaba al abrir alguna de las tantas habitaciones de la casa.

Comencé por la más cercana a donde había amanecido —la vivienda constaba de dos pisos y un altillo abuhardillado—. Pronto me di cuenta de varios detalles significativos; primero, no era del tamaño de ninguna de las aberturas existentes; segundo, ningún dormitorio encontré cerrado excepto uno situado al fondo del amplio y largo pasillo. Su portón era diferente, señorial, y lo único que llamó mi atención fue su acceso restringido que lo diferenciaba del resto.

Tampoco encajó en su cerradura.

La frustración me devino, mi desesperanza hizo que mis pensamientos aturullaran mi cabeza. Tanto acúmulo de actividad provocó que salieran a la luz las últimas palabras que Andrey me dirigió tras despedirse en el día de mi llegada:

—Si me necesitas, mi aposento está al final del pasillo. El de la gran puerta de madera tallada. Espero que me visites —insinuó, pícaro y con una intención seductora de fondo.

Estaba frente al dormitorio de mi esposo y, paradójicamente, era al único en el que se me prohibió la entrada.

Debí aceptar su intimidad, darme la vuelta y seguir buscando ese posible regalo entregado por la futura zarina que aún estaba por localizar. Pero no pude, quería entrar, observar su decorado, olisquear sus ropas, observar por su ventana y curiosear por qué esa y no otra —de las innumerables estancias disponibles— había sido su elegida: ¿serían sus vistas las que la harían especial o, tal vez, su acogedor ambiente?

Empujé la puerta con ímpetu, hasta intenté forzar su cerradura con la gruesa llave que sostenía.

Mi obsesión por entrar fue tal que incluso pensé que Sergey accedería amablemente a mi petición de abrirla.

Vencida, caí de espaldas sobre la robusta madera de aquel portón infranqueable.

Mis pensamientos se alocaron, pasaban de la normalidad de la situación a lo irascible de privar a una esposa de la intimidad más personal de su marido.

Fue evidente que tal colapso no solo se debió a la restricción al acceso a su habitación, entre muchos otros motivos se encontraban los miedos a empezar la andadura por mi nueva vida sin el hombre que me había llevado hasta allí.

Parecía querer retrasar mi primer día, el desamparo de encontrarme sola demasiado pronto me pudo.

Intenté poner fin a los tantos malos pensamientos aflorados. En mi afán por liberarme, busqué ayuda en el arte. Desvié mi vista hacia todos los cuadros presentes en el extenso pasillo en el que quedé absorta. Fijé mi atención en aquellos paisajes dibujados cuyos marcos encontré alineados en sintonía unos con otros. En el recorrido por todos ellos, perfeccionista como siempre fui, no pude pasar por alto la inclinación excesiva de uno de ellos. En mi inquietud por enderezarlo, situé mis dedos bajo la moldura. Busqué con mis ojos la referencia del más cercano y, tras varios toquecitos a su base para colocarlo, un objeto, tal vez escondido por detrás de él, se desprendió. Su choque contra el suelo provocó un peculiar sonido metálico.

Una llave de parecidas dimensiones a la cerradura de la puerta que me empeñé en abrir apareció ante mí de forma totalmente accidental.

Inmediata, la recogí del suelo. Probé si con ella obtendría el acceso que codicié en esa inicial mañana en San Petersburgo.

En la primera vuelta noté el movimiento interno de sus anclajes, en la segunda, y tras un leve empujón, había conseguido lo pretendido.

Un espasmo nervioso me hizo mover la cabeza hacia ambos lados del largo pasillo para comprobar que me encontraba realmente a solas, descartar que nadie presenciaba ese acto inmaduro que estaba a punto de cometer.

Palpitó todo mi pecho por esa ansiedad exasperada, producida por la imprudencia de mi aniñado comportamiento, actitud muy alejada de mi habitual forma de ser. Parecía como si todo lo que sentía por ese hombre me arrojara a una irracionalidad que no llegaba a comprender, pero que me hacía diferente a la mujer sensata que había sido antes de conocerlo, antes de ser hechizada por esa atracción envolvente e imposible de dominar y que todo lo podía.

Entré.

Aquella habitación en poco difería con la mía.

La orientación, los dibujos de sus cortinas, hasta las señoriales cómodas —esparcidas por toda la estancia— las encontré igual de cinceladas y con las mismas proporciones que poseían las mías.

Mi curiosidad incontrolable me hizo abrir los armarios.

Su ropa de gala, la militar y la utilizada a diario allí se encontraba. Me arrimé hacia ella. Detectó mi olfato el olor de mi amado e hizo a mi memoria recordarlo cercano, hasta imaginé rozar sus labios. Se erizó el vello de todo mi cuerpo.

La somnolencia me evadió en ese instante.

Atizada por esa sensación de nostalgia, seguí afanada en curiosear entre sus pertenencias.

Llamaron mi atención todas las fotografías esparcidas por los distintos rincones. Unas lo mostraban de niño —identificable por su varonil aspecto aun siendo tan joven— y en otras lo encontré retratado con los que, supuse, fueron sus padres —ya desaparecidos cuando él era un crío, según me contó aquel día de confesiones varias— y su hermana menor, de la que ni conocía su existencia.

En mi última indiscreción, antes de abandonar aquel lugar, abrí uno de los cajones para colocar un pañuelo cuyo extremo sobresalía de él y que, tal vez, quedó atrapado por el cierre apresurado del compartimento debido a su precipitado viaje.

Mi única intención fue la de colocar aquella prenda, que ningún otro motivo aparte de ese fue el que me hizo atraer hacia mí los tiradores alargados de aquel cajón.

Tan desmesurada fuerza ejercí que se desencajó de los raíles donde se acoplaba y salió disparado hacia atrás. Voló por los aires todo su contenido y se estampó, violento, contra el suelo.

El estruendo de la madera colisionando con el piso acabó por delatar mi deshonesto e inexplicable comportamiento.

Al instante, escuché crujir la madera de los escalones cercanos, alguien los subía, acelerado.

Recogí todo aquello lo más rápido que pude, aunque, con toda probabilidad, sería pillada infraganti por el mayordomo que, sin duda alguna, era el que veloz se aproximaba.

Pañuelos, algún que otro chal y numerosas fotografías que, tras contemplarlas, me dejaron pasmada y provocaron que paralizara mi celeridad.

¿Quién era aquella preciosa mujer que aparecía junto a él? ¿Sería su hermana convertida ya en mujer la que, en pie, reposaba, cariñosa, la mano en uno de los hombros de Andrey mientras él permanecía sentado? ¿Por qué las encontré escondidas y no expuestas como estaban todas las demás?

Esa joven de pelo largo y claro, de aspecto caucásico, de esbeltas piernas y cintura fina retratada tan cercana a mi esposo me hizo colapsar.

Quedé aturdida. Ni me importó que Sergey apareciera bajo el marco de la puerta abierta de la habitación de Andrey, que debería haber estado cerrada.

Sin mediar palabra conmigo, y menos aún recriminar mi prohibida presencia allí, me ayudó a colocarlo todo, incluso cargó con el pesado cajón y lo encajó, hábil, en el único hueco vacío que quedó en la cómoda.

—Señora, su desayuno está preparado —fue lo único que se atrevió a decir inmediatamente después de empujarlo y cerrarlo definitivo.

Ni hambre ni vergüenza sentí por la quemazón bulliciosa que noté en mis entrañas y que anuló todo lo demás.

En una mano seguía sosteniendo la enorme llave que había encontrado en el arcón, en la otra, la pequeña localizada tras el marco del cuadro y que cayó al suelo al moverlo.

Continuó hablando.

—Esa —su barbilla la dirigió hacia la más grande de ellas— no encaja en ninguna de las cerradura de esta casa. Yo la llevaré al lugar exacto después de que coma algo.

Su brazo se extendió caballeroso hacia la salida.

Me invitó a marchar de allí.

Mis piernas paralizadas no pudieron, no permitieron a mi cuerpo moverse sin más, sin obtener alguna respuesta que suavizara lo que en ese momento pasaba por mi cabeza y estrangulaba mi respiración.

Más allá de excusar mi presencia no autorizada en aquel lugar… necesitaba saber quién era aquella dama tan bella y por qué se fotografió cercana y en ademán cariñoso junto a mi esposo.

—¿Quiénes son? —interrogué.

Empecé mi investigación apuntando hacia la fotografía que había observado nada más entrar y en la que deduje serían sus progenitores fallecidos y su hermana menor.

—La familia que lo acogió —contestó, escueto, despojando mis equivocados razonamientos.

Aclarado quiénes eran, me invadió un gran desasosiego por el desconocimiento de intimidades familiares qué debería conocer sobre mi esposo. Qué mínimo saber con quién se crio tras la muerte de sus padres.

Me fue clarividente lo poco que lo conocía, lo rápido que habíamos unido nuestras vidas sin haber profundizado ni él en la mía ni yo en la suya.

—Y… ¿la mujer con la que sale retratado en las que encontré escondidas en su cajón? —No me ablandé, fui perspicaz y directa sobre lo que realmente me inquietaba.

—La hija de ellos —respondió, tajante, maneras que me dieron la certeza de que no mentía.

En aquel almuerzo —donde el mayordomo ya tenía preparado el té y algunas pastas caseras—, e incesante durante mucho tiempo después, quedó el ronroneo en mi cabeza de la imagen de ella hostigándome continuada.

Siempre asaltada por la duda de si tendrían una relación de hermandad —al ser él adoptado— o, por el contrario, con el tiempo y convertida en una hermosa mujer…, ¿se habría convertido en algo más serio que podría llegar a comprometer lo que yo sentía por mi esposo?

Meses tuvieron que transcurrir hasta descubrir el vínculo real que los unía.

CAPÍTULO XI. Rusia

Durante 1894. Octubre. El don

Andrey escribió todas las semanas siguientes a su marcha. En el final de cada una de las misivas recibidas, resaltaba, engrandecida y colocada en el medio, la frase que hizo despejar cualquiera de mis dudas surgidas: te deseo.

Ese mal empezar, las fotografías que habían desvirtuado mis primeros días, era pasado. Con la llegada del mes de octubre, mi mente ya había recolocado la verdad, mi realidad imaginada a mi conveniencia. Aunque había seguido indagando, ningún indicio hallé de la existencia de otra mujer en su vida aparte de mí. Di por hecho que esa distinguida dama, Anna —averigüé su nombre y algún otro dato sobre su procedencia—, había actuado de hermana menor de mi esposo cuando él, contando con diez años, fue acogido por una adinerada familia de San Petersburgo a petición de los actuales zares, que, por la estrecha relación de amistad que poseían, les confió la educación y el cariño del joven huérfano emparentado lejano con ellos. Descubrí que su allegada vivía cercana y solo realizaba visitas de cortesía: unas acompañadas por sus padres, otras —por pequeños espacios de tiempo — como una hermana haría a un hermano.

Disipadas mis sospechas, fue en el comienzo del frío otoñal ruso cuando empecé a disfrutar de mi experiencia. Evidentemente, no sería pleno el goce hasta la llegada de mi esposo y la normalización de nuestro matrimonio; deseaba más que nada en este mundo reencontrarme de nuevo con mi amado.

Por aquel entonces, pasaba gran parte del tiempo en ese gran salón cedido por la futura zarina, situado en el Palacio de Invierno y cuya llave me fue obsequiada nada más arribar en aquella ciudad maravillosa. Al fin pude descubrir la cerradura que abría la puerta de la enorme estancia. En ella, hallé todas mis creaciones, modeladas en Inglaterra, y el material necesario para el trabajo de cualquier escultor, incluso de varios de ellos.

Todas las mañanas paseaba por la gélida avenida paralela al río Nevá, que finalizaba en la cercana residencia palaciega. Las nevadas aparecidas tempranas, prematuras para la estación estrenada, me

obligaron a caminar enfundada en un precioso abrigo abotonado y a cubrir, elegante, la cabeza con un chal de lana, pieza que me acostumbré a llevar siempre conmigo.

A los varios metros avanzados, mi olfato detectaba el aroma aleñado del centeno horneado en la panadería lindante. Día tras día entraba en ella y, enseguida, Irina, la joven mujer del panadero —bastante mayor que ella—, conocedora de quien era yo por las muchas habladurías surgidas en el entorno vecinal, me agasajaba con una hogaza de pan negro, muy consumido en aquel país y no tan extendido en el mío. Aparte, y debido a mis visitas continuadas que crearon un vínculo de afinidad entre nosotras, me asaltaba con innumerables preguntas relacionadas con el modelaje. Le interesaba extrapolar las figuras plasmadas en barro al amasado de sus creaciones culinarias.

Todos por allí sabían quién era la nueva dama inglesa, recién esposada con el distinguido primo del zarévich Nicolás, y la rutina diaria que me encaminaba hacia el enorme estudio de escultura situado en el inaccesible Palacio de Invierno, habitual residencia de los zares.

Pocos ciudadanos tenían acceso a aquel distinguido lugar, excepto, al igual que yo, escasos privilegiados con salones prestados y en los que se cultivaban distintas actividades artísticas, generalmente, requeridas por los zares para su entretenimiento personal en sus largas estancias invernales en San Petersburgo.

Consulté con Andrey —por medio de las numerosas cartas que nos escribíamos todas las semanas— la posibilidad de aprovechar de alguna manera el enorme salón. Me sentía demasiado sola en aquella ciudad y, dadas las circunstancias, con un recién esposo lejano y una amiga —con la que, supuse, me integraría en esa nueva sociedad que me esperaba— dedicada al consuelo de su prometido ante el inevitable desenlace final de su padre, el zar Alejandro, necesité, requerí alguna otra forma de distracción hasta la llegada de ambos.

¿Por qué no enseñar cerámica o escultura, impartir clases a ciudadanos del pueblo llano? Con esas mismas palabras se lo expuse, de la forma en la que se referían ellos al resto de mortales que no contaban con su privilegiada posición.

Aunque nunca me gustó ese terminó de inferioridad, parecía adaptada, como si hubiesen secuestrado mi verdadero talante y viviera con una actitud que no me correspondía.

No tardó mi esposo en aprobar la petición solicitada, supuse que, a la misma vez, también consensuada con Alejandra —el futuro nuevo nombre de mi amiga, al que me tendría que acostumbrar y con el que sería recibida en la ortodoxia rusa—. El hecho de la continuidad de ambos en Crimea y condescendientes con mi situación de abandono —cuando más necesité de su compañía—, hizo que no dudaran en

consentir la formación de un reducido grupo de interesados en recibir clases sobre ese arte.

Había leído durante mucho tiempo sobre la iniciación a la escultura, una vez descubierta mi innata facilidad para el modelaje desde la infancia. Aprendí sola y fui perfeccionando mi estilo gracias a esos libros que cada verano buscaba en la gran biblioteca de palacio. Al año siguiente, los devolvía a su lugar de origen y, entusiasmada, cargaba con varios volúmenes más sobre el mismo tema.

Por todo eso no tuve miedo a enfrentarme a la enseñanza y me vi preparada para ejercer de maestra de escultura.

La primera de mis alumnas invitadas fue Irina, aunque, gracias a ella, no tardaron en aparecer dos candidatos más, atraídos por esa disciplina: Eduard, un muchacho de su círculo de amistades y que, tras ofrecérselo, enseguida sintió interés, y Marius, un viudo cincuentón, asiduo cliente de la panadería y devoto de cualquier movimiento artístico.

Consumada me sentía cuando cada fría madrugada —bien temprano para que mis aprendices pudieran seguir con sus vidas habituales después de las clases— los soldados custodios de la entrada, vestidos de uniforme color verde oliva, sombreros de invierno del mismo tono y amplias orejeras de piel, abrían la puerta de aquel palacio a Xena —la recién esposa de Andrey, conocido capitán de infantería y primo del zarévich Nicolás— y a varios alumnos suyos.

Dejábamos las bajas temperaturas del exterior, algo menos gélidas en el interior, y, tras abrir nuestra gran estancia de trabajo, nos atizaba con fuerza la calidez de una sala que encontrábamos templada. Los criados, buscando nuestro confort, mantenían prendidas y esparcidas por todo el amplio habitáculo varias estufas alimentadas con carbón.

Todos parecíamos empezar el día con la misma emoción, aun siendo conscientes de que tendrían que pasar muchos meses, hasta años discurrirían hasta que modelaran a la perfección la anatomía o alguna figura humana. Mi pequeño grupo de discípulos eran voluntariosos y entregados y fue grato observar lo rápido que compusieron los modelos geométricos más sencillos: los cubos, las pirámides y las esferas.

Se iban a media mañana, pero, antes de finalizar las clases y despedirnos hasta el día siguiente, nos sentábamos en pequeñas banquetas colocadas alrededor del cilindro de hierro macizo que desprendía un torrente de calor constante. Irina, que había despertado más temprano que ninguno de nosotros para hornear el pan, nos agasajaba con hogazas recién hechas y pastelitos caseros; Eduard, cuidador de caballos en la caballeriza imperial e hijo de granjeros, se encargaba del embutido casero que su madre le enviaba cada semana; y Marius, voraz glotón y conocedor de todos los temas, discernía sobre

una posible guerra con Japón y temas políticos que solo parecían interesar al joven Eduard mientras Irina y yo afianzábamos nuestra amistad riéndonos de las caras achatadas de ambos cuando discutían y poniendo paz en el momento que sus puntos de vista, totalmente contrapuestos, los precipitaba a un bucle de falta de entendimiento que suavizábamos con un cambio de tema radical.

En aquel momento, la enorme sala rezumó ilusiones varias para todos. Se convirtió en una vía de escape para la vida que llevábamos y las circunstancias personales que a cada uno afectaban.

Cuando marchaban, el silencio lo envolvía todo hasta pasado el mediodía, en el que la musicalidad alteraba el reposo del lugar.

Dos cosas me hicieron permanecer allí hasta la tarde: nadie esperaba mi retorno a casa —era el mejor sitio del mundo para quedarse— y las clases de *ballet* del salón contiguo. Comprobé que la música clásica —se escuchaba tenue desde donde yo me encontraba— me hacía mejor escultora todavía.

La melodía del violín y algunos ruidos siguiendo sus acordes —provenientes de los saltos de los atléticos bailarines al son que marcaba— también provocaban danzar las palmas de mis manos fácilmente por el bloque arcilloso que, poquito a poco, iba cogiendo forma. Plasmaba rostros conocidos y algunos ficticios, tan exactos los reproducía que llamó mi atención la perfección alcanzada en el cincelado de los rasgos.

Podía imitar cualquier miembro humano con tanta fiabilidad que en ese momento no llegué ni a imaginar lo que ese don supondría en los años venideros.

En ningún instante imaginé que ese trabajo, un pasatiempo para aquel momento, se convertiría en trascendente para muchas personas y yo, con el tiempo, sería llamada «la escultora de rostros de San Petersburgo».

La salvadora de aquellos pobres desahuciados.

CAPÍTULO XII. Rusia

Durante 1894. Noviembre. El desenlace

Más temprano que ningún otro día, los golpes tenues sobre la puerta de mi dormitorio me despertaron.

—¡Entre! —exclamé, extrañada.

Incorporé mi dorso de inmediato. Sentada sobre la cama, alcé la enorme frazada hasta cubrir mi pecho.

Sergey entró, ligero, sosteniendo una bandeja de plata en la que transportaba un pequeño sobre sellado.

—Un emisario acaba de traerlo desde Crimea. —La acercó hacia mí —. El fuerte temporal lo sorprendió durante el viaje, con su permiso, le ofreceré una taza de leche caliente.

Asentí a su petición a la vez que alzaba la mano y alcanzaba la misiva con mis dedos.

Con rapidez resquebrajé el sellado de cera y lo abrí.

Leí en voz alta.

Mis ojos recorrieron rápidos los escasos renglones que contenía. En ellos anunciaban oficialmente la muerte del emperador de Rusia, Alejandro III, la proclamación de su hijo como sucesor del imperio y los acontecimientos que tendrían lugar en breve.

El ataúd sería llevado a Moscú, después de unos días allí, su funeral se celebraría en San Petersburgo, por lo que, debido a la inestabilidad climática que azotaba en ese mes la región, instaban a permanecer en la ciudad hasta la venida de la comitiva fúnebre.

El comunicado venía firmado por Nicolás II.

Abracé aquella carta y la pegué con fuerza a mi pecho tembloroso por la emoción. Egoístamente, y aunque ese mal no se lo deseaba a nadie, esperaba que el moribundo zar sucumbiera a una muerte anunciada y liberara de obligaciones a mi esposo de una vez por todas.

Aun no siendo clara la llegada de Andrey, sabía que esta se produciría de un día para otro. Supuse que su trabajo ante esa situación se incrementaría y eso motivó que no fuera él, personalmente, el que me informara de la primicia. También, y con el paso de los días, estuve en lo cierto; pensé que no volvería a tener noticias de mi amado hasta su regreso no concretado y dependiente de las circunstancias.

Intenté seguir con mis quehaceres cotidianos, aunque, desde aquel momento, mi cuerpo reaccionó extraño.

Fue rara la mañana que no sintiera náuseas matutinas, que mi estómago apareciera inflamado o que los mareos me hicieran detener mis clases y ser atendida por mis alumnos, serviciales, confundidos por los síntomas.

Para todos ellos eran señales inequívocas de un embarazo, excepto para mí. Mi sangrado menstrual seguía existiendo, aunque les oculté el dato. Creo que me emocionaba que lo pensaran, hasta a mí misma me conmovía que fueran reales sus sospechas.

Un único día —una mañana recién empezadas mis clases— no fui capaz de continuarlas. Mi malestar fue tal que, muy temprano, ellos mismos decidieron acompañarme de vuelta a casa.

Apenas el suave resplandor del amanecer —encapotado por nubes grisáceas que deambulaban rápidas por el firmamento— afloraba cuando el mayordomo —acostumbrado a que mi regreso se produjera rozando el ocaso— abrió la puerta y, sorprendido de verme allí, me dio paso al interior. Agarró mi brazo de inmediato al sentir mi falta de equilibrio.

—Señora, prepararé su dormitorio enseguida —dijo, presuroso, mientras, con rapidez, pretendía apartarme del recibidor y dirigirme hacia el salón contiguo.

Aunque lo intentó, no pudo evitar que viera el equipaje colocado en la entrada. Tal vez pensara que aquella sorpresa, la del regreso de mi marido, acrecentaría mi indisposición todavía más.

—¡¿Dónde está?! —cuestioné, milagrosamente recuperada.

—Déjelo dormir, llegó muy cansado. Usted también debería reposar y reponer fuerzas antes de volver a verlo.

Fueron instantes en los que dudé qué hacer, esperar o, por el contrario, aliviar de una vez por todas la intranquilidad que me causaron sus dos meses de ausencia. Con el ímpetu desbordado, moví, brusca, el hombro y me zafé de su mano sujeta a mi brazo. Correteé hacia las escaleras sin que pudiera detener mi intención. De sopetón me devinieron las fuerzas en las piernas, energías renovadas las azotaron, convulsivas, y me hicieron subir de dos en dos los peldaños en cada zancada.

Se aliviaron todos mis síntomas, aclarándome que, posiblemente, pensar en el reencuentro era lo que me mantuvo, todos esos días atrás, en ese estado de nerviosismo nocivo.

Solo fui capaz de frenar el impulso de mi carrera delante de esa puerta ornamental de madera que daba paso a su habitación.

La piel se me estremeció, repentina, y a mi corazón lo noté encogido cuando accedí al interior de su aposento, esta vez de libre paso y sin cerradura bloqueando la entrada.

Soporté el peso de mi cuerpo sobre las puntas temblorosas de los dedos de mis pies para no alterar su sueño. Con sigilo, anduve hacia su cama, intentando hacer el menor de los ruidos posibles.

Al observar su silueta ladeada e inmóvil por el cansancio del largo viaje desde Moscú, me invadieron deseos obscenos de lanzarme sobre él y ofrecerme por entera. Que hiciera conmigo lo que le viniera en gana con tal de que, en ese mismo instante, me poseyera salvaje, como había hecho en los tantos encuentros producidos durante aquel pasado verano en Inglaterra.

En el recorrido hacia él, desabotoné mi abrigo y lo dejé caer al suelo. Quité con brío el pañuelo que cubría mi cabeza y lo dejé ir hacia atrás. Deslicé hacia abajo la ropa que aún vestía, paró toda ella sobre mis pies, ya despojados de calzado.

Detuve mi arrojo desenfrenado al tenerlo cercano. Tan próximo… que casi podía acariciar con mi mano su dorso, casi trazar surcos con los dedos entre su rubia y acaracolada cabellera, expuesta hacia el lugar donde yo me encontraba.

Paré justo a tiempo, en el preciso instante en el que los ojos de la mujer que yacía a su lado —escondida entre sus brazos— se clavaron como puñales sangrantes sobre mi cuerpo desnudo, preparado para invadir su espacio, el que ocupaba ella junto a mi amado esposo.

Mi boca quedó en silencio, cohibida y sin palabras por la impresión de verlo con otra. De la misma forma sigilosa y con un Andrey todavía dormido e inconsciente de la desafortunada pillada, recogí mi ropa esparcida por el suelo y, vistiéndola presurosa, me precipité al pasillo contiguo.

Un butacón, cercano a la puerta de su dormitorio, recogió al rastrojo de persona que me sentí ser en aquel momento de auténtica incertidumbre.

No tardó ella en hacer lo propio y abandonar la habitación donde continuaba dormitando el infiel.

El atuendo que vestía —un largo abrigo de piel que la ocultaba por entero, una enorme y guateada capucha que camuflaba su rostro— reveló su intención de marchar inmediata sin tan siquiera mostrarme quién era.

Su huida acelerada provocó que pasara por mi lado con pasmosa indiferencia.

Se creía ella que podía tratarme de aquella manera sin ofrecerme alguna explicación a lo sucedido, sin algún razonamiento sobre el por qué lo sedujo o si, tal vez, fue mi marido el que lo hizo.

—¡Detente! —descongestioné mi garganta con aquel bramido.

Frenó sus pasos.

—¡¿Quién eres?! —volví a ordenar.

Cuestión que arrojaría alguna verdad en ese momento lleno de

engaños e hipocresía.

Su postura continuó impasible.

—Me voy. No volveréis a verme jamás… —retumbaron sus palabras de despedida en mis oídos obnubilados.

Brinqué sobre la silla y me puse en pie.

Su enorme altura me dejó al nivel de sus hombros.

—¿Os amáis? —Mi piel se erizó por el miedo a una respuesta positiva.

Sería necesario aclarar esa cuestión que desvelaría la verdadera situación a la que me enfrentaba. Tal vez fuera una debilidad carnal o, la peor opción de todas, un amorío real entre ambos y en el que yo me había entrometido.

Despacio y con elegancia extrema, giró su cuerpo hacia donde yo me encontraba paralizada. Sus ojos celestes de nuevo chocaron firmes sobre los míos. Alzó sus dos manos hacia los extremos de la capucha y despejó su rostro.

Anna, a la que reconocí de inmediato por el parecido con la joven retratada en actitud cariñosa con Andrey en aquella fotografía descubierta hacía unos meses, me descubrió que no ejerció de hermana menor como yo había querido pensar.

Desvelada su identidad, seguí sin obtener la contestación que precisaba.

—Es mi esposo, ¡¿por qué yaces con él?! —se desgañitó mi voz al recordar la escena acontecida.

Tras aquella última pregunta, su cuerpo se ladeó, falló su equilibrio. El brazo lo apoyó en la pared lindante y su otra mano la dirigió a su vientre; acopló los dedos y aplastó su abombado atuendo.

El abultamiento de su barriga salió a la luz.

—Espero un hijo suyo… —Sus palabras se fueron perdiendo en sus labios a la vez que caía hacia el suelo, desfallecida.

Mis entrañas expulsaron gritos exasperados pidiendo socorro para la joven desmayada y, a la postre, ayuda para mí misma ante el destino incierto que se me presentaba.

CAPÍTULO XIII. Rusia

Durante 1894. Noviembre. El engaño

Observé a través de la ventana de su cuarto —parcialmente empañada por el frío siberiano del exterior— un San Petersburgo más apagado todavía por el acechante temporal, mientras Anna —tumbada en la cama de Andrey— era reconocida por un médico amigo de la familia y de estima tan entrañable que guardaría silencio ante la situación descubierta.

Giré mi cuerpo hacia los traidores.

—No puede viajar en estas condiciones, deberá guardar reposo absoluto —dictaminó el doctor inmediatamente después de terminar de atenderla.

Él recogió, cariñoso, con su mano la de ella.

—Está bien, se quedará aquí el tiempo que sea necesario… si Anna así lo desea. —Carraspeé para hacer notar mi presencia.

Tras las palabras del infiel, invitándola a quedarse, me sentí ignorada y cohibida mi opinión.

Los ojos de todos chocaron contra los míos iracundos, momento en el que Andrey, enseguida, eludió continuar mirándome y se levantó para acompañar al doctor hacia la puerta. Desde mi apartado rincón, en el que continué distanciada de los amantes pillados infraganti, llegué vagamente a escucharlos despedirse hasta mañana. Volvería al día siguiente para comprobar el estado de la convaleciente preñada.

El silencio se apoderó de aquella habitación al quedarnos, por vez primera, a solas.

Tal vez debí gritar, patalear, agarrar algún candelabro y lanzarlo hacia su cara de embustero y «arruinavidas», pero solo pude darles la espalda de nuevo y, sin reacción alguna, callar, perder la mirada nuevamente sobre aquel paisaje nevado, tan desolado como mi propia existencia ante aquella circunstancia destapada.

Qué hacer, qué decir cuando eran ellos los que tenían que dar el primer paso ofreciéndome alguna explicación, aclaración que en ese instante creí con certeza saber; un romance que empezó siendo niños y que, tras el embarazo reciente de ella, me dejaba en una tesitura desconcertante.

Escuché pasos por detrás dirigiéndose hacia el lugar donde yo me encontraba.

—Tengo que contarte algo —susurró tan pegado a mi cuerpo que alcancé a sentir su aliento.

—Quiero volver a Inglaterra… —musité en igual tono al de él, con mi voz suavizada por la congoja y cortando una posible explicación que, aunque deseaba que se produjera, adiviné inexplicable.

—No puedes marcharte así, sin más…, eres mi esposa.

Sus insulsas palabras provocaron una sacudida violenta que me hizo girar con desaire hacia él y liberar el alarido que había intentado evitar todo aquel tiempo atrás.

—¿Cómo te atreves? ¡Regresaré mañana mismo! —grité, descontrolada.

Entonces, aunque me costó reprimir las palabras malsonantes que me brotaban a espuertas en aquel tenso momento, ocurrió algo que me replanteó escucharlo calmada.

—Xena. —Me extrañó que Anna me llamara por mi nombre, incluso desconocía que lo supiera—. Tienes que escucharlo. Nos han engañado a los tres —habló, costosa, hasta diría que también dolida por lo ocurrido.

Sus palabras esclarecieron que había algo más que yo desconocía y por lo que tendría que prestar atención al hombre que, por ley divina, todavía seguía siendo mi marido, pese a que me costara admitirlo.

La narración la empezó directo y sin tapujo alguno, dispuesto a contar toda la verdad sobre lo sucedido.

—La mañana de aquel baile en el que despertaste en mi cama… caíste en la trampa.

Tras el comienzo de la historia, esa trampa que insinuaba y que había afectado por entero a los sucesos acaecidos recientes —el repudio de mi familia, mi matrimonio precipitado, la nueva vida en Rusia…—, mis fuerzas se aplacaron de tal manera que me vi obligada a buscar sujeción para un cuerpo asaltado por la debilidad extrema.

Renqueante, anduve hacia su cama y me dejé caer al lado de Anna. Mis dedos, rígidos y en ademán esquivo, reposaron tan cercanos a los suyos que no dudó ella en entrelazarlos a los míos.

Me mostró cariño, algo que, en ese momento, no llegué a entender.

CAPÍTULO XIV. Rusia

Durante 1894. Noviembre. La verdad

Mis manos habían tocado innumerables copas, todas ellas servidas inmediatas por los esbirros que intentaron que perdiera el control de mis actos. Según me contó Andrey, y sin percatarme de ello en aquel momento, juntaron el alcohol que me ofrecieron con alguna otra sustancia que alteró mi razón.

No solo fue el champán, como así lo había pensado hasta entonces, el que afectó a mi comportamiento de aquella noche, sino una conspiración contra mi persona que parecía haber sido planeada a conciencia.

Lo recién desvelado tenía sentido. Recordaba más bien poco de aquel baile y menos aún lo que ocurrió al terminar el mismo.

Convertida en una peonza sin rumbo que iba de mano en mano, provocaron que cayera entre sus garras.

Apretó mi cuerpo contra el suyo, me asió con tal ímpetu que, aunque la somnolencia me invadió, hizo que despertara y atendiera al caballero que me llevaba. Aún aturdida por lo tanto ingerido, llamó mi atención que aquel hombre me afianzara de esa manera.

Me había fijado en el apuesto primo de Nicolás desde la velada anterior, pero no había pasado suficiente tiempo junto a él como para que un único baile provocara ese calor sofocante que sentí subir desde los extremos de mis pies hasta el final de mi cabeza.

Sin duda, confundió aquel estado alucinógeno mis sentimientos más puros. El cóctel estimulante que había ido recibiendo en pequeñas dosis lo desvirtuó todo.

Conseguida mi sumisión completa, el plan siguió su curso.

Se dejaría ver conmigo. Abrazados, me exhibió como un trofeo entre tantos nobles deseosos de ser ellos los conquistadores, inclusive pasó por delante de las doncellas colocadas en sus sillas y apartadas del jolgorio. Con ese único gesto, haría que las habladurías empezaran, que las envidias de las criadas hicieran su función y la altanería de la nobleza diera por hecho un *affaire* con la deseada dama de compañía de la futura zarina.

Confesó que, delante de todos, sus labios —engañosamente

apasionados— aprisionaron los míos adormilados.

Culminó aquella exposición de mi persona llevándome hacia sus aposentos, quedando ante todos bien claras las intenciones que ambos poseíamos.

Nadie vio cómo cedía a la embriaguez y tuvo que recogerme entre sus brazos para entrar en su dormitorio, cómo me reposó en su cama vestida y sin intención alguna de que ocurriera nada entre nosotros y cómo aparecieron en escena tres nuevos personajes que me horrorizó conocer de quiénes se trataban.

Nicky, Alicky y mi propia tía me observaban postrada en su cama mientras Andrey se apartaba de ellos, esperando nuevos mandatos.

El zarévich quería que su futura mujer se encontrara a gusto en el nuevo y lejano hogar, Alicky seguía ofendida por mi negación a ser su doncella privada y mi tía, conocedora de los deseos de mis padres de convertirme en sirvienta de alguna dama de la realeza, no dudó en apoyar el plan amañado para tal fin.

Fue Kristen, mi familiar directo, la que, delante de todos, aflojó mi corsé, semidesnudó mi cuerpo y depositó mi vestido, hecho una madeja de telas, cercano al sillón en el que Andrey colocó la casaca roja que vistió en aquella ocasión. Su maldad sin límites la llevó a arrojar sobre mi pololo expuesto un chorro del agua de la palangana dispuesta para el aseo personal del huésped. Humedad que noté en mi entrepierna nada más despertar.

Mi esposo admitió estar sobrepasado por la escena en la que actuó como espectador. Sí, en parte colaboró con lo que estaba ocurriendo, pero pensó que su actuación se limitaría a bailar conmigo, a exponer en público una leve seducción que no fue tal. Lo tomó como un juego, un juego que terminaba en aquel momento y que sirvió de diversión a su primo y a su futura esposa. No intuyó ninguna intención más.

Habituado a las excentricidades de la realeza y acostumbrado a acatar órdenes de muy pocos por encima de su rango, esperó, intranquilo, la siguiente orden.

—¿Esto bastará para que viaje contigo? —preguntó con interés Nicolás a Alix.

La aristócrata carcajeó antes de contestarle.

—Tú no sabes cómo es Xena, se cree noble —respondió, jactándose de conocerme mejor que nadie.

—¿Entonces? —volvió a cuestionar el zarévich Nicolás.

—Él vive en San Petersburgo, ¿verdad? —quiso saber sobre el lugar donde residía Andrey.

—Sí, amor, muy cerca de nuestro Palacio de Invierno.

No tardó en discurrir lo más adecuado para sus intereses.

—Que la corteje de verdad, que se empareje con ella.

Esa última sentencia pareció la más acertada para lo que pretendía.

Andrey intervino tímidamente al escucharla.

—Nicolás, sabes que no puedo hacerle eso a Anna. —Su historia de amor no había trascendido fuera de su círculo de amistades más íntimas, hasta los padres de ambos la desconocían.

—Me debes mucho y nunca te pedí nada a cambio hasta ahora, primo —entonó en voz alta el futuro zar de Rusia a la vez que le daba la espalda y marchaba del lugar con el dictamen ya proclamado.

—Pero este no era el plan, solo tenía que…

—Comunícaselo y cuéntale que conociste a otra —cortó las palabras dubitativas de Andrey resolviendo sus vacilaciones de inmediato.

Confesó él, delante de Anna y de mí, que se sintió perdido. Las horas que pasó discurriendo sobre cómo afrontar esa carta le parecieron días. Al final decidió mentir, tal y cómo se le había ordenado. Redactó un comunicado demoledor que le llevó el resto de la horrible noche escribir.

Le habló sobre el desamor que no sintió, sobre las ganas de no volver a verla que eran inciertas, sobre la atracción que notó por otra mujer que no era ella.

Esa última afirmación, la atracción que notó por otra mujer…, admitió que fue lo único cierto de todos los embustes citados en la misiva. Pecaminoso, recorrió con sus ojos mis pechos expuestos. Intentó apartarlos en más de una ocasión, pero dado que su obligación era complacer la petición de Nicolás y seducirme, dio rienda suelta a sus instintos y se sintió deseoso de mí. Ciertamente, lo atraía y lo poco que conocía sobre mi persona podría llegar a enamorarlo, como, afirmó, podía haber sucedido.

El silencio volvió a apoderarse de la habitación tras sincerarse con nosotras.

A los minutos de su develación de todo aquello, fui yo la que rompí el tenso silencio que se produjo:

—¡¿Cómo pudiste?!, ¡estaba encinta! —exploté, desbordada por todo lo que había desvelado y la sinrazón de secundar la trampa cuando aquella mujer esperaba un hijo suyo.

Andrey, cabizbajo, se quedó sin palabras para responder a aquella pregunta que lo marcaba como un hombre sin escrúpulo alguno.

Anna contestó por él.

—Mi carta llegó demasiado tarde. No lo supo hasta hace muy poco —habló a la vez que los sollozos le devinieron desbocados.

Intenté aplacar su malestar abrazándome a ella. Comprendí su delicada posición, hasta entendí que yaciera al lado de mi esposo como la mujer enamorada que busca consuelo en un hombre comprometido con otra.

Quedamos pensativos, cada cual discurriendo sobre la mejor salida posible para ese embrollo que afectaba directamente y por igual a

todos nosotros; Anna, embarazada del que trató como uno más de su familia durante toda la vida; el propio Andrey, atrapado entre dos mujeres y un hijo ilegítimo que nacería de un incesto, así lo clasificarían algunos miembros de la sociedad que los vio crecer como hermanos de sangre sin realmente serlo, inclusive sus propios padres adoptivos no lo admitirían; y yo misma, la enamorada sobrante y engañada por todos: marido, familia y amigos.

Qué diferente lo vi todo conociendo la amarga verdad.

CAPÍTULO XV. Rusia

Durante 1894. Noviembre. La solución

El funeral del zar tuvo lugar al día siguiente de su regreso. Resentida y cortando cualquier vínculo que me uniera a la que se convertiría pronto en la zarina de Rusia, rehusé acompañar a Andrey. Aducimos una flojedad pasajera que no me permitía levantar de la cama. Ni volví al Palacio de Invierno, suspendí las clases por un tiempo. Mis alumnos dieron por hecho que continuaba con el malestar, indisposición que me obligó a regresar a casa aquel día en el que descubrí el entramado de engaños que había padecido.

Las dos quedamos encamadas en nuestras distintas habitaciones. A ella se le asignó un aposento para invitados hasta que pudiera reponerse y decidiéramos cómo afrontar la situación. Yo continué en el mío, acostada durante días debido a una presión en el pecho que me ahogaba y que el doctor diagnosticó como un abatimiento por la nostalgia de los tantos cambios soportados en tan poco tiempo.

Aunque la solución estaba más cercana de lo que pensábamos, no fuimos capaces de entreverla hasta que, Andrey, alertado por un acontecimiento inminente, nos convocó a una reunión de urgencia en la habitación de Anna, que continuó durante las siguientes semanas en estado delicado y en reposo absoluto.

Entró, inquieto, sujetando entre las manos una misiva de textura más recia a las típicas cartas selladas, y anduvo hacia donde yo me encontraba, siempre colocada en un lugar apartado de ellos y lindante a la ventana, buscando sosiego en el aciago paisaje otoñal ruso.

Me la ofreció, presuroso.

—¡Se casan en diez días! —La acercó con resquemor hacia mis manos e inició un recorrido de un extremo al otro del dormitorio.

—¡No quiero ni verlos! —vociferé sin tan siquiera atender a la invitación de boda. Me quemó sujetarla y, tras anunciarnos de qué se trataba, la solté y dejé caer al suelo.

Desde el día en el que me desvelaron la trampa en la que había caído y los causantes del vil engaño, juré que Alicky, Nicolás y, sobre todos ellos, mi tía, habían terminado para siempre.

En ese momento de controversia, insté a Andrey y Anna a que fueran

ellos los que tomaran la decisión de divulgar su *affaire* amoroso y, como consecuencia de este, el estado de buena esperanza de la que siempre actuó en público como su hermana menor.

Por mi parte no podía afrontar un regreso a Inglaterra: la dudosa actuación de mi familia, mi honor mancillado y la rotura definitiva con mi amiga me dejaron en una tesitura tan incierta que no me planteé volver a mi país en aquella circunstancia de desamparo. Aparte, en sus manos estaba dar por finalizado un desposorio que convino en exclusiva a la futura emperatriz.

Parecíamos atascados, sin una dirección clara hacia donde dirigirnos.

—Y… ¡¿cómo excusaré esta vez tu falta?! —gimoteó, desesperado, a la vez que colocaba sus manos por detrás de la cabeza y encorvaba los brazos.

—¡Invéntate cualquier cosa! ¡Que morí! ¡Que la tierra se abrió en dos y me tragó! —divagué sin sentido alguno.

Anna intervino tímidamente.

Con voz titubeante fue la primera en insinuar una solución apresurada.

—Diles que continúa indispuesta… —Motivo que ya habíamos empleado recientemente para disculpar mi ausencia en las exequias del difunto zar y algún acto social más después de este.

—¡¿De nuevo y faltando varias semanas para el enlace?! ¡No!, lo descubrirían y las consecuencias no quiero ni imaginarlas, me quitarían todo: mi posición, mis bienes… ¡Me mandarían a Siberia! —resopló, contrariado, a la vez que agitaba la cabeza de un lado a otro, descartándolo por repetitivo y no creíble.

Andrey había traicionado a su primo al desvelarnos toda la verdad sobre el engaño ordenado, también, y discurrido día tras día, no le sería fácil sacar a la luz el embarazo de una allegada tan directa a su familia adoptiva y que, a escondidas, era amante secreta. Relación desconocida para casi todos con la excepción de muy pocos.

Me produjo terror pensar en la repercusión que tendría todo aquello en mi propia vida. Era joven y el miedo a encontrarme sola y sin nada, en ese instante, desembocó en una determinación que marcaría mi destino para siempre.

No fue una cuestión alocada la que estaba a punto de plantear ni lo primero que me vino a la cabeza. Sabía que me estaba comprometiendo de por vida a aquel hombre, a su amante y al futuro ser que estaba por nacer:

—¡Estoy embarazada y necesito reposo! —exclamé, convencida de poder simularlo, simplemente reproduciendo el estado actual de Anna, que sería factible de copiar.

Los ojos de ambos chocaron al unísono contra los míos.

Había dado con una solución que podía ayudarnos a enmascarar

todas las cosas que nos habían colapsado.

Durante toda la vida, las jóvenes deshonradas habían ocultado sus preñados o huido con sus queridos, o terminaban siendo desterradas en casas de acogida que las alejaban de las habladurías vecinales de su alrededor…

¿Por qué no… hacer lo contrario? ¿Fingirlo e ir avanzando durante los meses siguientes según dictaminaba el verdadero preñado de la joven?

CAPÍTULO XVI. Rusia

Durante 1895. Febrero. El nacimiento

Eludir la boda aparentando un embarazo complicado, del que alegamos no tener conocimiento por mis desarreglos menstruales y con la recomendación médica de reposo absoluto, fue lo que exculpó mi ausencia esa vez. Convirtiéndose en la justificación más creíble que pudimos urdir.

Alejandra Fiódorvna Romanova —Alix de Hesse-Darmstadt, ya bautizada con ese otro nombre que enmascaraba su procedencia alemana y, de esa manera, la intentaba acercar más al pueblo ruso—, ensimismada con sus precipitados preparativos, fue atendida, excelentemente, por las nuevas damas de compañía propuestas por la antigua zarina, la madre de Nicolás.

Pareció pronto olvidarse de su amiga del alma, a la que quiso tener como sirvienta en su nueva vida. Un capricho llamado Xena, que solo recibió de ella un gran ramo de flores con una pequeña nota en la que ponía: «Recupérate pronto, nos veremos a mi vuelta».

Su partida, días después del enlace, la agradecí de veras. Aproveché su presentación en la alta sociedad de otros países y esos días de asueto tras su boda para continuar con lo único que podía evadirme de la pesadilla en la que me vi atrapada; seguir impartiendo clases a mis alumnos en el Palacio de Invierno. De nuevo, las rutinas mañaneras me encaminaron hacia él, pero en ese momento falseé mi ya divulgado embarazo. Los primeros días anduve con una funda de almohada enroscada a mi cintura y abotonada tirante a la espalda, provocando un leve abombamiento en mi vientre.

Cada mes que transcurría, Anna y yo comprobábamos el crecimiento de su talle y rellenábamos con telas —colocadas por capas— aquel engaño mezquino que imitaba el tamaño de su contorno.

Hicimos crecer mi vientre a la misma vez que lo hacía el de ella.

Mis alumnos, atentos al embarazo, no sospecharon nada de lo que estaba ocurriendo, de hecho, desde el día en el que mi malestar hizo que suspendiera las clases, ellos mismos fueron los que barajaron aquella posibilidad que, en aquel instante, yo misma había secundado al no negarlo. Con respecto a la hermana de Andrey, nos fue

relativamente fácil ocultarla. Sus padres habían viajado —antes de mi llegada y huyendo del frío invernal que azotaría la ciudad en los próximos meses— hacia tierras más cálidas al sur del país. Poseían una enorme hacienda en Crimea a la que Anna no había viajado en aquella ocasión. Quedaría al cuidado de su hijo mayor en San Petersburgo cuando este regresara de su viaje a Inglaterra.

Para sus amigos, la ausencia de la joven se debió a la creencia de que sí marchó con destino a su segunda residencia junto a sus padres. Viaje que hacía habitualmente y que, aquella vez, no realizó.

Mi embarazo ficticio y la desaparición de la joven por un tiempo quedó creíble ante los ojos del grupo de personas habituales con las que convivían.

El regreso de Alejandra a su hogar después del periplo de viajes incesantes tampoco me supuso un cambio de rutinas para evitar un encuentro no deseado. Sus aposentos —situados en la parte oeste de palacio— quedaban lejanos a los salones que eran aprovechados para las distintas disciplinas artísticas y en donde se ubicaba, también, mi estudio de escultura.

La suerte quiso que la zarina pasara más tiempo en la localidad de Pushkin, a varios kilómetros de distancia de la residencia oficial de los zares, que siempre había estado situada en San Petersburgo. Su carácter tímido la hizo aislarse y evitar todo lo que pudo la exposición de su persona ante el pueblo ruso. A los años, y tras sus idas y venidas y los largos intervalos de tiempo en aquel lugar, ese otro palacio sería el elegido para continuar con su vida y criar a los hijos que estaban por llegar.

El día a día avanzando siguió alejándome de la que fuera mi gran amiga y, a la vez, acercándome al nacimiento del hijo de Anna y Andrey —que se produciría en el mes concretado— y cuyo parto yo misma asistí con la ayuda del fidedigno médico de la familia, que mantuvo el secreto.

Su acto de lealtad hizo que nuestro engaño llegara a término sin ser descubierto.

El día en el que todo hubo pasado y el hermoso bebé —de semblante tan bello como el de sus progenitores— reposaba en el regazo de su madre fue el momento en el que tendríamos que formalizar el pacto, el acuerdo que urdimos mes a mes y cuyos puntos se habían alterado en numerosas ocasiones hasta alcanzar los términos que los tres nos obligamos a cumplir.

CAPÍTULO XVII. Rusia

Durante 1895. Febrero. El aliciente

Transcurridas las primeras semanas del nacimiento del pequeño Sacha —el bebé varón, esbelto como su madre y de rasgos parecidos a los de su padre—, mis alumnos quedaron extrañados de la pronta recuperación de un parto que había tenido lugar reciente. Harta de ocultar mi vientre con prendas enroscadas durante todos esos meses, de alterar mi figura, para, a propósito, emular el embarazo, enseguida hice que mi cuerpo retornara a mi estado habitual quitando las telas que me envolvieron gran parte de ese tiempo. Además, se acrecentó mi delgadez por la angustia incesante que sentí desde el día en el que descubrí la traición. Mi silueta la descubrí de aspecto más consumido que cuando, presuntamente, destapé estar en cinta.

Antes de llevar a cabo lo planeado, debían destetar al recién nacido, hecho que daría comienzo a un engaño todavía mayor y que lo cuestionaría en cada segundo que pasó desde mi aceptación a tal farsa.

Fue una etapa de tensa espera aquella, de un nerviosismo tan exasperado que hasta en mis clases se notó la ansiedad del trance por el que estaba pasando. Desasosiego desconocido para todos los demás fuera del pequeño círculo de afectados.

El aliciente que necesité en aquel momento y que marcaría mis andanzas en los años venideros —plagados de guerras y consternación social en aquel país— estaría a punto de aparecer.

Sería aquel trabajo la bocanada de aire fresco, que provocaría retornar la estabilidad a mi persona, la que me haría ser reconocida entre los ciudadanos que necesitaron de mis habilidades y de las del pequeño grupo de artistas que instruía.

—¡Con permiso! —retumbó la voz de aquel soldado desconocido, uno más de los tantos que custodiaban la entrada a palacio y que vestían de uniforme verde oliva con sombrero de piel y largas orejeras.

Su estruendoso alarido seguido del zapateo ruidoso de sus bastos botines al chocar entre sí alteró la concentración de Irina, Eduard y Marius e hizo que yo misma me estremeciera de tan inesperada visita a nuestra sosegada sala de escultura.

La sorpresa desembocó en que los ojos de todos chocaran al unísono contra los míos, expectantes por conocer qué requería aquel personaje de nosotros.

—¿Síií?, ¿qué desea…? —insinué, dubitativa, dando mi autorización a que hablara.

—¡Los necesito! —imploró, alicaído.

Enseguida, Eduard, joven de ideas progresistas y modernistas y con fuerte oposición a todo lo concerniente al sistema político zarista, apostrofó en alto:

—¡Es imposible que podamos ayudarte en algo! —exclamó con aversión.

No me atreví a ser yo la que dijera aquello, pero, sinceramente, también fue lo que pensé.

—¡Por favor! —suplicó, nuevamente desalentado.

Aquel enorme soldado llamó por entera nuestra atención cuando, tras las palabras insinuadas por mi alumno y que podían impedir que se explicara, no dudó en flexionar una de sus rodillas e hincarla contra el suelo. Su barbilla también cayó hacia abajo, abatida.

Quedó tan subyugado que su ademán sumiso fue el que nos preocupó de veras por lo que tuviera que comunicarnos.

Desatendimos nuestras composiciones y anduvimos hacia él.

En el recorrido que nos acercaba, cada cual limpió sus manos —manchadas por el barro que trabajábamos— en el mandil beis que vestíamos siempre en aquel lugar.

Lo rodeamos a la vez que Marius, el más veterano de todos, tiraba de sus axilas haciéndolo levantar.

—Solo podemos ayudarte con esto —extendió sus palmas amarronadas hacia los ojos del hombre, ya dirigidos hacia los nuestros.

Asintió, efusivo.

Giró su cabeza hacia la puerta de la sala, que permanecía entreabierta.

—¡Ekaterina…! Pasa —susurró, entrecortado. Llevó su voz hacia el lugar por donde hubo entrado.

La aparición de aquella mujer no aclaró los motivos por los que solicitó, de manera tan extrema, ayuda.

Nuestra visión pronto se tornó fantasmagórica cuando alzó sus brazos y dirigió sus manos hacia la capucha con la que se ocultaba. Cuando descubrió su rostro, nuestro alrededor se nubló, repentino, por tan sobrecogedora estampa.

Ante aquella aparición, Marius y Eduard apartaron presurosos sus ojos de ella, los de Irina y los míos se batieron de arriba hacia abajo, escudriñando cada rincón faltante de su cara: sus pómulos inexistentes, su nariz chapada, su barbilla deformada.

Mis manos, de inmediato, taponaron la exhalación de consternación que amenazó manar de mi boca.

A continuación, y tras su exhibición sin palabras, el soldado extrajo una fotografía del interior de la casaca que vestía. La observó embelesado durante un largo tiempo y, después de emitir un estremecedor suspiro, la acercó, tembloroso, hacia mis dedos, ya extendidos hacia los suyos.

No quité atención del retrato de esa preciosa mujer de armoniosas facciones y extraordinaria belleza.

—Así era antes del accidente que la dejó… —La conmoción de su voz hizo que rebajara el tono de su habla—. Ella es costurera y ya nadie quiere que vaya a su casa. Y… lo más triste es que nuestros hijos no la reconocen y lloran al verla —desveló la situación de desespero que vivían—. Ella solo… —Le fue imposible seguir hablando.

La mujer prosiguió la frase que él no fue capaz de concluir.

—… solo quiero morirme —afirmó, rotunda, convencida de no querer seguir viviendo de aquella manera.

Irina, mi admirada y sentimental Irina, corrió hacia ella y se arrojó a sus brazos.

—¡Te ayudaremos! —expuso, tajante, llevada por la pesadumbre que sintió.

—Pero ¿cómo? —replicó el más joven de mis alumnos a la vez que agitaba con los dedos su cabellera, de por sí habitualmente alborotada.

—¡Tontaina! —exclamó Irina de la forma común con la que nos dirigíamos hacia él. Termino ganado a pulso por no atender nunca a razones—. ¿No ves que tenemos a Xena?, ella sabrá qué hacer —aclaró mientras continuaba ceñida a la mujer desamparada.

La responsabilidad recibida y aceptada de inmediato me obligó a cavilar.

El silencio envolvió la sala, la mudez se acopló a nuestras bocas.

Aquel *impasse* que se produjo, me sirvió para macerar una pregunta con cuya respuesta, posiblemente, obtendríamos las pistas que necesitábamos.

—¿Por qué pensaste que podríamos ayudarla?

Escuchar los razonamientos del soldado y los motivos que lo habían llevado hacia nosotros serían interesantes de conocer.

La pregunta lanzada al corpulento hombre hizo que anduviera hacia los grandes ventanales; estos se extendían por un lateral de la sala y sus vistas daban a uno de los muchos jardines interiores de palacio. Paró frente a ellos y su cara se movió de un extremo al otro. Recorrió con su mirada la larga mesa contigua, llena de esculturas terminadas y colocadas unas al lado de las otras.

—Todos los días, al anochecer, visito estas instancias. Compruebo que

estén vacías antes de cerrarlas definitivas hasta la mañana siguiente. —Alzó su dedo índice. Punteó cada uno de los bustos que allí se encontraban. Todos ellos realizados por mí, la única capacitada para llevarlos a cabo por aquel entonces—. Este es Fiodor, a veces coincido con él en alguna de las guardias. Dmitry, es un gran bailarín que practica en la sala contigua. Este es Andrey, nuestro capitán general y… su esposo.

Su identificación fue exacta, yo seguía con mi afición de esculpir rostros conocidos o desconocidos según aparecieran en mi mente. Continuaba retratando cualquier imagen que mi imaginación ordenara modelar a mis hábiles dedos.

Concluido el recorrido por alguno de ellos, se acercó nuevamente hacia mí y solicitó la fotografía que me había traspasado y que aún seguía sujetando.

La cedí nuevamente hacia sus manos.

Continuó hablando.

—Esta es mi esposa… —carraspeó su garganta a la vez que la exponía ante nosotros—, y necesita un rostro que no asuste a nuestros hijos y que le ofrezca alguna oportunidad.

La réplica de todos ante el reto propuesto fue instantánea.

—¡¿Quieres que le construyamos una cara…?! —bramamos al unísono tras descubrir lo que requería de nosotros aquel hombre.

Los ojos de Irina, Eduard, Marius, los del soldado y hasta los de la mujer desfigurada recalaron en los míos, ya evadidos; recapacité desde el primer instante en el que nos desveló lo que pretendía que hiciéramos.

El murmullo se fue intensificando.

Era habitual que mis discípulos —convertidos ya en verdaderos amigos— iniciaran tertulias con cada desafío artístico que les proponía. Aunque esta vez no fui yo la causante del debate, me vi todavía más involucrada en discurrir junto a ellos alguna manera en la que nuestro talento traspasara la línea roja de lo artístico y sirviera para revitalizar a esa familia rota que nos pedía auxilio.

Dar forma a la hazaña planteada hizo que todas mis desdichas se convirtieran en banales: el engaño que me había llevado hacia allí, el embuste de un amor exclusivo que descubrí compartido y la falsedad consentida de mis últimas acciones. Mentira tras mentira borradas de mi memoria como ninguna otra vez con el único objetivo de devolver un porvenir a aquella pobre mujer.

Encontrada la solución —más fácilmente de lo que *a priori* supuse, aunque todavía aquella idea había que madurarla— vociferé una pregunta:

—¡¿Cuál es tu nombre?! —quise saber antes de continuar hablando.

—Nikolai, señora —contestó, inmediato.

—¡Nikolai, sé cómo hacerlo! —rugí, enrabietada, anunciándolo como si me fuera la vida en ello. Hasta mis dientes chocaron entre sí y se apretó mi mandíbula por la excitación que me causó descubrir la forma de afrontarlo.

Aquella afirmación desvaneció, lentamente, el alboroto surgido y en la mirada de la joven madre se instaló un halo de esperanza que no hubo existido momentos atrás, cuando expuso su tragedia ante nosotros, humildes artistas dispuestos a ayudarla.

CAPÍTULO XVIII. Rusia

Durante 1895. Marzo. El pacto

Ekaterina nos visitó en varias ocasiones más, siempre al alba. Cuando apenas el tímido resplandor del sol se hacía sentir, ella aparecía en nuestra sala de escultura. Amparada por la heladora mañana, escondía su desfiguración con grandes y abombadas capuchas que no extrañaba vestir por el frío intenso en aquella tierra de aspecto invernal, aun habiendo entrado la primavera.

Ante nosotros se comportaba desinhibida, natural. De la forma en la que actúas ante un doctor cuyo objetivo es aliviar tus dolencias.

La instamos a que quedara en casa y esperara nuestro aviso una vez que los moldes de su cara estuvieron construidos. Al igual que su rostro, aquellas inexistentes facciones quedaron reflejadas en ellos. Con ese primer paso realizado, acometeríamos lo que durante semanas planeamos —exhaustos de ideas— y que sería nuestro punto de partida: modelar las piezas y que estas encajaran como un guante completando sus rasgos faltantes.

A muchos obstáculos nos enfrentamos: el material, la inexactitud de su anterior apariencia, el color de las figuras resultantes y, sobre todo ello, lo pesadas que resultaron para mantenerlas sujetas a su cara según lo estudiado; un pegamento natural que ideamos y que resultaba necesario para no dañar su piel de por sí maltrecha.

Fueron muchas las mañanas, sentados en las pequeñas banquetas y colocados alrededor de la cálida estufa metálica, las que pasamos observando las facciones de la joven ya terminadas. Su nariz, sus pómulos y su mentón modelados en barro y ya acabados circulaban entre nuestras manos una y otra vez.

Claro quedó que el gran problema al que nos enfrentábamos era el material empleado. Debíamos conseguir un modelaje igual de eficiente, pero con la mayor ligereza posible.

Lo intentamos, muchas fueron las variantes en las que trabajamos sin descanso. Unas veces eran demasiado endebles, otras, esculpirlas resultaba casi imposible y no lográbamos la apariencia que se necesitaba.

Aquel reto mantuvo mi mente alejada de la sombra de la gran

mentira en la que estaba inmersa en mi otro yo. Así catalogaba mi vuelta a casa y la falacia en la que se había convertido interpretar esa otra vida en la que debía hacer creer que ese bebé, de apariencia sana y bonachona, había crecido en mi vientre y, por lo tanto, era hijo mío.

El embrollo no solo quedó en aquella simulada apariencia de ser madre sin serlo, sino que, como toda mentira secundada, se fue complicando cada día un poco más.

El cumplimiento de los otros términos acordados en el pacto, y que los tres nos comprometimos a materializar, no fueron fáciles de acometer para ninguno.

El pequeño Sacha quedaría en San Petersburgo junto a su padre y su falsa madre durante varios años, todos los veranos los pasaría con Anna. Cuando el joven tuviera la suficiente consciencia para entenderlo, se le desvelaría el verdadero parentesco conmigo y terminaría viviendo con ella, su verdadera progenitora. Pensamos que, tal vez, los años transcurridos ofrecerían diferentes circunstancias a las que en ese momento nos encontrábamos.

Para que todo siguiera su curso, fue necesario aparentar ser una familia unida. Andrey y yo debíamos dejarnos ver en público juntos y, para normalizar nuestro matrimonio después de lo ocurrido, tendríamos que seguir manteniendo relaciones íntimas por el bien de la continuidad del engaño.

No dudé en aceptar todo aquello y más porque aún lo amaba.

También a la joven hermanastra le permitimos el mismo contacto carnal. No la encontré culpable, sino víctima igualmente y sus sentimientos y los míos hacia el apuesto Andrey seguían latentes en ambas.

Me acostumbré a mirar hacia otro lado cuando estos acercamientos amatorios sucedían entre ellos.

Fue en una de las tantas madrugadas en las que mi marido acudía a mi cama, exhausto tras su pasional encuentro con Anna —aproximaciones que parecían agotarlo más que las nuestras, de índole menos fogosas y algo más resentidas—, cuando, en mi insomnio de aquella noche, mis ojos chocaron con la cercana luz de la vela. Parpadeante, interfería en la oscuridad del dormitorio y molestaba.

Debí apagarla con sigilo, ensombrecer definitivamente el ambiente, pero seguí embelesada en mis pensamientos nocturnos, contemplando cómo aquel esbelto cirio se consumía de poco en poco. Parecía mi propia vida extinguiéndose en precisa verticalidad e imparable descendencia. Avanzaban las lágrimas de su cera como el día a día cayendo al precipicio de la inexistencia. Observé la cambiante tonalidad de sus gotas avanzando; transparentes, se convertían en rojizas tras el roce con el envoltorio que lo recubría. En su base quedaban figuras de color escarlata que el propio chispeo fue

esculpiendo: unas en forma de aves, otras parecían ramilletes de flores y, las otras, mi mente las convirtió en mentones, mejillas y…

—¡Ekaterina! —grité en mi interior como inmersa en una pesadilla que se convirtió en un buen sueño al instante.

Tras crear la mascarilla de su cara imperfecta, las facciones faltantes las seguiríamos esculpiendo en barro e intentaríamos encajarlas exactas en su rostro. Conseguidas estas piezas, con ellas sacaríamos el molde que rellenaríamos con cera: modelable, de fácil tintura y de menor peso si conservábamos la silueta y la dejábamos hueca.

Sería ese el material que utilizaríamos para devolver las esperanzas perdidas a la mujer que nos solicitó ayuda.

Ese fue el sino de mi vida; en el momento más sombrío de todos, la ilusión resplandecía por encima de cualquier otra cosa que intentara encapotarla.

CAPÍTULO XIX. Rusia

Durante 1895. Abril. Las despedidas

Las intenciones de cualquier plan pueden alterarse debido a los contratiempos surgidos.

Algo habíamos notado en los lloros intermitentes del bebé. A veces su tono era afónico, otras se escuchaban con normalidad durante un corto espacio de tiempo. Después se iban desvaneciendo poco a poco y parecía gesticularlos sin llanto alguno.

Atendía, ávido, a los ruidos, pero su falta de voz era evidente. Lo achacamos a tantas cosas que nunca pensamos que la mudez fuera lo que afectara al pequeño.

Fue un varapalo para todos que el doctor afirmara que, tal vez, era una deformidad —que no llegaba a valorar con exactitud por falta de medios— en los ligamentos vocales responsables del habla.

Desde aquel preciso instante, todo cambió.

Mientras reorganizábamos el pacto, por el bien del hijo de Anna y Andrey y que antepusimos a cualquier otra cosa, mis pensamientos seguían divididos en esos dos mundos desiguales y afectados por las distintas preocupaciones. En uno buscábamos alguna salida para el pequeño Sacha, en el otro, mi equipo y yo salvábamos del aislamiento social a una joven madre sin esperanza alguna.

Aquel día que comenzaba lo recordaré siempre.

Ambas despedidas, sin pretenderlo, coincidieron en el tiempo y tuve que afrontarlas en igual medida.

Una tendría lugar al amanecer; la otra, al atardecer.

La aparición de aquel soldado se produjo de la misma manera que sucedió la primera vez que nos visitó hacía ya varios meses atrás.

—¡Con permiso! —volvió a retumbar su voz por la sala de escultura, donde, esa temprana mañana, ya los esperábamos llenos de emoción desbordante.

Continuó con el zapateo de sus botines, momento en el que nuestros ojos buscaron a Ekaterina, colocada al lado de su esposo.

Irina —sin ocultar su regocijo— soltó sus herramientas de trabajo, limpió sus manos en el mandil y corrió hacia ella en cuanto la vio. Nosotros realizamos los mismos movimientos de manera más

comedida y nos dirigimos directamente hacia la gran butaca dispuesta en el medio del salón.

La mujer, con pasos dispuestos y sin mediar palabra —supusimos que debido a la tensión del momento que la hizo comprimir sus labios y quedar sin habla—, se acercó hacia donde todos la esperábamos, ansiosos por comenzar el encargo.

Antes de sentarse y dejarse hacer, cerró los ojos. Pareció no querer contemplar sus facciones de cera ya modeladas y reposadas en las pequeñas mesas colocadas alrededor del butacón de trabajo. Posiblemente, la impresionara observar sus rasgos faltantes expuestos como piezas de un puzle que en breve quedarían montadas en su rostro.

Su cuello lo echó hacia atrás y su cabeza la reposó en el extremo superior del espaldar; con el último movimiento de su esposa preparada para el cambio, el soldado desanduvo sus pasos y prefirió abandonar el lugar y dejarnos a solas.

La cara desfigurada, más expuesta que ninguna otra vez, quedó lista para el toque final cual escultura a punto de ser concluida.

Reaccioné, distante, concentrada al máximo.

—¡Cola de pegado! —solicité, inmediata.

Fue Eduard —encargado de conseguir la mezcla perfecta tras probarla en infinidad de ocasiones y superficies distintas— el que me entregó el tarro que la contenía y el pincel con la que extenderla adecuada.

Las bases de su inexistente nariz, los hundidos pómulos y el partido mentón fueron rociadas abundantes con esa potente sustancia natural que habíamos elaborado.

—¡Primera pieza! —volví a solicitar mientras Irina fue la que, delicada y reposándola en su palma, me ofreció aquel molde de peso ligero que imitaba su nariz en cera y que acoplaba perfecta en su accidentada superficie.

Recién apretada la cúspide hacia el cimiento de su cara, mi dedo índice fue sustituido —con un movimiento estudiado una y otra vez— por el de Marius, que, por aquel entonces, contaba con una gran firmeza y templanza para aquella acción.

Mientras el fragmento se adhería correcto, solicité las pinturas que, mezcladas adecuadas, nos ofrecieron un tono de piel aún más preciso que el que ya habíamos conseguido para las piezas resultantes.

Coloreé el acople para que pasara desapercibida aquella franja que delimitaba su tez con nuestra obra. Fui pintando toda ella hasta llegar a la cumbre que, habiendo pasado un tiempo considerable, pedí que se aflojara la presión.

Fijamos los ojos en aquella nariz perfectamente engastada. A continuación, y sabiendo que nos enfrentábamos al momento más decisivo, mis dedos zarandearon toda ella con el fin de comprobar la

dureza con la que se había fijado.

Extraordinario me pareció aquel trabajo al distanciarme lentamente y admirarlo desde otra perspectiva algo más lejana.

Habíamos logrado una reconstrucción perfecta.

—¡Xena! —susurraron todos mientras el cúmulo de sensaciones nos provocó abrazarnos.

Cedí a mis amigos que fueran ellos los que terminaran de situar y pintar el resto de las pequeñas piezas que faltaban para acabar con éxito el trabajo.

En el tramo final, actué de observadora en esa operación ajustada que no hubiésemos logrado de no haber trabajado como lo hicimos; todos a una.

Consolidamos un equipo con un futuro impensable por aquel entonces.

Terminado el proceso, la mujer no quiso contemplar el resultado en el espejo de mano que teníamos preparado.

Nos extrañó su actitud, aunque pronto entendimos los motivos.

—Decidles que pasen, por favor —nos rogó con un hilo de voz, entumecido por la emoción a la vez que se incorporaba del butacón y movía su cuello, dolorido por las tantas horas inmóvil y colocado en igual postura.

Cuando dimos entrada al enorme soldado, este no venía solo. Aprovechó el tiempo de espera para ir a recoger a sus pequeños.

El mayor de sus hijos apareció en la sala tímidamente abrazado a su pierna, el otro, que apenas andaba, transportado en su regazo pero con un espabilado evidente que lo hizo atender a todo lo que lo rodeaba.

Fue conmovedor observar que no lloraron al verla, que uno correteó hacia ella y el otro extendió sus manitas, buscando el mimo de una madre que había regresado a su lado.

Fue entonces cuando entendí la poca importancia de ver su rostro recompuesto en aquel espejo. La mejor prueba de la buena labor realizada la obtuvo al ver reconquistado el afecto perdido de sus hijos. Fuera cual fuese su aspecto, poco le importó si con aquel rostro recuperaba de nuevo su vida.

Jamás sentí más dicha de la que me invadió aquel día, en ese preciso instante en el que me vi poseedora de un extraordinario don con el que podía llegar a hacer mucho bien.

Tras multitud de gracias y abrazos ofrecidos, unidos marcharon los cuatro por el largo pasillo que los acercaba a la salida. Ella sujetaba contra su pecho el preciado maletín de piel con el que la habíamos obsequiado —lleno de piezas nuevas y recambios para las facciones que pudieran dañarse—, a él, lo intuimos feliz por haberla recuperado.

Nuestra reunión de ese día frente a la caldera rebosante de carbón en

llamas se enardeció todavía más cuando Eduard sacó una botella de hidromiel.

Sin escrúpulo alguno bebió directamente de su boquilla y la pasó al siguiente comensal, que hizo lo propio. Circuló de mano en mano, de boca en boca, hasta que la oscuridad del atardecer me percató de que la velada debía concluir para mí.

Hubiese continuado toda la noche para evitar de esa manera mi siguiente y más cruenta despedida. La afrontaría, a propósito, en la menor lucidez posible con el fin de amainar mi acrecentada aflicción.

El carromato ya estaba preparado cuando aparecí en la puerta de casa. Intuí la inminente partida debido a los enormes baúles amarrados a su techo, la diminuta puerta abierta y la escalerilla desplegada y preparada para acoger a los viajantes que marchaban.

Me esperaban todos cuando, a trompicones y con una falta clara de equilibrio, aparecí en el salón. Atendieron sus miradas a mi desastrosa entrada, la que provocó la ingesta de ese licor que bebí incontrolado y que me hizo vivir aquel momento envuelta por una neblina que distorsionó hasta la expresión de sus caras.

Anna, de la que llegué a distinguir su larga y elegante vestimenta, saldría de casa camuflada por el oscuro atardecer después de meses de encierro. Andrey sujetaba el cesto acolchado donde transportaba a su pequeño y mermado hijito. Despacio, la pareja se levantó al verme. Pasaron por mi lado y buscaron acariciar mi mano. Segundos de contacto en los que, de inmediato, apartaron sus ojos, avergonzados, hacia el lado opuesto a donde yo me encontraba. Ni capaces fueron de reposar sus miradas en aquella mujer vapuleada que dejaban destruida por completo.

Sergey, el mayordomo, cedió su brazo como apoyo por si fuera mi intención la de acompañarlos al exterior para ver partir a la extraña familia en la que acabé integrada y que, en aquel instante, se descomponía para siempre.

El pacto entre nosotros había dado tal vuelco que volví a ser la perjudicada de aquella inverosímil situación.

Aunque para el resto de conocidos la residencia habitual de mi esposo sería San Petersburgo, por allí vivir su esposa y la cercanía con su primo el zar —incluido en su círculo de personas de confianza y que lo requería de escolta en la mayoría de sus viajes—, pasaría más tiempo con Anna y su hijo. Buscaron para él, en Moscú, a los mejores médicos y más modernos tratamientos que en ese momento solo esa ciudad pareció ofrecer. No levantaría sospechas que una hermana acompañara a un hermano mientras su mujer los aguardaba, desalentada por la desdicha, hundida e incapaz de hacer frente al problema de su vástago —otro nuevo embuste al que tendría que dar forma— en la casa familiar, mientras el cabeza de familia acompañaba

al hijo de ambos para ser tratado con los más modernos avances.

Andrey seguiría siendo mi esposo y, por tanto, continué relacionándome intermitentemente con él. Con Anna coincidí pocas veces más, los mínimos momentos en los que me cedía al pequeño; provocamos reunirnos los veranos y muchos otros acontecimientos que hicieran pensar que manteníamos la debida relación maternal entre madre e hijo. A vista de los demás, y tras esos cortos espacios de tiempo juntos, se me vería a mí como la gran sacrificada que dejó marchar a su hijo, buscando la mejor curación para sus males.

A cada paso me valía del apoyo que el mayordomo me ofrecía, estimable ayuda que me hizo avanzar lo suficiente como para salir y verlos marchar.

Mi esposo, que reusó mirarme nuevamente, acercó hacia mí la cestita en donde el pequeño —tapado con un cálido mantón de piel de zorro — dormía profundamente. Batí mis brazos sujetos por Sergey para que me soltara, que me dejara libre en mi última despedida del pequeño. Me incliné despacio y besé su única zona expuesta. La suave piel de su frente blanquecina quedó bajo mis labios, temblorosos de pensar en la nostalgia que me provocaría su inminente ausencia.

El ruido provocado por el traqueteo de esas ruedas avanzando sobre los adoquines resbalosos —debido a la humedad de aquel desconsolado anochecer— me acompañó en el despertar agitado de cada una de mis pesadillas siguientes; a los días las sentí, a las semanas posteriores, también…, hasta años zozobrando por aquel desalmado suceso que cambió el rumbo de una joven que se negó a ser sirvienta y que pagó un precio demasiado alto por aquel conato de rebeldía.

A Sacha nunca lo traté como a un hijo —no pude también engañarlo a él—. Desde muy joven supo quién era su madre verdadera y quién su estimada y confidente amiga Xena.

PARTE II. Petrogrado (antigua San Petersburgo)

22 años después. Primera Guerra Mundial

CAPÍTULO XX. Rusia

1916. Noviembre. La vida

El paso del tiempo parecía no haber influido demasiado en mi vida. Sí, mis aptitudes y las de mi grupo de veteranos artistas habían evolucionado, inclusive diría que igualado entre nosotros, pero tenía la sensación de seguir con las mismas rutinas diarias de cuando arribé a esa ciudad de ensueño ya convertida, en aquel instante, en un hervidero revolucionado que ahogaba, indistintamente, a los de uno u otro bando.

El bagaje de aquellos años transcurridos y mal gestionados por los zares había desembocado en absurdas guerras, en conflictos evitables que, de no haberse producido, habrían mantenido a la sociedad unida y no disgregada como se encontraba por aquel entonces.

Inmersos en una guerra mundial sin sentido y en la que nadie llegó a entender los motivos exactos de nuestra implicación en ella, avocó a la desintegración de la Duma —parlamento ruso creado años atrás para gestionar de otra manera el país y que solo encubrió el poder que seguía recayendo en Nicolás y su esposa—. Los conatos revolucionarios estaban a punto de obligarlos a una renuncia de poderes que aún no se había producido y cuyo resultado sería la abdicación del zar. Sus partidarios intentaron combatir con arrojo los alzamientos para evitar la cesión definitiva del mandato que, por ley divina, pertenecía a los Romanov.

Mientras todo esto ocurría, yo miraba hacia otro lado por mis tantos quehaceres designados.

Seguía con mi hábito matutino de pasear por la nevada avenida colindante al río Nevá que, en aquel duro otoño, se encontraba completamente helada. Caminaba enfundada en un mantón de piel desgastado por el uso, nada igualable a los preciosos abrigos vestidos de antaño, elegantes y de notable estatus.

En la esquina cercana a la que fue la panadería de Irina, aguardaba todas las mañanas el encuentro con ella y su nuevo marido. La muerte repentina de su esposo, el panadero, que tuvo lugar dos años atrás, no extrañó a ninguno. La diferencia de edad notable entre ellos desembocó en un suceso previsible. Lo que sí motivó las habladurías

de clientes y allegados, nadie lo imaginó en su entorno, fue que el hombre elegido para rehacer su vida —demasiado pronto, según el alma fisgona de los juzgadores de sus actos, que no la veían como una mujer liberada de compromiso hacia su esposo ya fallecido—, fuese el joven Eduard, ya convertido en un maduro varón —no emparejado con nadie— de ideas bolcheviques, propulsor de revueltas y estudioso político revolucionario que siguió donando parte de su tiempo a una causa humanitaria que se había desbordado por los acontecimientos bélicos existentes.

Evidentemente, el sabio Marius —ya anciano y de aspecto más atocinado si cabía— y yo siempre supimos sobre el *affaire* de ambos estando su esposo todavía de cuerpo presente.

Irina, bastante tiempo atrás, en una de nuestras habituales tertulias frente a la cálida estufa y con el licor de hidromiel impregnando en demasía sus labios, nos confesó —aligerada su lengua por el excesivo alcohol de aquel elixir— que su desposorio había convenido únicamente a su familia y que ella bebía los vientos por un varón culto y de cabellera habitualmente alborotada.

El único aludido en esa frase, Eduard, de argumentos sólidos e ideas marxistas, pareció no reconocerse en esa clara descripción de él y que sorprendió a todos excepto al susodicho, que se pensó excluido.

Otra vez Marius —que, como siempre, chocaba del todo con las convicciones políticas de este— dejó a un lado lo que los separaba y, actuando como lo que era, su estimable amigo, fue el encargado de aclararle la frase de una Irina enamorada, al tontaina —apodo cariñoso que seguimos utilizando al dirigirnos hacia él— que, a su vez, nunca ocultó su fascinación por la panadera.

Fuimos compinches, hermanos, singular familia de artistas unidos por una gran amistad y enamorados de la ardua labor que copaba todo nuestro tiempo.

Eduard avanzaba hacia el Palacio de Invierno con su mano reposada en la cintura de su amada esposa, a su vez, Irina pendía la suya a mi brazo, colocado en jarra y expuesto hacia ella. Un trío que aumentaba en número cuando rondaba la cercanía a nuestra sala de trabajo. El paticojo anciano nos hacía frenar el ritmo y, con su hombro, movido de un lado al otro, rompía la armónica unión de la pareja, a la que nunca le importó hacerle hueco, y se echaba a un lado para incluirlo en ese grupo de artistas al que siempre hubo pertenecido desde sus principios.

Al llegar a los jardines —totalmente congelados y con ramas de aspecto transparente debido a la capa de escarcha que las cubría— lindantes a la entrada a palacio, centenares de personas esperaban nuestra llegada. Unos ansiaban que concluyéramos sus facciones ya empezadas, muchos otros, venidos de distintos rincones del extenso

territorio ruso, aguardaban su turno para que «la escultora de rostros de San Petersburgo» —muchos llamaban aún así a la ciudad que había cambiado de nombre— y su equipo de artistas, ya reconocidos por todo el país e inclusive fuera de él, les devolvieran parte del porvenir que las bombas de la guerra les habían arrebatado.

Repudiados por sus novias, esposas, hijos y hasta padres que no reconocían al ser que volvía del frente con esa deformidad en la cara…, nos convertimos en su única oportunidad de sobrevivir.

Asumimos esa responsabilidad como nuestra. Fue el granito de arena que aportamos a la causa y con la que, a su vez, logramos excusar la partida de Eduard hacia el frente. Tiempo que empleó —como los buenos doctores que quedaron en Petrogrado— para ofrecer todo lo mejor a esos jóvenes desahuciados y, clandestinamente, seguir luchando para que el resto de compatriotas, obligados a ir, pudieran regresar cuanto antes del horror de esa inmunda guerra.

Dejábamos que Marius abriera la puerta de la sala.

A veces quedábamos minutos esperando que su temblor de manos —aparecido con el avance de la edad y que motivó que integráramos a un nuevo escultor para que progresara en el trabajo que ya no podía realizar con precisión— cesase y lo dejara atinar la enorme llave en la descomunal cerradura.

Allí dentro manteníamos una temperatura rozando la gelidez. No había ya criados que alimentaran las estufas de continuo, además de que la cera que trabajábamos tampoco nos dejaba caldearla en demasía por si las piezas perdían su forma y se derretían.

Seguimos manteniendo las reuniones con las que acabábamos el día e incluimos otras al empezar la jornada.

Ese comienzo tenía lugar al fondo de la enorme sala ampliada.

Al comienzo de la guerra y dada la cantidad de afectados que requirieron nuestra ayuda, a la vez que el Palacio de Invierno pasaba a convertirse en hospital, también nuestro salón acometió reformas y se agrandó. Se respetó la sala contigua que albergaba a los bailarines de danza clásica —arte que los zares e incluso los integrantes de la Duma siguieron requiriendo para sus días de asueto o como entretenimiento para cualquier invitado venido lejano—, pero el tabique opuesto a ese se derrumbó.

Contamos, de esa manera, con el doble de espacio para nuestro rincón de escultura.

Allí, en ese nuevo lugar apartado de la entrada y colgados de aquella pared que delimitaba la sala, quedó instalado nuestro mausoleo de rostros.

Dejamos colocados y expuestos los moldes de cientos de caras desfiguradas, de miles de cartas llenas de agradecimientos, mensajes de esperanza recibidos a diario en los que se reconocía nuestro trabajo

y el fruto de haberles dado de nuevo un rostro: unos restablecieron sus vidas, otros consiguieron formar su propia familia; vetados anteriormente por la monstruosidad que provocaban sus inexistentes facciones y que horrorizaban a las muchachas que pretendían cortejar.

Tras leer en voz alta algunas de ellas recién llegadas, conseguíamos la energía que necesitábamos para no caer derrotados: desmoralizados, a veces, por lo que se estaba viviendo en esa época incierta, desmotivados en muchas ocasiones en las que el daño era tal que no podíamos darles el nuevo inicio que venían buscando.

Eduard, Irina y yo nos colocábamos delante de nuestros escritorios de trabajo, desbordados de piezas identificadas con los nombres de los pacientes. Marius, tras colocarnos delante de nuestras mesas, los nombraba de uno en uno para darles paso. Las funciones del anciano quedaron limitadas a labores de organización y, como mucho, pequeños recados que con sus pasos renqueantes le llevaba completar más tiempo del deseado.

El cuarto escritorio, igual de repleto que los nuestros, quedaba sin ocupar hasta la incorporación tardía del joven que, por su arte y sensibilidad, se ganó el puesto.

—¡Siempre tarde, canalla! —vociferaba Eduard, intentando molestarlo cuando la puerta se abría con brusquedad y forzaba un portazo que llamaba la atención de todos los presentes.

Ese era el comienzo del parón matutino.

Los jóvenes tratados y nosotros mismos descansábamos minutos del atoramiento que producían las tantas horas en igual postura.

Atendíamos, intrigados, a la entrada —distinta cada vez— del renombrado muchacho que se ganó el puesto.

El violín sonaba de fondo, apartado de la sala. Desvelaba aquella melodía que la estrella haría su aparición de un momento a otro.

A veces su presentación conllevaba un gran salto con el que la punta de su pie parecía rozar el techo y su largo pelo ondulado flotaba cual bandera al viento. Tras quedar suspendido en el aire, caía tan suave que parecía que planeaba su cuerpo hasta tocar el suelo. Otras giraba constante y sin parar. Representaba con sus brazos —colocados hacia adelante— un óvalo perfecto que lo hacía, todavía más, aparecer ante nuestros ojos al estilo de una peonza giratoria lanzada con la máxima de las fuerzas. Ese paso, habitualmente, provocaba las sonrisas de nuestros pacientes, que, al igual que a nosotros —excepto del bailarín que ejecutaba aquellos giros continuados—, nos provocaba mareos el atender cada una de las vueltas que emitía hasta parar *ipso facto* frente a su pupitre de trabajo. Estiraba por completo una mano hacia arriba, acercaba armonioso su cara hacia ella e inclinaba su cuerpo estiloso.

La corografía terminaba al tocar con sus nalgas la silla.

El instrumento de cuerda cesaba cuando, Sacha, el hijo que todos

pensaban que había heredado el amor por la escultura inculcado por su madre, Xena —mentira que perduraba aun habiendo pasado ya veintidós años—, empezaba su labor. Era entonces, a la vez que su amigo del alma silenciaba la música, cuando volvíamos nuevamente a la tensa normalidad en la que se había convertido nuestro día a día.

La parafernalia que ejecutaba al entrar, incluso diría que toda su persona, inyectaba esa porción de moral que todos los allí presentes agradecíamos de veras.

CAPÍTULO XXI. Rusia

1916. Diciembre. La revelación

Sacha pasó gran parte de su vida en Moscú. Destacó desde muy joven como discípulo sobresaliente de la renombrada escuela de *ballet* clásico moscovita. Desde pequeño apuntó maneras que no pasaron desapercibidas para los entendidos. Aparte de su cuidado y trabajado estilo, lo acompañó su físico espigado, de facciones suavizadas —no tan rudas como las de su padre pero de similar parecido— y de movimientos afeminados en su danza, baile que clasificaron de delicioso para los sentidos; la mezcla perfecta entre sus muslos afinados pero musculosos y ese semblante delicado que ofrecía él mismo acompañado por su larga cabellera dorada.

En nuestros encuentros cuando aún era niño, noté su conexión artística conmigo. Siempre siguiendo mis pasos, continuamente aprendiendo y esculpiendo figuras a mi lado.

Los veranos los pasábamos uno junto al otro.

Mientras los demás buscaban otro tipo de diversiones, nosotros dos lo hacíamos de manera diferente al resto. Aislados de ellos, trabajábamos la cera. Siempre perfeccionando el método para poder aplicarlo a los pocos que —en esos primeros años con el país medio en calma— se acercaron a mi equipo con alguna desfiguración por la que solicitaron ayuda. El número de afectados fue creciendo según nos involucramos en guerras y aumentó, considerablemente, la petición de nuestros servicios, por el desalmado cuerpo a cuerpo con el que se combatía en la Gran Guerra y las bombas incendiarias lanzadas desde el bando enemigo sobre regimientos completos.

Esculpíamos siempre en silencio. Silencio que su mudez —quedó sin habla por completo, privándolo de comunicación verbal— provocó que atendiera siempre a sus gestos, incluso a temprana edad estudié junto a él la lengua de señas con la que en Moscú sus profesores lo instruían. Oía a la perfección, pero su única forma de ser entendido pasaba por expresarse a través de sus muecas y el movimiento de sus manos.

Me convertí en la primera persona de su entorno que entendió todo lo que quería decir con el movimiento veloz de sus dedos formando

palabras. Era tanta nuestra complicidad que, tras las primeras letras compuestas y junto a los aspavientos de sus brazos, montaba con rapidez las frases en mi memoria y me adelantaba a lo que quería decirme.

No tardamos en desvelarle la verdad sobre ese trío que coexistía en su vida y que fue azotado por habladurías continuadas cuando Andrey abandonó su hogar en San Petersburgo y vivió con su hermana durante algunos años en Moscú.

Alejado de la ciudad en la que moraba su mujer, volvió a ella intermitentemente. En sus breves regresos, nos dejábamos ver en actos sociales que nos vincularan nuevamente como esposos a la vista de todos. También, durante su corta permanencia en casa, frecuentaba la compañía del zar cuando este lo requería a su lado, motivo por el cual su estancia en aquella ciudad pareció ser más extensa de lo que en realidad fue.

El tiempo amainó los cuchicheos.

Un hombre compartido con dos mujeres y sus muchos viajes provocó que también Anna rehiciera su vida con uno de los doctores que atendían a Sacha y que quedó cautivado por su elegancia. Fue entonces cuando Andrey regresó junto a su afligida mujer, Xena, que fue capaz de seguir renunciando a su hijo —así lo vio la sociedad— para que este recibiera mejores atenciones junto a su cuñada y el doctor especializado en el habla con el que contrajo matrimonio. De esa manera se vio la vuelta definitiva a Petrogrado del capitán general del ejército junto a su esposa, aunque pronto volvería a marchar hacia la guerra recién emprendida contra Japón, conflicto armado motivado por la ambiciosa expansión rusa que pretendieron los zares.

Andrey —su padre—, Anna —su verdadera madre— y yo —su estimada camarada— coincidimos en que la edad propicia para destaparle aquella farsa serían los doce años.

Precavida durante años, había puesto una barrera entre nosotros que lo hizo tratarme más como una amiga que como una madre. Creo que aquello funcionó y, aquel día, sentados los cuatro en el salón de la gran casa de veraneo que sus abuelos poseían en Crimea, no fue difícil contarle una verdad disfrazada y algo distinta a como habían sucedido los hechos.

Tras aquella revelación, en la que salió a la luz el embarazo de Anna cuando Andrey ya se había desposado conmigo y la ocultación llevada a cabo por ser ambos hermanastros, extrañó su reacción inmediata. Sin ser yo la que hablara —me mantuve desplazada al lugar que me correspondía ocupar en aquella trama—, fui la primera que recibió el abrazo afectuoso de un Sacha que pareció aliviado al conocer la verdad que, tal vez sospechara pero que no nos atrevimos a desvelarle antes.

Asombrados con esa primera reacción que ninguno esperábamos, vislumbramos que el muchacho, al fin, había encontrado su sitio; siempre querido por una madre cercana y no lejana como podía haber pensado en alguna ocasión. La figura de la matriarca realmente próxima a él y con la que se había criado sin saberlo. Creí que aquel comportamiento hacia mí significaba la despedida a una madre —que nunca pretendí ser— y la bienvenida a la realidad tras caer sus brazos —en segunda instancia— sobre Anna, que lo mantuvo acorrucado contra su pecho.

Jamás lo desveló, aunque intuí los motivos reales por los que a sus veinte años trasladó su residencia de Moscú a Petrogrado y se estableció en la casa de su padre cuando este marchó a combatir a la recién iniciada guerra mundial.

A esa edad en la que los jóvenes experimentan el amor por distintas muchachas, nada de eso lo vinculaba a la ciudad moscovita excepto su madre, con la que ya no vivía y que copaba la mayor parte de su tiempo en la educación de los muchos hijos que después concibió junto a su esposo.

Sí, muchas mujeres lo pretendieron, pero eludió la reputación de conquistador, que un gran número de artistas como él poseía, al frenar el paso definitivo hacia ellas. No se le conocía relación alguna, eso dio pie a habladurías maliciosas sobre sus gustos desviados y resolvieron todos que escondía un motivo complicado de hacer público. Lo tacharon de «medio» hombre, hipócrita atributo venido de una sociedad de reconocida indecencia y partidarios de comportamientos varoniles.

También para la mayoría de sus *fans*, esa sensibilidad natural que evidenciaba en su coreografía era reflejo del comportamiento llevado también fuera de los escenarios.

Recién llegado a Petrogrado, siguió alimentando ese rumor al frecuentar lugares de mala reputación y en donde se dejó ver con un violinista que, años atrás, había sido integrante de la prestigiosa escuela de música moscovita —donde, al parecer, se habían conocido —, y que, tras ser requerido por la Duma —los pases privados de músicos y bailarines a altos mandatarios extranjeros seguían siendo la gran imagen exterior del país—, se estableció en la capital.

Sospeché que la relación con aquel joven violinista, y que siempre pensé traspasaba más allá de la amistad, sería el motivo que lo llevó a viajar hacia allí y la marcha de su padre —ajeno a mis conjeturas más personales e intimistas—, la causa definitiva de que se quedara.

Fue evidente que la famosa compañía de *ballet* clásico de la capital no dudaría en incluirlo con premura entre sus integrantes. Casualmente, sus salones de ensayo lindaban con la amplia sala de escultura cedida antaño por la zarina y que, en aquel momento, se llenaba a diario de

moribundos que buscaban alivio para sus males. Requerimientos que fueron aumentando según transcurrieron los años en guerra y por lo que nuestro pequeño grupo de escultores —colapsados por el trabajo y con un Marius entrado en años y con temblores que le impidieron contribuir en la tarea— necesitó de la ayuda inmediata de Sacha, que no dudó en comprometerse con nuestra causa nada más planteárselo.

La ayuda de la estrella del *ballet* ruso dotó de una nueva dimensión pública nuestra pequeña aportación para suavizar el descalabro que producía la guerra. Aunque ni con esa colaboración ni con su vida algo más ordenada desde entonces, pudo aplacar el ronroneo de los cotilleos que hablaban y exponían con claridad sus gustos sexuales distintos de los convencionalmente estipulados.

Lo que ocultaba a todos, hasta a mí misma y que jamás tuvo el coraje de confesarme aun tendiéndole el brazo de la amistad sincera que siempre le ofrecí, se descubriría muy pronto y sin más remedio debido a varios episodios venideros que precipitaron acontecimientos inimaginables para aquel momento.

CAPÍTULO XXII. Rusia

1917. Enero. La invitación

Andrey no había sido un mal marido o, tal vez, me había acostumbrado a una rutina que no correspondía para un matrimonio. Él regresaba y marchaba según le correspondía hacer y yo, simplemente, seguía con mi vida y lo esperaba. Aguardaba a que pasara algún tiempo junto a mí. Que me escogiera —entre la extensa lista de amantes que me confesó tener y que no me ocultó— y quisiera, en algunos de los días de su estancia en Petrogrado, yacer junto a mí en ese lecho continuamente frecuentado por damas distinguidas, incluso por cortesanas que buscaban algún rublo en esa época de tremenda escasez.

Me conformé con las migajas de pan ofrecidas y que alimentaron mi dependencia de él hasta que fui consciente de que no eran suficientes para saciar esa falta de cariño real que siempre evidencié; una familia que renunció a mí y con la que jamás pude volver a reencontrarme, un engaño vil que cambió el rumbo de mi vida, un pacto que me sometió y un hombre que nunca sentí que me amara.

Por mandato de Nicolás, aquel enero Andrey regresó a casa.

El zar hacía muchos meses que había marchado a territorios en guerra. Se consideró más la huida de un emperador agotado, por los continuos levantamientos y huelgas de trabajadores contra su reinado, que lo que en realidad se pretendió que fuera: una inyección de moral para los jóvenes camaradas que desertaban en masa. Mi esposo volvió del frente para ser el informador que narrase al zar la realidad sobre las noticias confusas que se recibían desde la capital y que describían un pueblo sublevado por el hambre y las continuas represalias contra sus protestas. Le encomendó esa labor por ser de los pocos hombres de confianza que aún le quedaban.

Tras su regreso a la ciudad, y con una zarina desquiciada por el asesinato de Rasputín un año atrás, decidió recibirlo por todo lo alto con una fiesta, fuera de lugar para el momento que el país afrontaba y en donde nuestro hijo Sacha —para mí, camarada en la intimidad de nuestro hogar— actuaría después de largos meses sin subirse a un escenario. Recepciones que se otorgaban a mandatarios venidos de

otros países y que hacía mucho tiempo que no se producían.

Aprovechó esa llegada para invitar a miembros de la Duma afines al régimen y otros que no rechazarían el evento por la oportunidad de contemplar a la estrella más famosa del *ballet* clásico ruso, con la intención, supuse dada su desesperanza, de acercarlos amistosamente a la corte de alguna manera. Además del agasajo de alimentos que conllevaban ese tipo de actos y que dado el momento de hambruna también atrajo a hombres que por sus convicciones hubiesen rehusado ir.

La mano de Sacha sujetaba una carta lacrada que contenía la invitación al evento. La estiró hacia el techo y, armonioso, con una pequeña inclinación y un bailoteo de muñeca, la fue entregando a cada uno de nosotros, sentados —tras la agotadora jornada de trabajo — en cómodos butacones alrededor de la única estufa prendida de la sala.

La primera en recibirla fue la adorable Irina.

—Gracias, tesoro… —respondió la mujer a la vez que Eduard resoplaba y movía su cabeza de un lado al otro, negando con ella.

Su esposo pareció retener sus palabras hasta que el regomello de su contención no pudo aplacarlo más:

—¡Irás tú sola, claro está! —Su rotunda afirmación hizo que el cansino Sacha reaccionara de inmediato.

Cayó directo a sus pies y se agarró a ellos. Actuaba siempre como si la vida fuera una tragicomedia y Eduard, en ese instante, fuera algún villano que lo privaba de libertad y al cual rogaba que lo salvara.

—¡Ya está con sus tonterías! —resopló, malhumorado. Enojo que le producía cualquier tema que lo acercara de alguna forma al régimen zarista.

El joven irguió su postura y con rapidez movió los dedos deletreando grafemas; a continuación, meció sus brazos a la altura del pecho.

Todos miraban hacia mí cuando Sacha necesitaba ser entendido.

—Tienes que relajarte y disfrutar un poco —fui transcribiendo lo que el muchacho quería decirle.

Sus manos volvieron a emular un baile y su dedo meñique e índice se unieron. Tiró de ellos con fuerza en direcciones opuestas, pero quedaron engarzados al estilo de una sólida cadena eslabonada.

—Es solo un baile y quiere que vayan sus amigos.

El revolucionario Eduard ni se inmutó con el comentario hasta que, el siguiente movimiento del bailarín —que no necesitó ser descifrado— lo hizo reaccionar.

La misiva que había intentado entregarle a él se la dio a Marius y, con rapidez, entrelazó sus brazos a los de Irina.

Con aquel gesto dio a entender que fuera el anciano su pareja ante la negativa de su marido a acompañarla.

—Está bien —dijo, siguiéndole el juego a Sacha—, si el tontaina este no quiere acompañar a su mujer, lo haré yo encantado. —Como si se tratase de un perro sediento, sacó su lengua e imitó transpirar por ella.

El bailarín era listo y perspicaz, sabía dónde flaqueábamos todos y cada uno de nosotros mientras que él aparentaba ser invulnerable a todo.

Se salió con la suya de forma natural.

—¡No sueñes, viejo caduco! —respondió Eduard a la provocación a la vez que le birlaba la invitación que el anciano zarandeaba de forma burlona delante de su rostro—. Yo seré el que acompañe a mi mujer —afirmó, rotundo.

Seguidamente, desvió sus ojos hacia los de su amada. Esta encogió las comisuras de sus labios y perfiló una sonrisa en su boca.

Sabía el joven que había conseguido su primer desafío: la presencia del revolucionario en su baile; quedaría uno con igual o mayor dificultad si cabía: convencerme a mí de que asistiera.

Recordé que la última actuación en la que lo vi danzar fue en Moscú cuando todavía era un doncel con estilo, pero con poca técnica aún.

Muchas otras veces había rehusado ir, sobre todo, en aquellas en las que la zarina estuvo presente. Me perturbaba el reencuentro con Alicky y, Sacha, sin conocer los motivos todavía, era consciente de ello.

Al joven no le contamos nada sobre el engaño que provocó mi casamiento con su padre, no sabía lo que realmente me separaba de ella, aunque intuyó que nuestro alejamiento estaría incitado por algún episodio privado que él desconocía. Percibiría que no iría y por ese motivo pidió mi asistencia de la forma en la que lo hizo: irresistible de rechazar.

Sus dos manos me obligaron a que la sujetara. Me guio a que la apretara con fuerza, que no pudiera soltar la misiva ni rehusarla. Mi cabeza bajó derrotada hacia el suelo y fue frenada en su trayectoria por los esbeltos dedos de Sacha. Los acopló bajo mi alicaída barbilla y la movió lentamente hacia arriba. Cuando al fin consiguió que mi cara se enderezara del todo y volviera a su posición erguida, se cercioró que contemplara la trayectoria de su dedo índice tocando el lado izquierdo de su pecho. Lo posó en el lugar donde el corazón se encuentra.

Rogó mi presencia de aquella forma tan afectiva, tan llena de ternura que no pude negarme a ir.

CAPÍTULO XXIII. Rusia

1917. Enero. El detonante

Hacía tiempo que no necesitaba ataviarme como lo había hecho antaño para las tantas galas y fiestas de alta alcurnia a las que acudí. Invitada siempre por ser la mujer del primo del zar Nicolás.

Mis vestidos más elegantes recubiertos con pieles y guardados en un baúl, cuyas bisagras chirriaron al abrirse por el tanto tiempo que pasaron en la misma posición.

Horas les quité a mis pacientes de ser atendidos por ese exceso de acicalamiento y la preparación para aquella fiesta a la que nos encaminaríamos tras el almuerzo. Tal vez, y habiéndolo discurrido mejor, no debería haber asistido, pero el compromiso hacia el joven bailarín pudo más que cualquier otro deber adquirido.

Me sorprendieron tres leves golpes sobre la puerta de mi dormitorio.

Quedé paralizada cuando al abrir se toparon mis ojos con el elegante Andrey, que me ofrecía su brazo. Una atracción física irresistible sentía todavía, aun habiendo sido azotada por el fuerte desamor que corrompe sentimientos puros y te colma de las decepciones más profundas.

—Estás tan bella como siempre —expuso mientras me asía a la curvatura de su codo, aceptando su caballeroso ofrecimiento.

—Tú también… —susurré tímidamente.

Me arrepentí de esa declaración instantes después de haberla vocalizado entre mis labios.

Subida al carruaje y durante las pocas horas que duró el viaje hacia la localidad de Pushkin —al palacio donde, definitivamente, la zarina Alejandra estableció su residencia oficial y en donde había vivido todos esos años—, cerré los párpados, no pude contemplar ese país resquebrajándose ante mis ojos.

¿Qué había sido de la nación más rica en cultura, más bella y elegantemente construida, más patriótica que había conocido?, ¿cómo habíamos llegado a lo que mi vista descubrió más allá de mis paseos matutinos de todos los días por las calles adyacentes a mi hogar?

Podredumbre en sus avenidas, paredes calzadas con carteles que perfilaban mujeres trabajadoras sosteniendo fusiles con largas

bayonetas o el majestuoso Palacio de Invierno coloreado con un intenso color escarlata, de cuya base manaba un reguero de sangre que inundaba la explanada lindante.

Andrey se dio cuenta de mi desesperanza, incluso de mi terror al contemplar el incesante temblor de mis piernas.

—No tengas miedo —agarró mi mano y la comprimió entre sus dedos —, yo siempre vendré a rescatarte.

Por un instante los abrí, ilusionada, aunque no tardé en volver a cerrarlos de inmediato. Mi decepción hacia ese hombre era inquebrantable y ya sus palabras valían poco o nada en aquella etapa final de nuestro desposorio.

De él ya no me creía nada.

No fui la única afectada en aquella velada.

Tras acceder al enorme salón que acogería el evento y ocupar la butaca correspondiente —a petición de Sacha, colocada en la parte opuesta a donde se encontraba la zarina y dispuesta contigua a mi equipo de escultura—, detecté la cara engurruñada de Eduard.

Fue evidente que ninguno nos quedaríamos al banquete que ofrecerían a los invitados después de la actuación del reconocido personaje.

Asistimos por complacerlo, pero tras el término de su corografía, los cuatro regresaríamos sin demora a Petrogrado. Andrey, el anfitrión y homenajeado en aquella ocasión, quedaría con sus camaradas hasta la conclusión final del evento. Celebraría su regreso del frente con un festín y numerosas bebidas alcohólicas al alcance de muy pocos, además, muchos miembros de la Duma aprovecharían para dialogar con él y comentar detalles de interés sobre el desastroso transcurrir de la guerra.

Un pequeño panfleto de la actuación que interpretaría llegó a mis manos. Irina, sentada justo a mi lado, punteó con insistencia el título de la pieza mientras me cedía aquella octavilla: *La bayadera: una historia de amor prohibido*.

Yo contraje mis hombros. ¡¿Qué pasaba?! ¡¿Qué tenía de especial aquel epígrafe?! A continuación, llevó su barbilla hacia el espectador situado delante de mi asiento. De inmediato lo reconocí por su frondosa cabellera rizada, por su pelo azabache.

El violinista, el supuesto amante de Sacha también había sido invitado.

Mi estómago notó una fuerte opresión el pensar en las consecuencias que podría acarrear aquel título vinculado a un amor clandestino junto con algún gesto, alguna mirada inapropiada que el bailarín pudiera lanzarle a su amado, cercano a nosotros y también expectante al comienzo de la actuación.

Era una época de absoluta incomprensión e hipocresía la que

vivíamos. Fractura social provocada por la guerra, donde la nobleza capeaba el tenso momento combatiendo los conatos revolucionarios, reprimiendo las huelgas convocadas y aniquilando a hombres que no manifestaran su hombría o talante para el combate y la defensa de la dinastía Romanov.

Los «medio» hombres, como despreciativamente los llamaban, no tenían cabida en su imperio decadente.

Con el típico ruido chirriante de los enormes visillos corriendo por la larga barra de hierro de donde colgaban, cubrieron la luz entrante de los enormes ventanales.

Quedamos en plena oscuridad, preparado todo para el comienzo de la obra.

Desde nuestra posición esquinada y cercana al escenario, la visión del espectáculo sería completa, incluso también, desde aquella perspectiva, era posible distinguir las siluetas de los cientos de privilegiados que asistieron a la función.

La música —interpretada por una banda reducida— empezó a percibirse con una suave melodía. Paulatinamente fueron subiendo el tono y, al son de la nota más alta, encendieron cientos de luces sobre el escenario, donde al esbelto Sacha ya se lo vio suspendido en el aire y ondeando su larga cabellera cual bandera agitada en un día de viento. Con magistral postura apareció ante nosotros. Su brazo alargado hacia el cielo, sus dedos armoniosamente colocados, una de sus piernas plegada, la otra con su pie en punta y por completo estirada.

Irina se arrimó hacia mí. Nuestros hombros quedaron conectados nada más observar el arte que intuíamos, pero que jamás nos había enseñado el muchacho en su plena extensión. Siempre recortado, rehuyendo mostrarlo por completo, como esperando el momento adecuado para exhibirlo por entero ante su grupo reducido de amigos.

Nos evadió contemplar esa historia bailada, interpretada, posiblemente, por el mejor bailarín ruso de los últimos tiempos.

Solo volvíamos de ese atontamiento que nos producía su actuación cuando algún paso lo aproximaba hacia donde nos encontrábamos esquinados. La tensión inicial que sentimos golpeaba nuevamente en nuestros vientres por si Sacha insinuaba algo y comprometía su persona. Así vivimos toda la función Irina y yo, con emociones contrapuestas entre la belleza de su armónico baile y la posible exposición a la sociedad más clasista de ese amor perseguido.

El final, con la bailarina principal alejándose y su apuesto conquistador llegando tarde al encuentro, Sacha se desplomó en el suelo del escenario por el desespero de haberla dejado marchar. La música siguió tocando con ímpetu y fue disminuyendo su tono poco a poco, pero, antes de que cesara del todo y los aplausos inundaran la

sala, sorpresivamente, el bailarín se levantó, miró hacia el lugar donde estábamos colocados y sus manos deletrearon palabras.

—Xena, ¡¿qué acaba de decir?! —Irina susurró, acongojada a mi oído.

Cogí aire para desentumecer mi garganta y poder contestarle.

—Te quiero. —Apreté su muslo con mis dedos para que no desesperara del todo—. No te preocupes, solo Andrey y yo lo hemos entendido, nadie más sabrá lo que ha dicho.

A continuación, llevó sus dos manos hacia el pecho y, emergiéndolas con fuerza, sus dedos completamente unidos figuraron un corazón dibujado. Aquella señal de amor —manifestada ante todos y ya imposible de ocultar— fue lanzada hacia donde su amigo se encontraba.

Recé porque no abrieran las cortinas, que aún no se acabara la melodía y disimular de alguna manera ese gesto y el destinatario del mismo.

Su amante se levantó, creo que quiso salir a hurtadillas y camuflado por la todavía opacidad de la sala, pero la música cesó y con esa última nota escuchada, inmediatos, los ventanales fueron descubiertos dando por finalizada la danza.

Infraganti, totalmente expuesto, quedó el muchacho levantado de su butaca. Hasta la vista de la zarina se dirigió hacia el violinista y, segundos después —debido a la cercanía que me situaba tras el receptor de todas las miradas—, hacia mí. Cerré los ojos para evitar contemplarla.

El silencio sustituyó la aclamación y alboroto que conllevaba la finalización de cualquier interpretación tan brillante como fue aquella. Andrey y Eduard, alertados por lo que estaba sucediendo, intentaron aplacar el mutismo de los espectadores con sonoros aplausos que no desvirtuaran la pletórica actuación y desviaran, de alguna manera, la atención de lo que acababa de suceder.

Esa declaración de amor no debería haberse producido nunca. Era el lugar y el momento más inapropiados de todos o, tal vez, quiso Sacha que se convirtiera su gesto en una reivindicación, en una queja siempre acallada por su mudez, pero lanzada en alto y con la firme convicción que otorgan los sentimientos más puros, aquellos que nunca deberían vivirse en ese silencio que cohíbe y daña por llevarlos dentro.

¿Podría ser lo sucedido el detonante que desencadenara un vil ataque o algo peor contra el apreciado joven ya de por sí señalado?

CAPÍTULO XXIV. Rusia

1917. Enero. El regreso

Qué angustiosa situación, qué presión en el corazón sentí durante todo el viaje de vuelta. Hasta al llegar y acceder a mi enorme hogar silencioso, noté como las frías paredes parecían engullirme bajo ellas. Aquel vacío se acrecentó, además, por la ausencia de Sergey, el mayordomo que esperaba siempre nuestro regreso y que hacía ya varios años que no convivía con nosotros.

Subí directa hacia mi aposento, ni un sorbo de té pude ingerir por el estado de mi garganta comprimida por la desazón. Me dejé caer sobre la cama, aparatosamente vestida y sin intención alguna de cambiar mi atavío por el camisón de lino grueso que utilizaba para dormir en aquel país siempre frío.

Esperaría, inquieta, retozando de un lado al otro del camastro, a escuchar algún ruido que me descubriera la llegada de alguno de ellos o, tal vez, de ambos regresando en el mismo carromato. Solo encontré algo de alivio al pensar en la posibilidad de que Andrey protegiera a Sacha y volvieran juntos a casa.

Un estruendoso portazo me desveló de ese atontamiento que provoca el inicio del sueño profundo. Me levanté *ipso facto* y, con una falta de atrevimiento evidente, reposé el oído sobre la madera de mi puerta. No tardó en producirse otro golpe de similar tono al primero escuchado.

Me fue evidente que padre e hijo o habían regresado a la misma vez, o uno a continuación del otro.

De inmediato percibí la pelea peculiar en la que Andrey vociferaba y Sacha contrarrestaría el ataque con su particular defensa gesticulada privada de sonidos.

—¡Se acabó! —exclamó mi esposo, desquiciado y en un tono extraño que denotaba excesiva efervescencia.

Tras sus primeras palabras, nos invadió de nuevo el silencio. Intuí que su hijo intervendría con aspavientos y el deletreo de palabras a través del movimiento de sus dedos; la única manera de poder ser entendido incluso en confrontaciones como esa.

—¡No! Tu tiempo se ha terminado…, mañana lo contaré todo —

esbozó, rotundo, Andrey.

A las ebrias palabras escuchadas las acompañó el ruido espeluznante de centenares de cristales rotos y un fuerte golpe proveniente de algún mueble de la salita principal de la casa.

El miedo que sentí de que atacara al muchacho me hizo mover el pomo de la puerta con ímpetu y, envalentonada, con paso firme y decidido, anduve por el pasillo. Me precipité escaleras abajo para salvar a Sacha de un Andrey que creí capaz de cualquier cosa por la defensa de su honor mancillado.

Según me aproximaba a la escena, el terror se fue adueñando de mí, inclusive el pavor por presenciar la desagradable e incómoda pelea familiar con la que me encontraría.

Quedé petrificada cuando, tras aparecer en el lugar de donde procedía todo el alboroto, contemplé los roles cambiados.

El pacífico Sacha parecía inmenso y trastornado, aprisionaba a su padre contra la gran vitrina de cristal, hecha añicos por el golpe. Empuñaba, con una fuerza descomunal y que jamás aparentó tener, la casaca color roja que Andrey siempre vestía en cualquier evento público en el que participara. Oprimía su pecho hacia el interior del estante, hacia las baldas a punto de ser desencajadas por la tremenda presión que ejerció sobre el cuerpo de su padre.

Rápidamente, incrédula por lo que estaba sucediendo, me interpuse.

Le grité:

—¡Es que quieres degollarlo!

Oscilaba el cuello de mi esposo cercano a las peligrosas aristas formadas por la rotura. El riesgo de ser sesgado lo vi extremo.

El muchacho pareció reaccionar de su letargo colérico y lo soltó, consciente del riesgo que corría, hasta yo misma, metida de por medio e igualmente empujada, peligraba por la amenaza de los cortantes filos cercanos a mi rostro.

Unos instantes duró la calma.

Varias respiraciones que nos dejaron reponer el aire faltante y, otra vez, el dedo amenazante de Andrey apuntó hacia el muchacho.

Habló, fatigado:

—¡Recuerda! Mañana todos lo sabrán.

Mis ojos se clavaron en Sacha, esperaba alguna reacción agresiva provocada por las misteriosas palabras pronunciadas y que yo no llegaba a entender en aquel momento. Pero, esa vez, a su estampa la noté hundida; la barbilla alicaída, los hombros vencidos, sus brazos tensos pero pegados al cuerpo…

Su padre salió del salón, renqueante por su estado bebido, por la cojera provocada por la herida sangrante en una de sus piernas, dañada en la pelea.

Una última mirada engurruñada fue la que precipité contra el

trastocado muchacho e, inmediatamente, marché detrás de Andrey. Le ofrecí mi brazo para que se apoyara. Mi única intención fue la de acompañarlo, curarle las heridas y ayudarlo a acomodarse en mi propio aposento al notar sus facultades mermadas por el alcohol consumido. Pero toda la paz lograda se desquebrajó en un instante.

—¡Déjame! —golpeó mi brazo—, hoy no quiero compañía femenina y menos la tuya…, la culpable de todo esto.

Sin tiempo de reacción a sus ofensivas palabras, el joven llevó su puño hacia atrás y atizó con fuerza la cara de su padre.

Debí ser yo misma la que respondiera. La que abofeteara a mi propio marido tras el insulto doloso soportado, pero quedé nublada, hasta paralizada y sorprendida de contemplar el talante del muchacho cambiado, distinto al que yo había conocido durante los tantos años que lo hube tratado.

No llegué a comprender lo que acababa de ocurrirle delante de mis propios ojos.

Abandoné el recibidor en busca de mi habitación, dejando tras mi espalda un panorama dantesco: Andrey, inconsciente, tumbado en el suelo; Sacha, algo más calmado tras su desfogue iracundo, intentando devolverle el sentido.

Accedí a mi estancia y propiné el portazo correspondiente —llamada de atención que desaprobaba el episodio recién acaecido—. Enrabietada por las devastadoras palabras que me dirigió Andrey cuando lo único que pretendí era ofrecerle mi ayuda, me provocó ensañarme con mi propio vestido, aún colocado. Lo empuñé y tiré de él, saltaron los dientes de la cremallera trasera. Cuando lo despojé de mi cuerpo, lo comprimí entre las manos con todas mis fuerzas. Formé con él una bola de tela que lancé iracunda hacia el suelo. Aquella prenda arrugada y hecha una bobina de trapos me sirvió para descargar sobre ella la ebullición en la que estaba sumida mi alma.

Discurrir los motivos por los que nuestra historia de pareja había terminado de aquella manera me llevó a rememorar las duras palabras que jamás nadie debería escuchar provenientes de un esposo: «Hoy no quiero compañía femenina y menos la tuya…». Desdichada me sentí por dentro, tan henchida de dolor que necesité buscar algún alivio en la certeza de que algún día ese hombre me amó.

Retrocedí en el tiempo. Me contemplé con igual desnudez a la que lucía en aquel momento, pero con la base de su robusta mano estrujando con brío uno de mis firmes y voluminosos pechos. Lo sentí comprimido con tal fuerza que hasta noté aquel dolor que me infligía y que a mi interior antes reactivaba.

La imagen de un joven Andrey deseándome, esa que nada tenía que ver con la de aquel momento y el menosprecio de sus palabras, que me situaron al nivel de sus tantas amantes, me activó las sensaciones

más primitivas. Anhelé la forma que tuvo de tocarme; cuando ensalivaba sus dedos y los deslizaba resbalosos desde mi cuello; cuando transitaba por el canal formado entre la base de mis senos y continuaba en vertical descenso hasta precipitarlo al triángulo del placer más intenso… ¿Por qué?, me pregunté mientras atizaba convulsa mi cara hacia ambos lados, intentando escapar de aquellos recuerdos que, buscando un escape, más desconsuelo me provocaron.

Hacia mi jergón siempre solitario me lancé. Vociferé con furor un quejido desgarrador que pareció desanclarse de lo más profundo de mis entrañas y que me ayudó a volver al punto de partida y obviar aquellos anhelos que ya hacía mucho desterré.

El tiempo en reposo me hizo aliviar el daño soportado y, forzada a cavilar sobre otro tema diferente, tuve la certeza de que desconocía por completo lo que acababa de suceder en esa disputa entre padre e hijo en la que me vi por completo implicada y aparentemente culpable.

CAPÍTULO XXV. Rusia

1917. Enero. La confesión

Muy pocas horas pude descansar seguidas y desahogada debido a las pesadillas que me asaltaron, repetitivas e incontroladas. Aquellos malos sueños me obligaron a revivir la escena recién acaecida, como en una neblina espesa y elevada hacia el techo en donde me veía revoloteando por encima de aquella sala. En esa repetición lenta de acontecimientos, volví a percibir detalles nuevos sobre el talante recién destapado de Sacha. Actos por los que el desconocido carácter del bailarín lo convirtió ante mis ojos en hombre y no en muchacho indefenso como yo siempre creí que era. Tal vez, su lado más sensible, el que me mostró durante media vida, hizo que no advirtiera al joven rebelde y rotundo en el que se había transformado. Percibí su acción como un conato de protección hacia mí, en el que no dudó en enfrentarse a su padre al verme dañada por las dolosas palabras propinadas:

«Hoy no quiero compañía femenina y menos la tuya…». Aún evadida por el sueño, me provocó sofoco aquel delirio involuntario que me llevaba a evocarlas.

El brote de furia, el puñetazo conciso y directo que manó de Sacha hacia el rostro de Andrey y que obligó a que callara, incongruentemente, fue lo único capaz de hacerme sentir alivio. Consuelo de que se hubiera puesto de mi parte y no le permitiera faltarme.

Finalmente, muy temprano, terminé despertando bañada por las cientos de gotas que destiló mi piel debido a los nocivos sueños que no me dejaron dormir bien. A continuación, escuché ruidos bajo mi ventana; pisadas huecas, relinches de caballos.

Erguí mi postura, destapé mi cuerpo —embutido en gruesas mantas de lana— y correteé hacia el ventanal descubierto de visillos.

Observé —gracias a los farolillos prendidos del carromato— como el cochero acababa de replegar la escalerilla utilizada por alguien —que no llegué a reconocer de quién se trataba— ya subido y preparado para marchar de allí.

Aún enfundada en mi camisón de lino, mi intención fue salir al frío

helador del exterior. Correría tras el carromato si fuera necesario y detendría a cualquiera de los miembros de esa casa cuya pretensión fuera la de huir del escenario sin haber, al menos, esclarecido los motivos que los habían llevado a actuar como lo hicieron.

Si era Andrey, no le permitiría que marchara. En su estado no era aconsejable que realizara viaje alguno, además, pretendía curar sus heridas, cerciorar cómo se encontraba y, tal vez, pasada varias horas de su agravio, recibir de sus labios palabras de arrepentimiento hacia mi persona. Si era Sacha, que no se fuera sin un abrazo. Me apeteció agradecerle su defensa, nuestras posiciones encontradas en aquella última escena, a la vez que exigirle explicaciones definitivas que me aclararan lo sucedido entre ellos.

Tenía temas pendientes con ambos.

Frené mis pasos en el vestíbulo principal al escuchar el traqueteo del carruaje alejándose con celeridad. Sin oportunidad de poder frenar ya su marcha, mi mano quedó reposada en el pomo de la puerta y mis ojos, revoloteando sin orientación ninguna, se toparon con un grueso papel manuscrito. Reposado lo encontré, a propósito bien visible y expuesto en la bandejita de plata colocada en el pequeño recibidor de la entrada.

Lo desplegué inmediata al ser lo único que podía proporcionarme alguna pista sobre quién era el fugitivo.

La grafía me despejó las dudas de la identidad del miembro de la casa que había preferido escapar de allí a tener que enfrentarse a las consecuencias del día después a una riña de tal calado.

Mi esposo, del que supuse que su ebriedad se habría aliviado y sus heridas serían más leves de lo que a priori pensé, a través del mensaje dejado fue el primero en adelantarme sobre sus intenciones más inmediatas:

«He tenido que desvelar muchas cosas por el bien de mi hijo, seguro que lo comprenderás. Viajo hacia Moscú para acompañar a Anna, quiero estar a su lado cuando todos lo sepan. Siento mucho lo que dije anoche, espero que algún día puedas perdonarme. Estad alerta, los relacionados estrechamente con los zares estamos en peligro. Cuida de Sacha, te lo confío… En breve sabrás lo que te ha estado ocultando toda su vida».

Leí una y otra vez aquella misiva. Intenté comprender ese texto lleno de frases sin concordancia unas con otras y que, aunque pretendía explicarme algo, seguían sin desvelarme nada.

No pude regresar a mi dormitorio. Pasar de puntillas por aquel mensaje que, sin duda, avisaba de una noticia inminente que en breve me azotaría y me afectaría por completo.

Fui yo la que, esa vez, tuvo necesidad de huir de allí. Refugiarme en el único lugar en el que verdaderamente encontraba paz inmediata: mi

estudio de escultura aún vacío por la temprana hora en la que decidí marchar hacia él.

Mucho tiempo había transcurrido desde que mis manos no se hundían en la arcilla humedecida, desde que mis dedos —transformados en espátula— modelaran algún rostro de esos que se clavaban en mi conciencia y dejaba salir al exterior a través de mis esculturas.

Esa vez, aquel bloque de forma redondeada y frontal sin rasgos lo empecé a esculpir con un largo pelo rizoso, nariz fina y mandíbula ancha. También, en su particular cuello fibroso pero delgado y largo le cincelé la prominencia de su nuez bien marcada.

Ya no reflejé su cara aniñada pasada, sino la del varón adulto que era, aunque, hasta ese momento, no me hube percatado. Así vi a Sacha por primera vez en mi vida: con unos maduros veintidós años y de enorme parecido al varonil rostro de su padre.

Escalofríos sentí por ese cambio de percepción que debí haber asimilado mucho antes.

El sonido de la puerta al abrirse desvió mi atención hacia aquel lugar.

Su entrada no fue la de siempre: de jubilosos saltos y alegres maneras dirigiéndose hacia su mesa de trabajo, esa vez, el joven avanzaba vacilante hacia donde yo me encontraba. Con pasos lentos y cabeza gacha —denotando arrepentimiento pleno—, anduvo alrededor de mí. Dibujó una elipse en la que sus ojos no dejaron de observar la escultura que seguí modelando aún estando en su presencia.

Gesticuló una pregunta, sin tan siquiera atreverse a fijarme su mirada.

—¡¿Soy yo…?! —demandó saber con ese habla silenciada en donde sus dedos corretearon por su faz e, inmediatamente después de transitarla, apuntaron hacia el rostro que estaba modelando.

Asentí, evitando dirigirle la palabra. Silencio con el que intenté transmitirle también mi enfado, mi desaprobación por lo sucedido.

Sacha respondió irresistible, dispuesto a solicitar el perdón sincero y sin demora.

Con firmeza cogió mi mano —enfangada de barro— y la hundió sobre su atlético pecho vestido. Con aquel gesto solicitó el indulto inmediato e hizo que mis ojos se elevaran hacia los suyos. Contemplar su cristalino vidrioso me transmitió el pesar que lo embargaba.

Abatida igualmente, incliné de nuevo mi rostro y mis labios arrojaron una pregunta que necesitaba de una urgente respuesta:

—¿Ha pasado todo esto por ese chico? —cuestioné en tono bajo, buscando alguna lógica a lo recientemente ocurrido.

Decidí, con aquella cuestión planteada, afrontar su homosexualidad de una vez por todas y ponerme de su parte si así el muchacho lo requería.

Batió con furia su cara de un lado al otro negando con ella.

Aspavientos repetitivos que cesaron al rato y que me extrañaron contemplar tan rotundos cuando aquella cuestión creí que tendría una rápida y afirmativa contestación.

Harta de las tantas mentiras en las que me vi siempre involucrada, sin quererlo, no pude ocultar el tono exasperado de mis siguientes palabras:

—¡Necesito una explicación! —exclamé, desgañitada y algo intranquila por toparme, de una vez por todas, con una verdad que requería saber.

Sacha desdobló el mensaje de su padre y lo reposó a mi lado. Me dio a entender que también lo había leído y que, al igual que yo, necesitó marchar al lugar donde ambos apaciguábamos el alma y encontrábamos sosiego.

Posé mi vista en los movimientos que comenzó el joven y con los que, por fin, pareció ofrecerme luz a las tantas incógnitas surgidas.

Con el bailoteo de sus brazos y el deletreo de algunas palabras, me situó en el día anterior, me hizo retroceder justo al momento de su pletórica actuación.

Expresó su inmensa ilusión por tener entre el público a todos sus amigos presenciando su baile, incluso satisfecho de que su padre también asistiera. Confesó que se sintió tan complacido, tan sublime que, llegando al final de su espectáculo…, le brotó decirlo. Expresar lo que por tantos años ocultó.

Otra vez, e imitando los gestos de la pasada noche, sus largas falanges deletrearon las palabras que, vinculadas al amor, hacen prisioneros a los sentidos:

—¡Te quiero!

A continuación, unió sus dedos y formó con ellos la figura de un corazón que lanzó de nuevo hacia el espacio.

Su gesto —el causante del revuelo de los asistentes a la gala—, vivido tan de cerca y en la intimidad de aquella sala vacía, me provocó recelo. Envidia sentí de ese amor proclamado en alto por aquel hombre cuando jamás nadie me lo había expresado nunca a mí de ninguna de las maneras.

Continué enmudecida, que mi boca respetara sus explicaciones gesticuladas aún acallando decenas de cuestiones todavía sin esclarecer. ¿Desconocía el violinista lo que sentía Sacha por él? ¿Nunca se lo llegó a confesar y creyó que ese sería el mejor momento para hacerlo? Disparé una ráfaga de preguntas mentales que, tras ser contestadas, me harían conocer los motivos de esa declaración proclamada de la manera más díscola y peligrosa que pudo elegir.

Con sus dedos ya separados —deshaciendo el símbolo del amor recién formado— sacudió nuevamente su cara hacia ambos lados. Contrariado, volvió a moverla violento de un extremo al otro.

Entonces, con exceso de fuerza, se afianzó a mi mano. Llamó mi atención para que llevara mis ojos hacia sus labios y leyera ese deletreo silencioso de palabras —un código secreto cuyas muecas y movimiento utilizábamos en ocasiones de enorme complicidad y secretismo y que solo ambos entendíamos— y con las que sus explicaciones llegarían a su fin:

—No tendría que haber estado allí, yo no lo había invitado. Ni tan siquiera sabía que vendría… —Aflojó la presión que ejercía su mano en la mía.

Me soltó.

Quedé estupefacta, incluso mis ojos se desviaron hacia otro lugar en ademán reflexivo tras una declaración que seguía sin asimilar, ni mucho menos entender.

¿Quién sería entonces el destinatario de ese «te quiero», de ese corazón lanzado hacia donde nosotros nos encontrábamos si Sacha ni lo invitó, incluso, con la oscuridad de la sala, ni se percató de que el muchacho estaba ahí colocado?

Con esa nueva incógnita surgida, fue lógico que expusiera la cuestión que daría por finalizado aquel embrollo:

—Entonces…, ¿de quién estás enamorado? —Mi voz, entrecortada por la tensión, emitió aquella pregunta en un tono demasiado bajo y apenas audible para nadie—. ¡¿De quién estás enamorado, Sacha?! —repetí, pero esta vez vociferando, hasta, en cierto modo, en tonalidad enojada por los tantos interrogantes todavía sin resolver.

Las comisuras de sus labios se contrajeron. Se formaron unos hoyuelos de contradicción que admitieron una evidencia que no quise ni imaginar en aquel instante. Algo que realmente sospeché muchas veces, incluso muchos años atrás. Que intenté enmascarar pensando en que a Sacha no le gustaban las mujeres. Me aferré a esa relación inadecuada con aquel violinista —indigna, según marcaba aquella sociedad y cuyo encasillamiento yo no compartía— y que no confesó abiertamente. Especulaciones a las que yo también me uní para escapar de lo que me manifestaban las intensas miradas con las que siempre me obsequiaba, el roce suave de sus dedos deslizándose sobre mis brazos cuando cercana me encontraba, el de esa actitud cómplice que evidenció siempre tener hacia «su Xena», como él me llamaba deletreando mi nombre con sus dedos y reposando, a continuación, su puño prieto contra su pecho.

Muchas pistas me fue dejando, todas ellas las fui ignorando por creerlas inapropiadas.

Cayó Sacha a mis brazos.

Me apretó hacia sí con vigor, con ese ímpetu que provoca el destape de los sentimientos más escondidos y recién expuestos hacia un amor verdadero al que, desde el momento en el que te descubres, tienes que

procurar conquistar.

Quedaron mis brazos lánguidos, pegados a mi cuerpo. No pude ni devolverle el brote de ternura ni, por el contrario, poner freno a aquello. Menos aún pude acallar el ronroneo de la cabeza tras confesar su amor platónico por mí, la esposa de su padre.

CAPÍTULO XXVI. Rusia

1917. Enero. El inhibidor

Al fondo, en el lugar apartado de la entrada y alejado de mi mesa de trabajo, frente a los cientos de moldes de rostros de jóvenes que nos solicitaron una vez ayuda, quedó Sacha aislado. Pensativo, incluso diría que relajado, no tan erguido ni tenso a lo que su complexión atlética nos tenía acostumbrados. Permaneció allí, disperso, mientras yo seguía en mi lugar esculpiendo, modelando su rostro con más afán si cabía.

Habían pasado bastantes horas desde nuestro último diálogo. Demasiado tiempo transcurrió hasta escuchar el habitual sonido metálico de la llave dando vueltas en la cerradura y la consiguiente entrada del renqueante Marius, seguido y sobrepasado en su trayectoria hacia el interior por Eduard e Irina. Con pasos acelerados se dirigieron hacia donde yo me encontraba.

—¡Demonios! ¡Estáis los dos aquí…! —exclamó Eduard con cierto tono de alivio a la vez que su mirada la dirigía hacia el joven Sacha, aún situado en nuestro mausoleo de caras.

Mi barbilla la moví ralentizada hacia abajo y costosa hacia arriba, asentí.

Malhumorada, fue Irina la siguiente en tomar la palabra.

—¡Cómo han podido haceros esto! —profirió con ademán indignado mientras exponía la octavilla propagandística.

Observé que los tres la portaban entre sus manos.

Las noticias que el régimen gobernante y sus seguidores ocultaban al pueblo: las muertes en el frente de sus más prestigiosos soldados, las pérdidas de batallas, hasta las noticias más soeces y destructivas que pudieran poner en entredicho al sistema zarista eran difundidas por los opositores a través de panfletos —confeccionados clandestinos— que repartían entre los ciudadanos.

La población esperaba impaciente alguna primicia que les diera alguna esperanza de que la guerra cesaría pronto o, si la situación se estancaba, con aquellos comunicados los revolucionarios promovían sembrar el malestar general y, de alguna manera, ridiculizar a las personas más cercanas al ya debilitado emperador Nicolás.

Irina me entregó el panfleto que sujetaba mientras que Eduard cruzaba la amplia sala para hacer lo propio y ceder el suyo a su joven amigo, posicionado distante.

La lectura de los primeros renglones me bastó para comprender, de manera inmediata, la nota dejada por Andrey tras su marcha y en la que dictaba: «He tenido que desvelar muchas cosas por el bien de mi hijo, seguro que lo comprenderás. Viajo hacia Moscú para acompañar a Anna, quiero estar a su lado cuando todos lo sepan… En breve sabrás lo que te ha estado ocultando toda su vida».

Supe *ipso facto* quién había quebrantado nuestro pacto, quién había filtrado nuestro secreto, en aquel momento expuesto ante todo el mundo.

«Sacha no es hijo de Xena, como siempre nos hicieron creer los poderosos eternamente mentirosos y que siempre alteran la verdad, y su esposo, el capitán general del ejército y primo de Nicolás, sino de su hermanastra Anna, con el que el talentoso Sacha se ha criado». Además, leer el siguiente párrafo colapsó mis entrañas por suponer que mi esposo conocía el secreto de su hijo: «A la vez, el bailarín se sintió siempre atraído por su madrastra y, agazapado, haciéndonos creer su no masculinidad, tiene una aventura amorosa con ella. Esta sociedad de caciques, distinta a la nuestra —población siempre hambrienta y humillada—, clasificaría de indigna esa relación prohibida si la afectada fuera cualquiera de nuestras trabajadoras o doncellas. Estas serían proscritas y repudiadas por los mismos que no comulgan con sus propias leyes de decencia y, sin embargo, imponen moralidad al pueblo siempre sometido». Concluyó aquel panfleto como todos los que alguna vez habían caído en mis manos: «¡Arriba la revolución!».

Las comisuras de mis labios se alargaron, gesto que más estupor causó entre los atentos compañeros, que esperaban mi derrumbe definitivo por lo que aquella octavilla había revelado.

No pude evitar carcajear, en parte por el descanso que me supuso que todos conocieran, al fin, la verdad que por tanto tiempo hubimos ocultado —el peso de mi conciencia se suavizó repentino—, también de que Andrey hubiese salvado del peligro acechante a su hijo de la forma en la que lo hizo, aunque, nuevamente, la opresión sacudió mi pecho por no poder apartarme de la trayectoria de la mentira que otra vez me arrollaba demoledora.

Aquella risotada fue provocada por el alivio, sí, pero también por la incredulidad de volver a mentir, de no poder desdecir a la sociedad aquel romance inexistente por salvar a Sacha de lo que, sabía, era peor para él en el momento que vivíamos; con el poder recayendo en la Cuarta Duma y aún controlada directamente por nobles afines al régimen, que, ante su inminente descalabro, endurecieron su crueldad

hacia los «medio» hombres y pacifistas. Los aniquilaban por ser inservibles para la defensa del país en guerra y no válidos para contrarrestar los planes revolucionarios en alza, por todo ello tendría que acallar y encubrir otra vez mentiras.

Irina, Eduard y Marius no requirieron ninguna otra explicación más tras el movimiento de mi cara asintiendo y el jolgorio descontrolado que me provocó todo aquello. Atónita reacción que les confirmó que lo narrado podría ser cierto.

Más tarde que ninguna otra vez, empezamos la rutinaria labor de siempre.

Sin tiempo a charlas esclarecedoras debido a pacientes inquietos aguardando a ser atendidos, dimos paso a nuestra sala de escultura a los primeros soldados desfigurados del día. En los abultados bolsillos de todos ellos, parecieron esconder los panfletos ofrecidos en el exterior del Palacio de Invierno mientras esperaban a ser tratados.

La morbosidad de aquel falso romance destapado entre Sacha y su madrastra —la esposa de su padre y veinte años mayor que el bailarín — provocó que los ojos de todos ellos se fijaran, primero, sobre mi figura e, inmediatos, como relampagueados por la atracción que produce lo prohibido, desviaran la visión hacia el joven, ya colocado y sentado sereno frente a su escritorio.

El trabajo del equipo, esmerado en la reconstrucción de los rostros y esa concentración necesaria para culminar con éxito la reparación de sus caras, hizo que ninguno —ni nuestros propios amigos, ni los pacientes interesados en obtener los mejores resultados posibles— profiriera comentario alguno sobre aquella primicia recién publicada.

Ese tiempo de meditación concedido, la asimilación de la incrédula noticia y nuestra relación de hermandad no darían por zanjado el tema y, más tarde, requeriría de una explicación concisa. Posiblemente, muchos de ellos —si no todos— cuestionarían algunos matices narrados en aquel panfleto.

Sus prudentes bocas silenciadas se reactivaron en cuanto el último de nuestros pacientes salió de la sala.

El chasquido que emitió la puerta al cerrarse y la confirmación de que estábamos a solas hizo que, presto, Marius —con algo más de atino a lo que nos tenía acostumbrados— acertara de lleno en la cerradura. Con varias vueltas a la llave hizo que nos aisláramos de algún posible rezagado o cualquier otra inoportuna interrupción.

El anciano, que con el transcurrir de los años ya no era tan charlatán como antaño ni perdía mucho más tiempo discutiendo temas sociales con Eduard desde dos puntos de vista que jamás nunca convergieron, fue el primero en pronunciarse.

Una mirada determinante lanzada hacia mis ojos y el arrugamiento de su frente bastaron para provocar que reaccionara. Mis manos

dejaron de esculpir, las limpié en mi mandil y azucé a Sacha para que hiciera lo propio y detuviera también su labor.

—¡Os debo una explicación! —exclamé en tono alto, convencida de contarles toda la verdad si me fuera posible.

A continuación, Eduard, como memorizando un mapa del tesoro con un aspa señalando un punto en concreto, se levantó. Emitió una secuencia de movimientos que a todos sorprendió: tres cortos pasos laterales, otros dos amplios hacia adelante. Se agachó. Arrodillado, su mano empezó a palpar el suelo con un movimiento continuado que frenó al tocar un azulejo mal encajado.

Con las yemas de sus dedos, alzó el mosaico y lo apartó hacia un lado.

Quedamos perplejos cuando ante nosotros apareció un pequeño hueco de donde extrajo una botella de hidromiel, prohibitiva de encontrar en aquel momento donde hasta conseguir una hogaza de pan negro era complicado.

—¡Reservada para días especiales! —exclamó, risueño, mientras la exponía ante todos nosotros.

La rugosa cara de Marius se desencajó todavía más al ver aquel licor que nos hubo ocultado, que ni siquiera fue capaz de compartir en el pasado cumpleaños del anciano, y que ahora ofrecía, liviano y por otros motivos totalmente distintos.

—¡¿Tú lo sabías?! —apuntó con voz acusadora hacia una Irina que, inmediata, se levantó y caminó hacia Eduard.

—¡Ni idea! —contestó a la vez que birlaba el licor a su esposo y traspasaba la botella hacia sus propias manos—, pero ahora que ha tenido la amabilidad de ofrecerla… —dijo, sarcástica—, nadie abandonará esta sala sin que la última gota arda en nuestras gargantas —dictaminó, jovial, con ese toque de humor que siempre la caracterizaba y que tanto necesitábamos para suavizar el momento que se avecinaba.

Me cedió a mí el privilegio de inaugurarla.

—Anda, bebe y cuéntanos lo que está ocurriendo. —Acepté la propuesta de Irina sin pensarlo.

Alargué mis brazos y me así a ella con ambas manos. Incliné aquel alivio hacia mis labios y tragué y tragué hasta que no pude contener más la respiración.

La quemazón de mi boca en ese primer largo sorbo hizo que envalentonara mi lengua y la soltara, que dejara a un lado mi contenida prudencia y que brotara de mis adentros el atrevimiento necesario para extraer la verdad de lo afirmado en aquellos panfletos.

CAPÍTULO XXVII. Rusia

1917. Enero. La mentira

El silencio se hizo atronador tras desvelarles todas las razones por las que me desposé con Andrey. Perplejos quedaron al contarles mi desvanecimiento provocado y la vil mentira con la que mi tía armó aquel casamiento, obligándome a viajar hacia Rusia.

Les confesé el único fin de todo aquello: el de acompañar a la futura zarina —atemorizada de verse sola en tal intimidante imperio—, por ser yo su mejor y única amiga desde la infancia y haberme preparado, sin tan siquiera saberlo, para ser lazarillo suyo.

Ese primer engaño acaecido que me llevó hacia San Petersburgo fue provocado —la madurez hizo que lo razonara en muchas ocasiones y lo expresara aquella vez con gran claridad y atino— por mi tanta ingenuidad y mi poca experiencia ante el amor; sentimiento con el que nunca había tratado y del que pensé sentirme embaucada por completo cuando, en realidad, solo fue su porte varonil, esa atracción desbordante la que burló todas mis defensas y me hizo caer entre sus garras.

Apenas se percibían sus respiraciones, parecían como engullidas hacia el interior de sus cuerpos mientras seguía relatando el panorama encontrado nada más arribar en aquella ciudad de ensueño.

Les referí sobre el punto de inflexión que supuso hallar las fotografías al día siguiente de mi llegada y cómo este descubrimiento marcó mi destino en esa nueva etapa que con ilusión empezaba. Narré lo que sentí al observar a mi esposo en demasía cariñoso junto a una misteriosa dama de la que desconocía de quién se trataba y la vinculación que pudiera haber entre ellos. Más tarde supe que era Anna, su hermanastra, también amantes durante años al descubrirlos en la cama la misma mañana en la que el capitán general del ejército volvía a casa, en donde la ignorante Xena —así me describí a mí misma en aquel instante de absoluto esparcimiento y sinceridad— lo esperaba ilusionada después de meses transcurridos sin verlo.

Irina tapó su boca, cortó el sonido de un suspiro desalentador ocasionado por todo lo que escuchaba y que jamás hubo ni imaginado.

—No solo los vi yacer juntos —continué narrando con los ojos

vidriosos, cayendo sobre los de mi amiga, que presentaban igual textura—, sino que me confesó la muchacha que estaba encinta y que el padre de la criatura que esperaba era Andrey, el que siempre había figurado ser hermano suyo.

Tras la sorprendente revelación que confirmaba lo descrito en las octavillas repartidas, todas las caras voltearon al unísono hacia donde Sacha se encontraba. Aunque el joven se situó cercano, se mantuvo algo distante al corrillo formado a mi alrededor, pero no por ello dejó de atender y de escuchar un relato que le ofrecía una perspectiva inédita y que jamás se le hubo contado de aquella manera tan certera.

No tuvo que ser fácil para él oír todo aquello, saber sobre el sufrimiento padecido cuando, según lo confesado horas atrás, era yo su amada y, en parte, su venida al mundo fue la culpable del gran desconsuelo que sentí aquel día y por tanto tiempo después.

—¡Su padre no lo sabía!, desconocía el embarazo —quise disculpar a Andrey con rapidez por estar su hijo presente y el daño que pudiera ocasionarle pensar en un posible rechazo hacia su madre, encinta por parte de su progenitor—. Anna no tuvo tiempo de contárselo y él marchó a Inglaterra sin saberlo, pero… —dudé unos segundos si debía desvelarlo o no, si descubrirles mi verdadero resquemor aún sentido entonces— aquella mañana me engañó con ella —exhalé con desprecio, con rabia arrojada desde mis adentros por rememorar la terrible certeza de descubrir que jamás me amó.

Intenté ser franca y totalmente fiel a lo ocurrido, aunque les oculté que aquel episodio todavía ahogaba mis entrañas y me rompía por dentro. Irrelevante sería confesarles que aún soñaba con el cuerpo desnudo de la madre de Sacha arropado entre los brazos del que era su padre y, en aquel entonces, esposo mío. Ese dolor convirtió en minucia todo lo acecido hasta ese momento en el que el hombre al que quería demostró que él no lo hacía.

Me avergoncé tanto de lo que ocurrió después de aquello que me vi incapaz de confesarles que me acostumbré a compartir a mi esposo y al hijo de ambos, solo por el hecho de mantener pequeñas migajas de falsos cariños —porciones mínimas que me provocaron algún sosiego —, que me desinhibí gracias al dosificado placer carnal que me ofreció Andrey —que siguió siendo mi esposo a ojos de todos, aunque ninguno de los dos sintió ese enlace divino que Dios unió una vez— y que el vínculo amigable que creció entre Sacha y yo, distinto al de una madre y un hijo, tal vez hizo que el joven se equivocara por completo.

Después de un breve silencio en el que discurrí que había detalles que no debía confesarles, volví a tomar aliento para concluir mi narración con lo último que creí que tenía que contarles:

—Más tarde urdimos un pacto de silencio que nos interesó acordar a cada uno de nosotros y por diferentes motivos…

La réplica de Eduard fue inmediata. Emitió una comprometedora pregunta —que, posiblemente, rondaba en las cabezas de todos los presentes—, sin apenas darme tiempo a terminar la última de mis palabras:

—Pero ¿vosotros…? —Movió dos de sus dedos hacia arriba y hacia abajo con desmesurado balanceo—. Estáis…

Los que se habían enterado de la historia a través de los panfletos políticos distribuidos se sintieron más interesados por la morbosa noticia del romance con el veinteañero que por los pormenores de esa consanguinidad ficticia descubierta y que exponía que yo no era su madre y él no era descendiente mío.

Las severas miradas de Irina y Marius recayendo sobre el tontaina del grupo hicieron que acallara sus indiscretas palabras al instante. También aquella cuestión planteada provocó que Sacha interviniera por un asunto que le incumbía por completo.

Su «¡no!» —expresado con el movimiento suave de su rostro llevado de un lado al otro y una mínima mueca en los labios— no se sintió rotundo como hubiese cabido esperar. Pareció construido desde el resquemor, como costoso de asumir por haber querido dar una respuesta distinta y con la que, por el contrario, haber podido confirmar nuestro idílico romance a los buenos amigos que eran.

Tampoco quiso desvelarles mucho más sobre su amor real por mí y prefirió Sacha mantenerlo en secreto. No pareció tener intención de manifestarlo, posiblemente, por no comprometer alguna respuesta por mi parte que pudiera armar rápida y que le perjudicara en sus posteriores intenciones.

A continuación, y tras la breve intervención del joven, también desmentí la engañosa noticia.

—Eso es una… —debido a la circulación de esa botella de boca en boca, a mi lengua noté adormecida cuando exclamé en tono gangoso la palabra que siempre me perseguía— ¡mentira! Fue una argucia de su padre para acallar rumores que pudieran ser más peligrosos para él —ratifiqué lo anunciado gestualmente por el muchacho.

Sabían todos ellos que el prestigioso bailarín había sido siempre estigmatizado por las habladurías que lo ligaban sentimentalmente a personas de su mismo sexo, rumores ensalzados al no conocerle romance alguno con ninguna jovenzuela.

Entendieron que en ese cataclismo que se acercaba hizo bien su padre en desmentirlo, que todos desviaran su atención hacia esa otra circunstancia, igualmente sentida pecaminosa ante la sociedad, pero que, al menos, lo salvara de esa criba que los seguidores zaristas pretendieron realizar en esos últimos cruentos meses que se avecinaban.

Sentí que, tal vez, les mentía de nuevo por no hacerlos partícipes de

la confesión de amor que el muchacho me hizo y por la que podía afirmar que sí le gustaban las mujeres. Apreté con fuerza mi boca, obstaculizando el empuje de la embriaguez que me incitaba a seguir y a seguir hablando sin límite. Pero fui capaz de omitirlo, de negar la realidad que el propio joven no quiso divulgar.

Me enervé, noté arder mi estómago por aquella circunstancia que otra vez me forzaba a callar.

Subió hacia mi garganta una bocanada de calor tan intenso que me obligó a dirigir mis ojos hacia los del muchacho y, utilizando la privacidad que me concedía el deletreo de mis labios, le pregunté una última cuestión lanzada, sin duda, por la delirante sensación del alcohol que me atrevió a plantearla:

—¿Desde cuándo me amas? —Él era el único capaz de entender aquella cuestión silenciada, cuya respuesta terminaría por descubrirme hasta el último detalle sobre el secreto que me ocultó toda su vida.

CAPÍTULO XXVIII. Rusia

1917. Enero. El horror

Nublado apareció todo ante mis ojos recién abiertos. El despertar de mi cuerpo fue ralentizado. Noté mi desnudez oculta bajo las habituales gruesas mantas habidas en mi camastro. Conocedora de las consecuencias de ingerir ese fuerte licor ruso de la manera en la que lo hice, me asaltó la rabia de caer en las fauces de aquella bebida que poco o nada me hacía razonar cuando la tomaba.

Cercada por esa sensación terrible de ingobernabilidad de mis actos y pérdida de inhibición, contrariada, cerré con fuerza las manos, afianzándolas a las muchas capas de pieles que me cubrían.

Mi visión se restableció de inmediato al perfilar su silueta. Contemplé su dorso al descubierto, descansado sobre el marco de mi ventana, la esbeltez de sus piernas —vestidas con refinados bombachos— plegadas por las rodillas y recogidas entre sus brazos. Lo vi acomodado en el pequeño descansillo aledaño al ventanal de mi cuarto y con su cara dirigida hacia el firmamento. Pareció recrear su mirada observando los primeros conatos de luz, sentidos tenues debido a la nebulosidad con la que siempre despertaba el día.

La confusión que me produjo distinguir que era Sacha aquella figura oscurecida situada al fondo de mi dormitorio hizo que una de mis manos se internase bajo la frazada. Lentamente, tanteé con ella mis pechos. Me alivió encontrarlos cubiertos. Seguí bajando, recorriendo mi cuerpo hasta rozar mi ropa interior, también colocada en su lugar. Entonces introduje los dedos por debajo de la goma de mi braga. Necesité comprobar la humedad habida en la intimidad de mis partes para descartar cualquier acto cometido insensato bajo los efectos de aquel elixir que alteraba mi comportamiento.

Las muecas de mis labios se alargaron por el consuelo que obtuve al comprobar mi sequedad bajo aquella prenda de seda. Se aligeró el peso repentino sentido tras ratificar que me encontraba a salvo de comprometedoras acciones, aunque verlo allí siguió generándome inquietudes de toparme con el semblante petrificado e inmóvil del muchacho.

—¡¿Qué haces aquí?! —exclamé mientras incorporaba mi cuerpo y

arropaba mis pechos para no dejar su silueta abultada al descubierto.

Su cara continuó desviada.

—¡¿Me has desvestido tú?! —volví a replicar con cierto enojo.

Con aquella última pregunta conseguí que me atendiera. Desvió su cara hacia donde yo me encontraba y despegó una de sus manos abrazadas a las piernas.

Me contestó batiendo sus dedos.

—Tranquila, fue Irina —respondió con su habitual diálogo silencioso.

—¿Me trajo ella? —seguí indagando.

—Todos nos acompañaron…, los invité a quedarse. Se hizo tarde para que volvieran a sus casas. —Oscilaron tres de sus dedos formando círculos en el aire.

—Y… ¡¿qué haces aquí?! Acaso… ¿pasa algo? —susurré, esta vez preocupada al intuir la expresión contrariada de su rostro.

Se incorporó con lentitud y tomó, con movimientos elegantes, su camisa reposada cercana y en demasía pomposa para la hora tempranera en la que estábamos. Empezó a vestir su torso. La abotonaba despacio, diría que hasta artísticamente se desplazaba de pieza en pieza y, afinado, los colaba por el ojal de su distinguida prenda. Bailoteaban sus dedos en armónico compás, introduciendo el sobrante de tela bajo la cintura del pantalón que ya vestía. Apretó y anudó despacio el cordel de su cintura.

Levantó el rostro y lo dirigió hacia mí cuando concluyó su extraño ritual de atavío.

—Desde que era un niño… —Leí lo que sus labios pronunciaron.

—¿Qué quieres decirme con esto? —Moví yo también los míos, respetando el envolvente silencio habido.

Otra vez llevó su mirada hacia la ventana, aunque retornaron rápidos hacia mis ojos.

—Te amo desde que era un niño —vocalizaron los rebordes carnosos de su boca dando respuesta a la cuestión planteada la noche pasada.

¿Por qué confesarlo en aquel momento un tanto precipitado? ¿No hubiese sido mejor esperar y declararlo después o, tal vez, haberlo ocultado por siempre si ninguna oportunidad yo le daría?

De un salto me elevé, dejé atrás mi jergón.

Ya no me importó corretear semidesnuda hacia aquel ventanal que parecía marcar los tiempos de una conversación que capté apresurada.

El horror me invadió al contemplar lo que ocurría bajo mi ventana, a través de esos cristales cuyas vistas te mostraban todo el panorama; carromatos llenos de soldados —portando largos rifles con bayonetas montadas— que bajaban de ellos.

Observé, aterrada, cómo aquella avenida aledaña quedaba repleta de una marejada escarlata de casacas rojas.

En el silencioso día amaneciendo se escuchaban sus fuertes pisadas

sobre el firme empedrado, el sonido chirriante de las dagas rozando los cascos de hierro que cubrían sus cabezas y el eco estridente del aporreo de sus puños en el portón de entrada a la casa.

—Vienen a por mí —expresó Sacha, esposando por entero una de sus muñecas con la palma de su otra mano.

Mis dedos quedaron tensos, mi boca no pudo articular palabra, ni tan siquiera mis labios moverse y deletrear silentes.

Paralizada, caí hacia sus pies. Me agarré a ellos de tal manera que le impediría dar paso alguno. No me soltaría, tendrían que arrastrarme junto a él, apresar también a la que todavía seguía siendo la mujer del valeroso capitán general del ejército si su incursión en nuestro hogar tenía la intención de capturarlo. Pensé que, tal vez, continuaban escépticos sobre la inclinación del joven bailarín —siempre señalado— a amar a quién gustase fuera varón o dama. ¿Qué más daba? ¿Qué mal podía hacer esa desviación que decían que tenía —ya desmentida en aquellos panfletos repartidos por toda la ciudad— a un régimen con las horas contadas?

La barbilla de Sacha cayó inmediata hacia el suelo.

Contempló mi postura reclinada, abrazada al contorno de sus piernas, momento en el que vi las comisuras de sus labios alargarse —su carácter jovial lo hizo sonreír cuando, por el contrario, mi interior se desquebrajaba—. Tal vez pensó que había conseguido enternecerme, ser consciente de lo que realmente supondría perderlo…, tantas cosas se le pudieron haber pasado por la cabeza en esos momentos de tensa espera que obvió el mensaje que me dejó su padre cuando marchó y por el que me vi obligada a protegerlo: «Cuida de Sacha, te lo confío…».

Esa frase paternal me hizo sentir más benefactora que amiga, más amiga que mujer deseada. Hasta diría que Andrey, consciente de que su hijo me amaba, estimó que con su partida pondría más fácil la única opción que creyó que podría salvarlo: que todos pensaran que éramos amantes o que, tal vez, pudiera conquistarme si él se alejaba de nuestro lado. Razón, esa última, notada agridulce en mis entrañas por cederme a un hombre y no discurrir ninguna otra alternativa que no fuera compartirme con nadie.

CAPÍTULO XXIX. Rusia

1917. Enero. La incertidumbre

Forzaron el portón. Un ruido atronador nos evidenció la incursión en tropel de todos los enemigos. Escandalosas roturas de cristales se sintieron, puertas embestidas con tanta virulencia que sus portazos retumbaban como truenos rebotando contra las paredes y sus techos.

Notar aquellos sonidos destructivos cada vez más cercanos me hizo asirme con mayor intensidad a sus piernas. Hasta asfixia propia sentí cuando oprimí mi pecho contra él en ese último momento relevante en el que alguien azotó la puerta de mi habitación y la violentó para que abriera.

Sacha siguió inalterable: labios alargados, comisuras contraídas y un brillo surgido inusual en sus ojos. Emocionado parecía, sin duda, por esos instantes de ternura, por esos momentos de posesión y firme decisión de que nos arrastrarían juntos a donde fuere que lo llevaran.

El enorme infante traspasó el umbral con su afilada bayoneta, ni un paso emitió hacia el interior sin pedir los refuerzos que necesitaría para movernos de allí a ambos.

—¡Señor! —gritó llamando la atención del superintendente—. ¡Aquí! ¡La mujer del capitán y su…! —balbuceó unos instantes sin saber muy bien cómo nombrar al bailarín, personaje al que venían buscando y al que acababan de encontrar.

En instantes, la entrada se llenó de ojos indiscretos, de cuchicheos entre ellos que llamaron poderosamente mi atención.

El cabecilla de la misión se abrió paso por la maraña de robustos soldados imperiales que taponaba la entrada a mi cuarto.

Quedé perpleja cuando su pícara sonrisa inundó su rostro desaliñado y de flaqueza extrema.

Aquella actitud pasiva, por la que solo recorría con su vista la erguida postura del joven y bajaba hacia sus pies, donde yo me encontraba postrada, nos extrañó. ¿Qué miraban todos ellos? ¿Era la morbosidad de pensar que éramos amantes la que, de nuevo, los llevó a observarnos de aquella manera?

En su siguiente alarido, aflojé la presión que ejercían mis brazos a sus piernas bloqueadas.

—¡Seguid buscando! No interrumpáis a estos dos tortolitos…

El portazo a continuación emitido, cerró la puerta con igual virulencia con la que se abrió, lo sentimos de distinta manera: un alivio dosificado, aderezado por una sinrazón que nos dejó apesadumbrados y pensativos.

¡¿A quién buscaban si no?!, afloró tal cuestión a mis pensamientos después de lo ocurrido.

Igual insinuación proclamó Sacha batiendo sus dedos y haciéndose la misma pregunta a la que acababa yo de discurrir, pero sin darme tiempo a exteriorizar.

No tardamos en escuchar gritos desesperados, bramidos salidos desde el interior de un corazón roto. Sin duda era el tono de voz de Irina la que lanzaba al aire aquel esperpéntico sonido angustioso.

Corrimos hacia la puerta. Forzamos el tirador de porcelana, hasta rompimos aquella exquisita piedra que lo adornaba al abalanzarnos a él con todas nuestras fuerzas. Pretendíamos salir en su ayuda, ponernos de su parte incondicionalmente. Pero alguien o algo impedía su apertura; escollo que nos mantuvo encerrados y que nos privó de ofrecer el socorro que nuestra amiga suplicaba.

Abatida, grité y grité para que alguien me abriera. Me dejé caer hacia el suelo y permanecí nuevamente postrada; sin ideas, sin salida alguna. Mientras, Sacha se arrimó al ventanal y lo abrió. Movió los labios privados de sonido contra ellos. Los atacó con cualquiera de los objetos que tuvo a su alcance mientras marchaban: vistosos candelabros salieron cual proyectiles arrojados por aquella ventana, broches de inmenso valor —que ya poco o nada me interesaban— utilizados como guijarros, buscando hendir en alguno de aquellos vasallos. En ese momento ni le importó exponer su persona al peligro de algún disparo que acabara con su ira y sesgara su joven vida.

El amanecer, sin alterar su curso, siguió intentando esclarecer la tétrica mañana. El sonido peculiar de las rudas pisadas de los soldados iban desapareciendo al subir a los carromatos. Los ruidosos y peculiares cascos de los caballos los percibimos alejándose poquito a poco y los ecos distantes de las saltarinas ruedas de madera chochando contra el suelo empedrado fueron las que anunciaron que ya todo había pasado.

Con la certeza de que a alguien habían detenido y sin querer averiguarlo antes por el dolor que sabía que me afectaría, utilicé mis manos temblosas para preguntarle —mi garganta quedó tan afectada que no me permitió emitir palabra alguna. Solo el lenguaje de signos que él habitualmente utilizaba me sirvió esa vez para lanzar aquella terrible pregunta:

—¡¿A quién se han llevado?! —Toqué con uno de mis dedos las yemas de mi otra mano, colocada en posición oval.

Sus labios y su lengua sin sonido formaron la terrible respuesta.

—A Eduard —gemí, desconsolada, al entrever su nombre—, a Irina.

Saber a ciencia cierta que también a ella habían apresado me activó, me hizo levantar y correr hacia la puerta de nuevo. La aporreé con mis puños, la pateé con más fuerzas si cabía.

Frené solamente por el intenso dolor que me provocaron las patadas a la madera y que a mis pies dejó mermados.

No pudimos echarla abajo.

Horas quedamos acurrucados. Yo, tendida, sin fuerzas, condolidas mis extremidades y sin posibilidad de que me sujetaran. Él, sentado a mi lado, sosteniendo mi cara reposada sobre sus piernas. Aprovechando la cercanía con mi cabeza, intentó calmar mi aflicción con suaves caricias; entremezcló sus manos por mi pelo color atezado —en aquel momento pincelado ya con llamativos mechones blancos— y los surcó despacio con las yemas de los dedos.

Escuchar la manipulación de la cerradura desde el pasillo hizo que nos incorporáramos inmediatos. Ayudamos en su apertura al darnos cuenta de que, tímidamente, se entreabría. Un último empujón dado a la vez nos arrojó virulentos hacia el exterior del dormitorio. En la aparatosa maniobra, a punto estuvimos de embestir a la endeble Irina, que apareció ante nosotros con ademán desaliñado y cabizbajo.

Cuando me situé frente a mi amiga, en el interior de sus ojos noté evasión, un estado de confusión que me perturbó apreciarlo tan evidente.

Con la llegada de Marius —al cual no localizamos en ninguna estancia y que a las muchas horas de lo sucedido apareció en el umbral de la habitación donde Irina descansaba y nosotros la acompañábamos—, disipamos las dudas sobre lo sucedido. La narración del anciano nos provocó numerosas incertidumbres a las que tendríamos que hacer frente si queríamos que Eduard evitara una muerte inminente.

PARTE III. Petrogrado (antigua San Petersburgo)

1917. Revolución de Febrero

CAPÍTULO XXX. Rusia

1917. Febrero. La carta

El día en el que Eduard fue apresado, Marius consiguió liberar a Irina y la dejó en casa. Se salvó de ser encarcelada también ella debido a su poca implicación en las causas imputadas a su marido y gracias a los varios contactos que aún le perduraban al anciano de sus antiguas convicciones políticas, más afines esas al zarismo que a la oleada revolucionaria que estábamos padeciendo. A continuación, y sabiendo que la mujer quedaba en buenas manos, apremiado por el tiempo, fue en busca de algunos amigos de Eduard que él conocía. Estos, al ser informados de la captura del camarada, organizaron un encuentro secreto con los miembros más perseguidos del momento y el testigo directo de lo que había ocurrido aquella mañana en la que el hombre fue arrestado.

Los agitadores principales de las últimas revueltas acaecidas, tras reconocerlo y saber de él gracias a Eduard, que siempre habló de su amistad y plena confianza con el anciano a pesar de sus diferentes ideologías, no dudaron en confesarle la dificultad que conllevaría liberarlo.

Las comisarías y las prisiones se estaban llenando de opositores al régimen, pertenecientes a su organización insurrecta y de cualquier otra persona con una mínima vinculación a ellos. Era la forma de coaccionarlos para evitar manifestaciones o alguna otra acción que llevadas a cabo pondrían en riesgo la vida de los encarcelados.

Esa fue la única forma que tuvieron los seguidores zaristas de cohibir revueltas: chantajear a los revolucionarios a cambio de no ajusticiar a sus camaradas más fieles.

A Marius le desvelaron una única fecha, un tope, la que marcaría el final de nuestro amigo si no conseguíamos liberarlo a tiempo.

Sin ahondar en los motivos, el 23 de febrero salió de sus bocas en distintas ocasiones.

Esa fecha, varias veces señalada, se convirtió en una obsesión para todos, sería el terrorífico último día que tendríamos para salvarle la vida.

Inmediatamente después de las revelaciones de Marius y con una

Irina convaleciente y postrada en la cama hasta el día siguiente, escribimos la carta que, creímos, sería la única salida posible.

El último lugar conocido donde marchó Andrey después de aquella actuación de Sacha y la consiguiente divulgación de nuestro secreto y todos los demás detalles —algunos de ellos inventados y, por aquel entonces, ya clarificados los motivos de por qué lo hizo— la remitimos a la residencia de Anna en Moscú.

Pensamos localizarlo allí, seguramente, aún se encontraría con ella, apoyándola en ese momento de habladurías sobre su idílica relación de hermanastros alterada por ese *affaire* que nadie imaginó y que desembocó en un embarazo y la concepción de un hijo, fruto de lo que sería un incesto para muchos.

Sacha y yo nos vimos capaces de persuadirlo para que nos ayudara a liberarlo. Dada la situación que atravesaba el país, ese gesto podría repercutir en un indulto hacia su persona o, inclusive, a nosotros mismos llegado el momento del cambio de poder que se intuía. Ciegos estaban aquellos que pensaran que la dinastía Romanov no se estaba precipitando a su decadencia definitiva; en todos los rincones del país se percibía el momento candente que se vivía. En las calles manaba a borbotones un hervidero de tensión a punto de estallar.

Sucesos que estaban por llegar y que perjudicarían a unos y favorecerían a muchos otros.

Intentamos seguir dedicándole tiempo a las rutinas de siempre, con la plena confianza de que pasados unos días el capitán general del ejército imperial aparecería para socorrerlo. Así se lo comunicamos a Irina para insuflarle algún halo de esperanza que la hiciera retornar a su día a día, aunque sabíamos que nunca llegaría a ser la misma hasta verlo liberado y a salvo de la amenaza inminente de su muerte.

Desde aquel momento los cuatro convivimos en mi casa. La escogimos por su proximidad a nuestro estudio de escultura, por la cercanía de los mejores amigos arropando a la siempre cariñosa y resolutiva Irina, en aquel momento rota por la ausencia y el incierto futuro de un tontaina que la idolatró siempre y la había conquistado a base de sencillez y divertida espontaneidad. Se exhibió a ella sin ocultar sus defectos y beneficiado por sus muchas virtudes, de forma natural como él era, y se quiso mostrar sin falsedades ante la mujer que amó siempre; con lo malo y lo tanto bueno que poseía.

En el fondo los envidiaba, codiciaba esa lucha de pareja que siempre les vi, aquel impulso con el que unían sus manos y evitaban juntos cualquier obstáculo puesto en su camino. Estuve siempre convencida de que esa actitud marcaba la continuidad de un desposorio prolongado en el tiempo; la capacidad de elegir luchar en sintonía y en una misma dirección hasta el final del duro trayecto plagado de baches.

Me mortificaba no haber sido capaz de conseguir algo parecido para un matrimonio, el mío, fallido desde sus principios.

Las madrugadas se volvieron peligrosas.

Los destacamentos de cosacos marchaban con frecuencia aledaños al Palacio de Invierno, objetivo de ataques indiscriminados y asaltados solo por el hecho de representar la grandeza y el poder de la antaño Rusia Imperial.

Decidimos retrasar nuestra jornada, salir algo más tarde de lo acostumbrado para evitar ser cacheados o cualquier otro problema mayor, por dirigirnos hacia nuestro taller de escultura camuflados en la oscuridad de los helados febreros de Petrogrado.

Mientras adecentábamos las habitaciones escogidas por cada uno de los huéspedes que se alojaban en casa, Marius —el antiguo glotón que devoraba los pastelitos caseros que Irina preparaba cuando regentaba la panadería junto a su primer esposo fallecido, y se atragantaba con los embutidos que la madre de Eduard —octogenaria y aún con vida— enviaba al muchacho desde su lejana granja de Kostromá, en la región de Sumarokovo— fue el encargado de aprovisionarse y preparar la única comida diaria con la que nos alimentábamos.

Al comienzo de aquel año la escasez era tal que la mayoría de habitantes no encontrábamos huevos frescos ni leche, ni menos aún alguna pieza de fruta en los bazares repletos de gente y sin abastecimiento suficiente. Gracias a nuestro trabajo altruista, de vez en cuando nos obsequiaban con algún vegetal —el regalo más preciado que cualquiera podía recibir en aquel momento— y con el que el gastronómico anciano era capaz de cocinar una buena cacerola de *shchi*, que gracias a su ingrediente principal, la col, lograba —aquella sopa aguada y elaborada con la mitad de alimentos de lo normal— algún sabor detectable por nuestro paladar más que hambriento.

Quedábamos tan poco saciados que la hambruna —culpable del bullir vacío desde las entrañas y repartir aquella sensación de oquedad por todos los rincones del cuerpo— no cabía duda de que sería capaz por sí sola de desquebrajar el endeble sistema político, en igual medida dañado por la absurda participación de Rusia en la Gran Guerra que, aun habiendo pasado años, cada vez menos se entendía.

Después de aquella comida poco nutritiva y bastante escasa, andábamos despacio hacia la sala de trabajo. Intentábamos conservar nuestras pocas fuerzas para seguir reconstruyendo rostros, facciones cada vez más difíciles de encajar por sumarse la desfiguración provocada por las bombas, a la delgadez extrema que hundía mandíbulas y resaltaba los pómulos huesudos.

El tiempo transcurría y la ausencia de noticias nos evidenció lo que creímos que fue el poco interés de Andrey hacia nuestra causa.

Fue Marius, el mismo día que habíamos marcado en el calendario como el decisivo para enfrentarnos a una decisión que nos sobrepasaba, el que, tras despejarse la sala y colocar el material empleado, hizo aparecer la carta que con tanto anhelo esperábamos.

Irina soltó sobre su escritorio todas las figuras que manipulaba y, al observar la nota recogida entre sus manos, corrió con desespero hacia él. Intentó despojársela de los dedos que la sujetaban mientras el anciano amagaba su embate y, con sus pasos habitualmente renqueantes, se dirigió como pudo hacia donde yo me encontraba.

Pareció que evitaba con todo su empeño que fuera ella la que primeramente la leyera.

Cuando al fin me entregó aquel sobre con el sello lacrado tronchado por su exacta mitad, prueba inequívoca de que la había leído antes de hacerla aparecer, comprendí que alguna mala noticia auguraba.

Ni por un instante imaginé lo que Anna nos contaría en la misiva que nos hizo llegar escrita de su puño y letra.

Nos contó que solo fueron unos días los que estuvo Andrey en Moscú junto a ella. Se reunió en privado con su marido para perjurarle que, cuando el doctor se enamoró de Anna, hacía mucho tiempo que no compartían noches de cama, incluso que varios años atrás todo entre ellos había terminado. No se preocupó por lo que la sociedad pensara, sino por la repercusión que pudiera tener el escandaloso descubrimiento en el matrimonio de la que fue su hermanastra y amante durante una década. También nos anunció que Andrey llegó a leer nuestro comunicado, pero que inmediatamente después también recibió otro con la orden directa del zar pidiéndole que lo escoltara y protegiera durante su camino de vuelta al cuartel general de la capital. Necesitó Nicolás que Andrey regresara al frente y después lo acompañara en el larguísimo retorno a Petrogrado, ciudad que ya jamás encontrarían como la dejaron —palabras estas últimas que estremecieron mi corazón por la peligrosa situación en la que, intuí, se encontraba mi esposo en su vuelta definitiva a casa.

Terminó aquella carta con un tierno mensaje de la mujer hacia su hijo —que atendía emocionado cada entonación de mis palabras— y que sonaron a despedida:

«Nunca he querido tanto como te quise a ti, mi amado Sacha. Solo quería que lo supieras».

Aquel comunicado recibido nos arrebató *ipso facto* cualquier esperanza de recibir la ayuda tan necesaria.

Quedamos paralizados.

La partida del capitán general del ejército hacia el lejano frente nos acababa de privar de la única baza con la que contábamos para sacar a Eduard de la prisión a tiempo.

De repente más apremio sentimos, más angustia por buscar otra

solución, si existía alguna con la que poder liberarlo y salvarlo.

CAPÍTULO XXXI. Rusia

1917. Febrero. La desesperación

Los nervios se acoplaron en todos nosotros y cada cual los expresó de manera diferente.

Irina y yo, siempre conectadas, tras aquella lectura quedamos separadas, alejadas y sentadas delante de nuestras mesas de trabajo. La trayectoria de nuestras miradas en ningún momento convergió, creo que evitamos contemplar la desesperación de la otra, aquella que decolora el color de los ojos y nubla el cristalino de lágrimas contenidas.

Marius, con menos energías por su edad y por la falta de alimento que por primera vez en su vida lo hizo parecer flaco, comenzó a dar pasos ordenados. En cada uno emitido, pateaba el azulejo que pisaba. Lentamente, se agachaba y lo tanteaba con las manos por si se encontraba mal encajado. Cuando comprobaba la solidez del alicatado, pausado, volvía a levantarse y seguía el recorrido hacia la siguiente losa. Supusimos que buscaba alguna botella de hidromiel que el tontaina hubiese dejado escondida y que, en aquel instante, se necesitó para evadirnos de esa pesadilla.

Aquella secuencia de golpeos continuados parecieron molestar a Sacha —privado de habla, pero con una audición especialmente aguda —. Un grito le hubiese manado de su habla si sus dañadas cuerdas vocales se lo hubiesen permitido, pero esa traba lo privó de aquel desahogo necesitado más que ninguna otra vez.

Muy cambiado y con un semblante desosegado —que solo contemplé una sola vez: en la que se enfrentó a su padre y lo hirió—, se dirigió hacia el anciano. Con excesivo vigor tocó su espalda. Este no se achantó. Tras ponerse con dificultad en pie y recobrar medianamente la estabilidad, se encaró con el muchacho, que a su vez lo ayudó —con su propio brazo— a que fijara el equilibrio perdido y mantuviera su posición erguida frente a él.

Tan desesperados estábamos que aquella desazón desquebrajó nuestra habitual armónica relación de compañeros y algo más.

Marius, haciendo caso omiso a la advertencia del ofuscado muchacho, siguió en su búsqueda del tesoro más preciado para ahogar las penas,

y el bailarín, ignorado en su apercibimiento, anduvo con ímpetu hacia los grandes ventanales existentes en el lateral de la sala y cuyas vistas daban a los jardines helados del interior de palacio. Con ensimismada mirada recorrió la larga mesa contigua, llena de antiguas esculturas terminadas y colocadas unas al lado de las otras. Cayeron sus dos brazos limítrofes al rostro de su padre. El que modelé en Inglaterra hacía ya algo más de dos décadas y que la zarina tuvo el detalle de enviarme junto con el resto de mis esculturas.

Todos miramos hacia el bailarín con semblante mermado frente a la joven apariencia de un Andrey de gran parecido físico a su vástago, pero con diferencias notables en alguna de sus facciones.

—¡No te muevas! —vociferó el anciano a la vez que dejaba de patear el azulejo y se acercaba renqueante hacia Sacha.

Irina, de imaginación veloz e intuyendo lo que al astuto Marius le pudo haber llamado la atención, en igual tono al suyo también habló:

—¡Ni se te ocurra, chiflado cascarrabias! —expresión cariñosa con la que Eduard lo llamaba en ocasiones y por lo que otro vuelco al corazón sentí al escuchárselo decir a ella.

Nuestros ojos —los de Sacha y los míos— revoloteaban de un personaje al otro. Igual los posábamos sobre el anciano, que se acercaba al ventanal donde él se encontraba, que sobre la mujer, que lo frenaba para que no lo hiciera. Una situación un tanto cómica para nada acorde con el momento frustrante y sin salida en el que nos encontrábamos.

Ninguno de los dos, ajenos a esa escena, entendimos muy bien lo que ocurría hasta que Marius llegó al lugar y susurró algo a su oído. Inmediatamente después, el bailarín recogió su larga melena —con su propio manto de pelo realizó un nudo que quedó colocado detrás de su cabeza—. Con su pelo retirado —según las indicaciones que imaginé que acababa de recibir— el anciano sujetó la escultura del capitán general entre sus dos manos. La subió hasta igualarla a la altura del muchacho y la situó paralela a su rostro.

No supe si fue la madurez que ya Sacha poseía, o su pelo recogido despejando su cara, o la desesperación de encontrar lo antes posible una salida con la que poder salvar al revolucionario Eduard lo que me llevó a apreciar todavía más el gran parecido existente entre ambos a pesar de sus tantas diferencias.

El silencio se apoderó de la sala.

Segundos pasé discurriendo qué era lo que quería insinuar con aquella escultura colocada contigua a su cara, hasta que Sacha aclaró todas mis dudas con la secuencia de gestos realizados: primero, asintió; a continuación, llevó su dedo índice hacia su propio rostro y lo tocó; después, lo pasó por encima de las facciones en barro de su padre y las recorrió despacio, delineando cada una de ellas.

Vi como a Marius le cambiaba la cara, como liberaba uno de sus brazos de la escultura y cerraba en puño su mano cual victoria conseguida. Observé a Irina más derrumbada si cabía por saber a ciencia cierta lo que proponía.

Por fin noté un estallido de clarividencia en mi cabeza que me desveló lo que pretendía y por lo que me opuse con firmeza a ello:

—¡Jamás permitiré que Sacha se haga pasar por Andrey y también él se ponga en peligro!

No tardó el joven en deletrear mi nombre con sus manos y afianzar sus intenciones.

—Xena, voy a hacerlo. —El temblor de mis piernas se intensificó al esclarecerme el muchacho sus intenciones.

Consciente de su terquedad, el plan se acababa de poner en marcha.

CAPÍTULO XXXII. Rusia

1917. Febrero. El plan

La solución que acababa de fluir insensata debíamos empezar a perfilarla en aquel mismo instante, no disponíamos de mucho tiempo más.

Esa noche no volvimos a casa, mantuvimos caldeada la sala —a una temperatura mínima para que las piezas de cera que trabajábamos conservaran sus formas— y seguimos discurriendo inconvenientes surgidos que Marius, tras su apresurada propuesta, no hubo contemplado y podrían llegar a ser un obstáculo para el buen desarrollo del objetivo: liberar a Eduard antes o durante la fecha estipulada.

Acostumbrados a construir, siempre nos enfrentábamos a moldes amorfos, a trozos de arcilla u otros materiales que, en un primer momento, reflejaban vacío y que, tras la laboriosidad de nuestras manos guiadas por la imaginación de cada uno, obtenían resultados que nadie podía llegar a figurar.

Así, de la misma forma y estructura con la que esculpíamos, empezamos a trazar un plan desde cero.

Las facciones de Andrey serían fácilmente reproducibles con aquel busto que Marius no dejó de exhibir entre sus manos. Incluso menos dificultad entrañaba hacerlas perfectas —en esa ocasión no tendríamos que inventar sus formas como ocurría con las otras caras incompletas debido a las bombas—, simplemente, bastaba con sacar la máscara de su rostro y rellenar con cera las que Sacha necesitara para igualar su apariencia.

Zanjado el primero de los puntos expuestos, nos fue evidente que necesitaríamos ayuda externa. Sin duda haría falta la intervención de más personas.

Primero, las que acompañaran al joven, imitador del capitán general recién llegado del frente y con la orden de llevarse al prisionero. También, si queríamos dar veracidad a la acción, debíamos conseguir uniformes de cosacos para los hombres que participaran.

Harían falta costureras, no solo para ajustar los atavíos a cada uno de

ellos —si éramos capaces de conseguir algún voluntario que quisiera implicarse en tal hazaña—, sino para rellenar y achicar correctamente alguno de los trajes militares de Andrey —conservados muchos de ellos aún en los armarios de casa— al cuerpo del bailarín, algo más estiloso y afinado.

Cuanto más discurríamos sobre lo que podríamos ir necesitando, otra vez enmudecíamos por las tantas cosas que se requerían para llevar a buen término aquel plan.

—¡¿Quién querrá ayudarnos?! —grité con fuerza desmesurada en ese nuevo silencio surgido por las tantas imprecisiones que iban aflorando.

Reconozco haber quedado obstaculizada desde el primer instante que se expuso a Sacha a los tantos peligros que conllevaba salvar a Eduard. Indudable era que a ambos quería, también a Irina, la mujer del detenido —a la que consideraba hermana más que amiga—, pero al muchacho me unían demasiadas cosas más, incluso en esos primeros meses del año transcurridos, habían crecido nuevos vínculos algo complicados de aceptar para mi propia razón.

Era cierto que fueron semanas difíciles, que nuestras mentes no podían pensar en otra cosa que no fuera salvar la vida a nuestro querido amigo, que el enamoramiento hacia mí que Sacha había destapado fue aplacado por todos esos acontecimientos que frenaron cualquier otro desvirtuado pensamiento en ambos. Pero ya nada fue lo mismo entre el joven y yo. Sus profundas miradas las interpretaba de otra manera, también sus tantos acercamientos…, hasta el roce de sus dedos sobre mis brazos —con los que simplemente pretendía llamar mi atención y de los que intentaba zafarme cuando quedaban más tiempo del debido sobre mi piel— me perturbaron.

—¡Con permiso! —Un zapateo llamó nuestra atención.

Era habitual que de esa forma ruidosa entrara siempre el maduro Nikolai a la sala de trabajo, compartimentos de palacio que él era el encargado de vigilar desde hacía décadas.

El esposo de nuestra primera paciente, Ekaterina, a la que habíamos seguido atendiendo todos aquellos años atrás y cuyas piezas íbamos envejeciendo y acoplando a su nueva apariencia, fue el único que consiguió alterar aquella oscuridad en la que habíamos quedado momentáneamente inmersos.

—¿Escuché un grito… pasa algo, Xena? —Había reconocido el tono de mi voz en aquel alarido emitido angustioso.

La compostura de Irina, durante todas las anteriores semanas simulada y aparentando quietud, sucumbió.

Corrió con desespero hacia donde él se encontraba y se desplomó en el suelo. Quedó cercana a sus enormes botines, de aspecto desgastado y de poca consistencia —las carencias afectaban a ambos bandos por

igual y ni siquiera los cosacos vestían ya como antaño lo habían hecho siempre: con calzado y trajes de inmaculada apariencia.

—¡Uniformes, costureras…, voluntarios para liberar a Eduard! —pareció explosionar mi querida Irina.

Desfogó por su boca todo lo que se requería para salvarlo y sin ver el peligro que podría conllevar desvelar aquello a la facción contraria.

Ni un instante tardó el soldado en hablar:

—El que siembra semillas, recoge cosechas… —contestó, sosegado, a la vez que levantaba a la mujer del suelo y seguía desvelando palabras que rezumaron esperanza para aquel momento en las que se necesitaron de veras—. En el hospital —su dedo apuntó hacia afuera. Lo dirigió hacia las salas situadas en la otra ala y que acogían a los soldados heridos que habían conseguido llegar con vida a la ciudad— sobran demasiados uniformes agujereados por las balas. Ekaterina es costurera y… —apartó sus ojos de los de Irina y los desvió hacia el fondo, hacia el mausoleo de caras— conserváis sus cartas, sus agradecimientos; allí están vuestros voluntarios —expuso con elocuencia.

Sus palabras destaparon tal ilusión que nuestros rostros volvieron a rezumar una pizca de optimismo mientras los cuatro marchábamos con paso firme hacia el lugar donde reposaban los moldes de los tantos soldados tratados.

Las notas recibidas fueron apiladas en varios montones. Cada uno de ellos correspondía a las ciudades de procedencia de los hombres que en su día agradecieron nuestras atenciones.

Solo nos centramos en el conjunto de mensajes que más rápido nos permitiera armar al grupo de voluntarios y que, por su cercanía, serían más fáciles de localizar; todos aquellos que vivían en Petrogrado fueron los seleccionados.

Sus notas de agradecimiento pasaron de mano en mano, circularon por todas ellas en busca de las palabras claves:

—«Os lo debo todo…». ¡Esta sí! —decía yo cuando una encontraba.

—«Haría cualquier cosa por devolveros lo que habéis hecho por mí…». ¡También nos vale! —exclamaba Marius cuando leía el mensaje de otro posible candidato.

—«Nunca os sintáis solos, estaré a vuestro lado para cuando necesitéis de mi ayuda…» —leyó Irina con un acongojado halo de voz.

Los tímidos rayos de sol apareciendo nos sorprendieron allí todavía, eligiendo a los diez soldados a los que rogaríamos su ayuda aquella misma mañana. Encargo que Nikolai y el anciano Marius —que cada vez dormía menos y se le advertía en demasía cansado— se comprometieron a llevar a cabo tan pronto la madrugada diera paso al comienzo del día.

No supe si fue el agotamiento, la tensión, la necesidad de buscar

alguna salida lo que hizo que ninguno nos percatáramos del gran detalle.

Ni el precursor del plan, ni la astuta Irina, ni el afectado Sacha, ni yo misma —ávida habitualmente, excepto esos días de tremenda presión en los que quedé bloqueada y no pude cavilar como siempre— nos dimos cuenta del mayor escollo de todos y por el que nuestro plan cayó en picado por su propio peso.

Una única cuestión planteada por Nikolai lo arruinó todo de nuevo.

—¿A quién de vosotros tendrán que acompañar los muchachos que acepten ayudarnos? —expuso el más entonado de todos nosotros antes de salir en busca de los hombres a los que plantear la petición de auxilio desesperado.

Enseguida el osado bailarín levantó la mano y me dirigió unas palabras con el habitual movimiento de sus manos.

—¡Yo seré! —dijo, apretando las yemas contra su pecho—, me haré pasar por mi padre y salvaré a nuestro amigo.

Traduje lo que el joven iba dictándome con el deletreo de sus dedos.

La réplica de Nikolai nos dejó atónitos.

—Y… —tocó su mentón en ademán pensativo—, ¡¿cómo entenderán todos que tus órdenes son llevarte al prisionero, cómo serás capaz de transmitírselo si apenas nosotros podemos comprender lo que dices?! Además, ¡Andrey no es mudo! —cuestionó con su mirada fija sobre el muchacho.

Era simple lo que expuso y ninguno incidió en ello durante todas esas horas que discurrimos la manera de salvarlo; hablamos distendidos, planteamos cantidad de inconvenientes y todos ellos los habíamos salvado de una u otra forma y este gran obstáculo surgido nos golpeó sin piedad alguna.

No nos quedaban fuerzas para afrontarlo, ni fundamentos para poder superarlo.

Unas miradas cayeron hacia el suelo por la desesperanza, otras revoletearon nerviosas por distintos rincones de la sala, pero los ojos del anciano se iluminaron, quedaron resplandecientes y destacados por encima del resto.

Qué agraciados fuimos de contar con Marius y sus conjeturas, de su tenacidad y valentía en aquel momento que se necesitaba una respuesta, un paso adelante para superar ese nuevo escollo.

Las comisuras de sus labios se alargaron y se hundieron, plegaron su piel fofa alrededor del hoyuelo formado bajo sus pómulos alzados.

—Antes de que empezáramos a discurrirlo todo…, era lo único que tenía claro.

Aquella afirmación la acompañó con un carcajeo que el propio desconsuelo que acabábamos de sentir por aquel fallo que pensamos infranqueable nos hizo imitar.

A su sonora risotada nos unimos todos a la vez a pesar de desconocer, todavía, lo ideado por el sabio anciano.

CAPÍTULO XXXIII. Rusia

1917. Febrero. El desarrollo

El 23 de febrero quedaba cercano, apenas dos semanas restaban para esa fecha en la que nos jugábamos más de una vida. En ese momento ya no solo estaba involucrada la de Eduard, que jamás hubiese querido que nadie más la arriesgara, sino la de los diez voluntarios que aceptaron sin pensarlo, la de las costureras que entraban y salían del Palacio de Invierno —sin levantar sospechas gracias al trasiego habitual que siempre soportaba aquella sala—, la del joven bailarín lanzado a la posición más visible de todas y la del segundón de turno que lo acompañaría: Marius, nueva figura importante en esa trama y que sería el encargado de poner en su boca las palabras.

Se le ocurrió al anciano utilizar esos panfletos, que en su día también Andrey empleó, para propagar la falsa noticia. Embuste que informaba sobre la herida en la boca que ocasionó un proyectil al impactar en la parte inferior del rostro del capitán general del ejército. Este provocó daños en su lengua y le causó problemas en el habla, por lo que sería inmediatamente trasladado hacia Petrogrado. Así afirmaba la octavilla que infiltraron los agitadores y que Marius se encargó de redactar para ellos.

A mediados de aquel mes de febrero, los panfletos se encontraban ya repartidos por todos los lugares de la ciudad, en cualquier rincón se podía localizar alguno. Hasta en los días de viento aquellas papelinas danzaban por las calles en cientos de direcciones distintas, inclusive algunas se pegaban humedecidas a los botines de los viandantes que, tras despegarlas de ellos, con curiosidad eran llamados a leerlas.

El físico de Sacha, de parecido extremo al de su padre y las miles de octavillas repartidas que afirmaban los problemas del capitán en su habla, volvieron a dejar vía libre para la continuidad del plan que cada vez se perfilaba con más exactitud.

En las primeras reuniones ideamos la mejor manera de que aquella congregación de voluntarios —necesaria para trabajar en los uniformes de cada uno y el estudio de la transformación de Sacha en Andrey— pasara desapercibida. De esa manera concluimos que todos los hombres esperarían pacientemente en la larga fila que siempre se

formaba en torno a los jardines helados colindantes a palacio. Aguardarían su turno, como todos los demás, situados en los últimos lugares de la cola. Sin sus facciones colocadas —modeladas con anterioridad, inclusive en algunos casos años atrás—, se harían pasar por desdichados hombres recién venidos del frente buscando a los escultores de rostros de San Petersburgo —como así nos seguían llamando desde nuestros inicios, aun habiendo cambiado la capital de nombre—. De sus brazos penderían las manos de las mujeres que los acompañarían: nuestras costureras, haciéndose pasar por esposas, novias o hermanas, escoltarían, cariñosas, a los tullidos muchachos afectados por las bombas.

En el interior seguimos con nuestro trabajo habitual, los atendíamos como a cualquiera de nuestros pacientes hasta que el último de los afectados reales abandonaba la sala. Nuestras caras entonces giraban de un lado al otro, comprobábamos quedar solo los interesados para, al fin, cerrar con llave el portón que nos aislaba del resto de los mortales.

El revitalizado Marius, más implicado que en ningún otro año atrás, con una breve frase daba comienzo a la nueva labor encomendada.

—¡Empecemos por hoy! —Y, tras aquella exclamación, vocalizaba las palabras más motivadoras de todas—: ¡Catorce días! —Una cuenta regresiva que veloz nos iba acercando al 23 de febrero, la fecha de referencia para todos los que allí trabajábamos.

Las hábiles costureras, todas ellas presentadas por Ekaterina y totalmente involucradas en salvar a Eduard, transportaban amplios talegos colgados de sus hombros. De ellos extraían los uniformes venidos de la recién batalla y ya adecentados y remendados los rotos dejados por la metralla, bayonetas y proyectiles con los que en principio se les fue entregados.

De nuestras mesas de trabajo recogíamos con cuidado las piezas de cera o los moldes de los rostros recién elaborados para dejarles el espacio suficiente donde acomodar sus utensilios de costura: agujas, dedales, retazos de telas y cintas métricas mediante las cuales calculaban los tamaños.

Para poder concluir el trabajo con prontitud, a cada una de las modistas se le asignó uno de esos hombres, estos atendían diligentes las indicaciones de las mujeres al tomarles medidas.

Sacha tuvo que afrontar un doble esfuerzo, no solo el ajuste de uno de los trajes de su padre —el que mejor pensé que concordaba para la ocasión—, sino que también le tocó reposar paciente en el butacón central, donde, tras despejar su rostro —recogía parte de su larga melena desde las sienes hasta la coronilla—, Irina y yo, de cerca, medíamos milimétricamente sus facciones y las comparábamos con el busto realizado a escala que hice antaño de su padre. También fue

necesario estudiar el envejecimiento sufrido por Andrey en todo aquel tiempo, para ello utilizamos el retrato más reciente que poseía, alineado nuevamente con la cara de su único vástago.

Durante todos esos días contiguas a su rostro, para Irina no pasó desapercibida la profundidad de las miradas con las que el joven se fijaba en mis ojos. Incluso cuando era nuestra amiga la que en posición cercana se encontraba, embelesado, seguía con su cara la dirección que yo tomaba. Por donde quisiera que anduviera de la amplia sala allí era observada.

—¿Me tienes que contar algo que yo no sepa? —llegó a insinuarme más de una vez tras observar el comportamiento descarado del muchacho al que ya pareció importarle poco o nada mostrar ante todos lo que sentía.

Disimulaba como si no la hubiese escuchado, como si ese día fuese el más trabajoso de todos y contase con tiempo escaso para atender aquella pregunta banal que me lanzaba. O le respondía ligera, a través de una mueca en mis labios tan imparcial que nada le confirmaba.

Le oculté y no pude confesar las barreras que estaba derrumbando el bailarín —al que ya no sentía muchacho, sino joven veinteañero más juicioso que muchos de los denominados hombres maduros—, que a través de aquel comportamiento insistente y con el que tanto me expresaba, a mi razón, de poco en poco, la estaba tornando insensata.

En nuestras conclusiones finales, y dado que Sacha desarrollaría la misión con la parte inferior de su cara tapada —por la herida en la boca de Andrey que anunciaron falsamente en la propaganda revolucionaria—, solo dos cosas hubo que tener en cuenta para la eficiente transformación del joven: su nariz fina y menuda, de iguales formas a la de su madre y distinta a la de su padre —de aspecto más ancha y de estilo más recio— y, como era de esperar por las diferencias de edades de ambos, la madurez en los rasgos del padre: con pliegues bien focalizados en distintos puntos de su rostro, el vello de sus cejas y su pelo mechado por aislados reflejos blancos. Decoloración y envejecimiento que no serían difíciles de imitar con una buena técnica de caracterización. El pegamento nos ayudaría para emular el arrugamiento de la piel en partes bien señaladas y con la habilidad de Irina para el maquillaje conseguiríamos el resto de propósitos que nos acercara a la imitación casi perfecta de su apariencia.

Escasos días faltaban para comprobar si el plan —escrupulosamente meditado— era capaz de llevarse a cabo sin ningún sobresalto que desmontara todo lo ideado y nos privara de lograr nuestro principal y único objetivo: salvar a nuestro queridísimo amigo Eduard de una muerte que contaba con fecha estipulada.

CAPÍTULO XXXIV. Rusia

1917. Febrero. El ensayo

El ensayo lo efectuamos un único día antes del tope dado para poder ejecutar el plan. Las semanas avanzaron tan rápido que la falta de tiempo nos llevó a hacerlo algo precipitado. Ninguna otra posibilidad de cambio, ni vuelta atrás, ni un momento ya hubo para una duda razonable que surgiera inesperada.

La sensación de impacto que nos provocó la cercanía del acontecimiento nos asfixió. Hasta la de Marius se intuyó afectada tras su habitual exclamación que, a la postre, sería la última vez que emitiera, dada la proximidad del fin de todo aquello.

—¡Empecemos por hoy! ¡Un día! —exhaló un suspiro tembloroso que pronto intentó aplacar con una frase que causó revuelo entre las presentes—: ¡Desnúdense!

Brotaron tímidas sonrisas cuando los voluntarios masculinos involucrados se desprendieron de sus vestimentas y quedaron en calzones delante de todas nosotras.

Los once hombres, incluido Sacha, que fue el primero en acatar las indicaciones del anciano y despojarse de sus prendas, quedaron en cómica posición ante nuestros encandilados ojos abiertos. Ninguna evitó mirarlos, tomamos la decisión de disfrutar, de desinhibirnos —aunque solo fuese unos momentos— después de tantas semanas presionadas por el avance veloz de los días y la falta de tiempo acechando.

Con tan mínimo ropaje, la gélida temperatura hizo que sus manos fueran las primeras en helarse. Buscando caldearlas, otra divertida postura de los voluntarios nos hizo carcajear de nuevo cuando entre sus piernas resguardaron los dedos y con sus muslos presionaron sus palmas entrelazadas, posición que aprovecharon todos para juntar sus brazos y cubrir el abultamiento de sus partes nobles, expuestas hacia nosotras.

El flamante físico espigado y fibroso exhibido por el bailarín no pasó desapercibido para ninguna de las mujeres presentes. Vergonzosas, cuchicheaban al oído —las unas con las otras— al contemplar al ídolo de masas —en aquel momento retirado de los escenarios dadas las

circunstancias que el país atravesaba— en todo su esplendor físico.

Notaba él, al igual que yo lo advertía, la atontada fascinación que causaba cuando estiraba alguno de sus miembros para desentumecerlo del frío incrustado en sus huesos. Parecía como si todas esperaran alguna pirueta atlética tras el movimiento estiloso con el que alargaba sus piernas afinadas pero bien trabajadas.

Consciente de la admiración que en las muchachas causaba, las ignoró con extrema elegancia; sonrió y las recorrió con su mirada de una en una hasta depositar sus ojos en los míos.

Las dejó a todas ellas con la miel en los labios mientras que a los míos colmó de ese dulce ámbar con el que intentaba que cayera en el desbordante deseo de probarla.

Mantuvimos aquel juego de poder, aquella batalla por la seducción que no hubo vez que no ganara cuando en su boca yo leía el alegato con el que me derrotaba: te amé siempre.

Apartaba mi mirada, inmediata, como era habitual que hiciera. Me reprimían demasiados juicios razonables, un abrumador peso social que me forzaba a renunciar a cualquier avance cuando aquellas palabras rezumaban entre sus rebordes, intentando conquistarme.

Sin Sacha saberlo y menos aún yo expresarlo, a una razón tras otra iba venciendo. Se allanó el camino sin apenas ser consciente de lo que en mi interior dejaba descubierto.

Breves momentos quedaron en esa chistosa apariencia hasta que se desvaneció todo el jolgorio cuando cada uno de ellos se atavió con el uniforme que las costureras —aquella misma mañana y con los últimos retoques hechos— transportaron en sus amplios talegos de tela y dejaron ordenados sobre nuestros escritorios de trabajo, utilizados como roperos rebosantes de prendas.

Esa noche en la que por fin todo finalizaba, llegó el momento de conocer más detalles de lo planeado por Marius junto a Nikolai —del que ya no quedó duda ninguna sobre su fidelidad hacia la causa a pesar de ser soldado zarista— y los propios revolucionarios también implicados en la ayuda.

Del carro birlado a los cosacos se encargarían los insurrectos. La intersección donde iban a dejarlo —cercana al presidio en el que Eduard estaba retenido— sería el punto de encuentro de todos los voluntarios, ya vestidos con los uniformes que recién les habíamos entregado. Nikolai, allí mismo, los esperaría para ofrecerles los fusiles de cerrojo cargados con lo máximo que aquellas armas de repetición admitían: cinco cartuchos.

En aquel lugar también se les uniría Sacha, con un cambio mínimo nasal, sus facciones a propósito envejecidas y cubriendo su boca con una venda enrollada a su cabeza imitando la ficticia herida que los panfletos —todavía en aquel momento circulaban de mano en mano—

anunciaban. También lo acompañaría Marius, seguidor a ultranza de la dinastía Romanov y bien conocido, encargado de poner en la boca impedida de Sacha el mandato que ordenaba hacerse cargo del prisionero —compañero de trabajo al cual fingió odiar por sus convicciones políticas totalmente contrapuestas—.

Alguna de las costureras —ya camaradas y totalmente involucradas en el plan—, Irina y yo seríamos las silenciosas espectadoras de la escena. Quedaríamos agazapadas en un rincón alejado pero suficiente cercano como para observar el escenario de aquella farsa orquestada y en donde se pretendía salvar una vida sin perder por el camino ninguna otra.

—¡Concluyamos!

Con aquella palabra terminó la detallada exposición del anciano y dio comienzo inmediato a lo último que nos quedó por finalizar, el colofón a todas esas semanas de trabajo: la caracterización de Sacha para transformarlo en el capitán general del ejército rojo.

CAPÍTULO XXXV. Rusia

1917. Febrero. La transformación

Sacha, vestido con uno de los trajes de batalla de su padre —abultado en sus hombros y abdomen para igualar la apariencia algo más robusta de este—, volvió a ocupar el butacón central de trabajo donde, días atrás, tanto tiempo hubo pasado sentado.

Esa vez no se necesitaron mediciones ni comparaciones con el busto ya ampliamente utilizado y que coloqué en su sitio nada más acabar su copiado. Teníamos ya todo preparado, expuesto en la mesa cercana llena de pinturas, pinceles y esa nariz de cera —ya perfilada y ahuecada en su interior— que yo misma me había encargado de modelar durante horas. Postizo que encajaba a la perfección y que recubría por completo a la del bailarín.

—¡Cola de pegado! —solicité a Irina tras un mínimo roce de mis dedos sobre las piernas de Sacha, que temblaban por la excitación y que paró *ipso facto* al notar mi toque de calma.

Con aquella pasta viscosa —invención de Eduard y que había conseguido elaborar hacía ya dos decenios—, unté por entero el contorno de su nariz y, sin dilación, antes de permitir que secara, acoplé —con milimétrica precisión— la máscara de cera sobre la parte saliente del rostro del joven, de apariencia más fina y aguileña, y que quedó por completo recubierta.

—¡Colocada! —aviso que hizo que mi ayudante, con firmeza y templanza, apretara la cúspide hacia la base.

Mientras la pieza se engastaba con solidez a su piel, mi trabajo, esa vez breve, había concluido.

Necesité en ese momento de un alejamiento inmediato, de algo de espacio donde poder calmar la tensión de una labor finalizada y con un objetivo del que desconocía si saldría bien o fracasaría estrepitoso.

Decidí refugiarme en el fondo de la sala. Un retiro imperioso hacia el mausoleo de caras hasta que Irina coloreara el acople para disimular —con el color exacto de su tez— la franja que delimitaba la base de su cara con la pieza ya adherida y, después, transformara la estirada piel joven del bailarín en una más rugosa sobre su frente y cercana a los vértices de sus ojos. Pliegues característicos de la edad y copiados

exactos de la fotografía más reciente que pude encontrar de mi esposo.

Una de las costureras, hábil con las tijeras, sería la encargada del toque final y que más sacrificio sabía que le supondría a Sacha: cortaría su larga melena para intentar darle la misma apariencia que la que lucía Andrey en aquel retrato.

No me moví durante todo aquel tiempo del lugar donde quise quedar aislada mientras la transformación continuaba. Me negué a estar presente en aquella aberración; la de despojarlo del cabello que había dejado crecer desde que era un jovenzuelo.

El vocerío me hizo girar y atender al tumulto formado alrededor del joven.

Observé el corrillo que lo delimitaba aún sentado.

Anduve con premura hacia ellos por la curiosidad de conocer si había sido descabellada aquella idea o si, por el contrario, se aproximaba a lo que con tanto ahínco habíamos intentado todas aquellas semanas.

El cerco de hombres y mujeres que rodeaban a Sacha, o debí llamarlo Andrey por el parecido que habíamos logrado con mi esposo, se abrió despacio para permitir que lo observara con mayor precisión. Ya en pie, el joven rotaba despacio sobre sí mismo. Aquel movimiento no lo acompañó con ningún aspaviento, ni con los movimientos danzarines habituales de sus brazos. Imitó el comportamiento exacto de un hombre al que bien conocía —su padre— como si de una actuación teatral se tratase.

Se encogió mi pecho al ver la réplica exacta de mi esposo tan cercano, accesible y de talante cambiado.

Mis ojos bailotearon de arriba abajo por aquel espejismo en donde el aspecto físico que siempre me despertó deseo se conjuntaba con el único hombre que me había proclamado amor eterno. Una mezcla perfecta entre el atrayente Andrey y su enamorado hijo Sacha; el culmen de todos mis anhelos.

Entré en un letargo tan profundo y desmedido que solo la peculiar música de una balalaica acompañada por un violín —percibidos lejanos, pero acercándose a mis oídos tras ese vahído pasajero— me hizo volver en mí.

Fue entonces cuando desvié mi atención hacia el violinista —el joven que pensábamos todos amante de Sacha, al cual hacía mucho tiempo que no veía y del que ni me percaté del momento exacto en el que había sido invitado a entrar— y hacia la mujer que, sentada en una de las pequeñas banquetas —de las cinco habidas siempre alrededor del cilindro de hierro macizo que templaba la sala—, tocaba aquel instrumento raro de cuerpo triangular, tres escasas cuerdas y cuyo rasgueo rápido provocó una melodía añeja pero suficientemente rítmica como para acompañar al otro instrumento de cuerda y teñir con leve alegría el enorme momento de inquietud que se vivía.

De los amplios talegos en los que transportaron los uniformes —ya entregados y vestidos por los voluntarios— las costureras, por sorpresa, extrajeron cantidad de alimentos, licores y bebidas. Intentaron buscar sosiego y, a la vez, diferenciar esa última velada de cualquiera de las otras ya pasadas.

Festejaríamos con una fiesta el habernos conocido, el haber trabajado aquellos días en armonía y con igual objetivo. Pero, para mi pequeño equipo de escultores, ya verdadera y única familia, aquella celebración tendría otra connotación ineludible; calmar la triste despedida que acontecería y que estaba prevista tras la liberación de Eduard.

Irina y su esposo —unidos a ellos por la eterna sensación de la amistad y el bagaje de los tantos años compartidos— marcharían de inmediato. Un carromato tendrían preparado para que el revolucionario recién salvado y ella misma huyeran de Petrogrado. Partirían hacia Kostromá, a la granja donde Eduard se crio y su preocupada madre octogenaria los esperaba para darles cobijo y ocultarlos hasta que toda aquella tensión social hubiese pasado.

Con aquel final feliz en mente y ningún otro posible, intentaríamos disfrutar de la que sería nuestra última noche juntos.

Comimos y bebimos con decoro. Autocontrol marcado por cada cual, teniendo en cuenta la frescura que se necesitaría para afrontar el inminente inicio de la misión; restaban escasas horas para comenzarla.

Parecimos olvidar la hambruna o, tal vez, nuestros estómagos, faltos de costumbre, se saciaron rápidos con la leve ingesta. Por lo que, más que los alimentos ofrecidos, fue el baile el que pronto se convirtió en el foco de atención de los presentes.

De hombre en hombre íbamos arrastradas Irina y yo sin que, aún encontrándonos lejanas, nuestros ojos se dejaran de buscar entre vuelta y vuelta dada. También el anciano Marius fue tentado a danzar con cada una de las mozas allí presentes.

Aquel ambiente animado me recordó a mi primera velada en la corte inglesa en la que fui anfitriona y no sirvienta de una dama. La mente me llevó a evocar e hizo que pasara por distintos estados de euforia. Hasta entristecí por momentos al rememorar todas las demás galas en las que acompañé a Andrey —ya en territorio ruso— y lo desteñidas que siempre me parecieron por el hecho de aparentar amor cuando jamás nunca había existido entre ambos.

La melodía rápida de la balalaica junto a la del violín, que no cesaron de sonar en ningún instante, detuvieron el avance de aquellos malos pensamientos surgidos. Luché por dejar mi mente en blanco y, a propósito, me convertí en una peonza danzarina en demasía alocada. Sin ninguna compostura, mi trayectoria fue marcada por las tantas manos que se entrelazaban a las mías y que me llevaban a girar y girar

por la sala al son de aquel conjunto de instrumentos cuya sonoridad nada en común tenían.

Frené mi deriva cuando mi palma fue aprisionada con firmeza, mi cuerpo retenido y arrojado hacia el cobijo del suyo. Noté como su barbilla se asentaba sobre la base de mi cabeza y sus dedos —conseguida la detención definitiva— me desaprisionaban y emprendían despacio el camino hacia mi cintura. Cuando al fin la alcanzó, me atrajo con ímpetu desmedido hacia sí. Inmovilizada por sus manos, que me comprimían con fuerza hacia él, a su falsa nariz noté retozar entre mi cabello recogido. Escuché como inhalaba mi aroma, lo noté descender y deslizar su rostro hasta posarlo sobre mi frente despejada; el joven Sacha se mostró más seductor que ninguna otra vez y tan amoroso como siempre lo había sido conmigo.

En su acercamiento, una duda insensata brotó inmediata e hizo que me estremeciera estando en la custodia de sus brazos: ¿y si mis labios desbordados de deseo tuvieran el valor de besarlo?, ¿notaría saborear los suyos o, tal vez, mi alma embriagada por el éxtasis me llevaría a pensar en otra persona de igual apariencia a la que entonces él imitaba?

CAPÍTULO XXXVI. Rusia

1917. Febrero. La respuesta

Desperté al escuchar el particular sonido metálico emitido por la puerta de la sala cuando la enorme llave giraba en el interior de su cerradura. Mantuve mis ojos cerrados, sin querer abrirlos, sin tan siquiera mirar a mi alrededor, evitando toparme con Sacha, reposado sobre mi torso.

Alguien tocó mi hombro. Más fuerza infligió en su roce cuando sospechó que estaba despierta y me negaba a abrirlos por la vergüenza que me embargaba.

Cuando mis párpados se fueron despegando, la silueta del anciano Marius iba cobrando forma. De poco a poco mi visión se adaptó a la habitual oscuridad de la madrugada y, con lóbrega nitidez, lo observé en actitud impávida junto a mí o, mejor diría, junto a nuestros cuerpos desnudos, refugiados escasamente con los ropajes vestidos la noche pasada y, en ese momento, esparcidos por encima de ambos imitando las mantas que en aquella noche no echamos en falta.

—Ha llegado la hora… Tienes que ponerte en marcha. —Su barbilla apuntó hacia un Sacha profundamente dormido—. Volveré en un rato y lo despertaré.

Prudencia en sus palabras detecté cuando, tras otro vistazo silencioso a la escena que protagonizábamos el joven y yo recostados en el particular camastro que habíamos improvisado, giró sobre sí mismo sin más que decir. Nos dio la espalda y se encaminó de nuevo hacia la salida. En la lejanía, bajo el marco de la puerta, distinguí una sombra. Aun apartado de nosotros llegué a reconocer su atuendo bien uniformado. Era Nikolai el que se asomaba con timidez hacia el interior de la sala, tal vez, contemplara con incredulidad a los impostores parientes encamados en la precisa mañana en la que todos nos jugábamos, en mayor o menor medida, nuestras vidas.

El fiel soldado ya estaría preparado para emprender la parte de la misión asignada; el hurto de las armas y su traslado al lugar donde los insurrectos dejarían el carro birlado a los cosacos aquella misma madrugada.

Mientras ese primer tramo de acontecimientos se desarrollaba,

restaba un tiempo prudencial para la entrada en escena de los demás voluntarios, de Sacha imitando ser el capitán general del ejército recién venido del campo de batalla y Marius, el escolta que pondría en su boca las palabras de la falsa orden que dictaba llevarse al prisionero en esa mañana.

El *impasse* que debíamos esperar para el comienzo de todo lo pasé en recapacitado recogimiento conmigo misma, en esa actitud de soledad mental a la que estaba en demasía acostumbrada.

Rememoré cada gesto, cada uno de los acontecimientos que me habían llevado a pasar la noche acompañada y recostada sobre aquellos talegos de tela apilados —sacos que, terminada su función, fueron abandonados por las costureras sin saber ellas que serían, horas más tarde, reutilizados y convertidos en camastro amoroso para dos adultos liberados de cargas— y situados en torno a la estufa todavía llameante y constantemente alimentada de leños por un Sacha convertido ya en el amante de la que fuera su simulada madre.

¿Qué me había llevado a esa situación? ¿Cómo podía haber rebasado ese límite autoimpuesto por mí misma, siempre marcado por esas normas sociales de ambigua moralidad que a una mujer decente no se le permitían franquear?

En aquel momento de reconstrucción de los hechos, de profundizar por cada instante vivido, fui consciente de que fui yo la pionera de lo sucedido.

Escarbé en mi interior, dando con los motivos aparentes de todo lo que había ocurrido; el estremecimiento sentido en aquel abrazo —con el que durante el baile me atrajo con fuerza hacia su cuerpo—, el acercamiento excesivo de su rostro al mío terminó de encender la llama que me incitó a actuar desbocada e incontrolada.

No podía haber iniciado el acople a sus labios de ninguna otra forma distinta al frenesí con el que lo hice. Un beso tímido, sin contundencia ni firmeza, me hubiese obligado a retroceder en mis actos, no hubiese sido capaz de alejarme del peso soportado en mi conciencia. Solo de aquella manera arrebatadora, rozando la insensatez, pude hacer mella, convertir en inocente aquella culpabilidad derrotada cuando —como si no hubiera un mañana— cubrí sus labios con los míos e invadí sin demora su boca con la avanzadilla de mi lengua valentona.

Se detuvo el tiempo con aquella larga e intensa caricia que anheló mi boca.

Años hacía, hasta décadas diría tendría que haber retrocedido en mi memoria para recordar sensaciones parecidas a las sentidas en aquel instante en los que me asenté en sus rebordes carnosos.

Cuando al fin abrí los ojos, a los oídos se acopló un silencio amansador escasamente alterado por el ruido de otras parejas cortejándose en igual medida. Nuestro alrededor se llenó de

inspiraciones rebosantes, de bocanadas de aire causadas por la voracidad que la pasión de las lenguas entrelazadas originan.

Fuimos los responsables de que aquella sala se convirtiera en una bacanal, un festín de amoríos protagonizado por costureras y voluntarios que imitaban nuestro comportamiento más lujurioso. Tal vez lanzados a una aventura momentánea y motivada por la despedida, o para compensar el riesgo al que se enfrentarían aquellos hombres, o, simplemente, descorchar alguna atracción surgida en todas esas semanas en la que nos unió aquella misión en la que todos trabajamos para culminarla de la mejor manera posible.

No tardó en vaciarse la estancia.

Cada cual buscó el aislado refugio en donde continuar con aquello que, no me cabía duda, alentamos con nuestra propia conducta.

El quedarnos definitivamente a solas precipitó nuestras miradas a danzar por distintos rincones, intentando encontrar también el lugar donde culminar eso —no supe definir muy bien lo que hasta ese instante hubo ocurrido— que estábamos a punto de iniciar.

El sitio perfecto lo encontramos junto a la estufa central. Un confortable lugar de temperatura caldeada y lecho confortable al quedar apilados los sacos recios de tela, reutilizados esa vez para otros fines que nada tuvieron que ver con el uso anteriormente dado.

Hacia allí nos dirigimos en una lucha encarnizada por despojarnos, con diligencia, el uno al otro de la ropa todavía vestida y que en aquel momento ya importunaba. Mientras nos acercábamos al lecho que nos acomodara, mis dedos descendían y desabotonaban su camisa con brío. Descubierto su torso, las palmas de mis manos se acoplaron y amasaron su fibroso busto. Lo estrujé con afán mientras él seguía deleitándose con el juego más lascivo para cualquier hombre; elevar el vestido a una dama y deslizar con arrojo sus bragas en picado hacia los pies de su amante.

Aquella prenda íntima despojada expuso ante sus ojos hambrientos de deseo las partes más pretendidas para cualquier varón.

En ese momento noté la desesperación de ambos por coronar con ansia.

Aquel desorden de caricias, movimientos inciertos y apetito desmedido sería la única manera posible de bloquear cualquier atisbo de cordura.

Sin apenas tiempo, ni fundamentos para frenar el acople de nuestros sexos —intuidos tras recostarnos sobre las sacas y colocar su cuerpo sobre el mío—, de mis labios manaron mis temores más inoportunos:

—Vayamos despacio —susurré a su oído cuando pretendía cubrirme sin demora—. Hace mucho que no…

Mi rostro se inclinó por la frustrada confesión que dejaba entrever lo poco que ya me unía a su padre y la falta de cariño que adolecía en

aquel instante de mi existencia.

Desde ese momento hacer el amor con Sacha me colmó de continuas caricias llenas de significado. Privado de habla desde su nacimiento, no necesitó comunicación verbal para expresarme todo lo que me dijo.

A sus besos profundos, a su lengua transitando por el perfil de mis labios, se le unieron sus dedos danzarines. Sobre el abultamiento de mis pechos, sobre las curvaturas ovaladas de mis nalgas y el envés de mis muslos, trazó continuos palabros con las yemas de sus dedos, letras que, enlazadas unas a otras, fácilmente pude juntar y leer sobre lo que quiso dejarme dicho.

Subía la punta de su falange más larga y representaba vocales en mi piel, convertida en lienzo, paraba y volvía a armar nuevas consonantes que unidas componían, en cada vaivén delineado, la frase que anhelé siempre escuchar decir a otra persona: te amo.

Sin precipitar nada, incluso con la posibilidad de detener aquello y no culminarlo si yo así lo quería, me vi convencida, totalmente lanzada a empuñar —con una de mis manos— su firme verga. Le marqué el camino hacia mi interior —ya empapado por el deseo sublime por acogerla— y la introduje con arrojo hacia mis adentros buscando liberarme de esa contención razonada con la que decidí no ser poseída hasta sentirme amada.

Una última inspiración me hizo dejar de rememorar lo acontecido. Tuve necesidad de volver de inmediato en ademán tranquilo. Ninguna pizca de desasosiego debía transmitir al bailarín en ese momento en el que tenía que afrontar, a la perfección, una arriesgada misión que habíamos preparado a conciencia durante tantas semanas.

Sin que él lo notara, revisé el ajuste de la nariz a su cara. Comprobé que nuestro trabajo conservara correctamente sus formas antes de llevar con ternura su cabeza —reposada sobre mis pechos— hacia otro mullido lugar. Me deslicé, despacio, por el lecho hacia uno de los lados, intentando alejarme de él sin alterar su sueño y que por error despertara.

Recogí mi ropa, esparcida por encima de él, a la vez que lo cobijaba con algunas de las sacas más finas encontradas. Alimenté la estufa con algo más de leña y, ya vestida y de puntillas, haciendo el menor ruido posible, anduve hasta llegar a la puerta. Asida al mango y dispuesta a abandonar la sala, escuché un chasquido de dedos —manera en la que Sacha llamaba la atención cuando la persona con la que quería entablar comunicación le daba la espalda o los ojos no atendían a su habla de señas—. Frené mi intención de abandonar el lugar y giré despacio hacia él. En el movimiento, el matiz de mis facciones —fruncidas y contrariadas, tal vez, intuidas llenas de arrepentimiento si la hubiera visto de aquella manera— lo alteré ávida. Cambié mi semblante por unos rasgos de índole más placentero.

—¿Nos vemos cuando todo esto termine? —preguntó, moviendo ambas manos y deletreando lexemas.

—Ten mucho cuidado, Sacha. —No pude contestarle, no sabía ni cómo hacerlo y antepuse mi preocupación por él a cualquier otro tema que debíamos tratar más adelante.

Intenté proseguir mi camino hacia el exterior. Quería evitarlo, no darle oportunidad de plantear ninguna otra cuestión más, porque, simplemente, necesitaba tiempo para que mi alma por si sola respondiera a tantas preguntas.

—¡Xena! —exclamó mi nombre a través de sus manos antes de que diera la vuelta y mi vista se perdiera en algún otro rincón que lo silenciara definitivo—. ¿Lo has sentido igual que yo?

Con un movimiento veloz, su puño cerrado atizó con fuerza la parte izquierda de su pecho —donde el corazón se aloja—.

Me sugería si lo había notado, si mi interior había experimentado el impacto del amor que él, sin vacilación alguna, sí había percibido.

¿Cómo contestar sin falsear la respuesta? Tiempo fue lo que necesité y en aquel instante era lo que menos teníamos.

Salí del paso con aquel gesto en el que moví mi cabeza hacia arriba y la dejé caer hacia abajo. Asentí una única vez para conseguir su paz, el sosiego que necesitó en aquel momento de enorme incertidumbre.

Seguí ocultando mis sentimientos verdaderos, pues hacía tanto que estaban cohibidos que no fui capaz de desempolvarlos y profundizar en ellos. Aunque, si algo me quedó certero de todo aquello, fue que, en la noche pasada, era Sacha y no Andrey el que había burlado todas mis defensas.

CAPÍTULO XXXVII. Rusia

1917. Febrero. La misión

Moví las gruesas cortinas de mi habitación. En pie, contemplé desde mi ventana el cielo ennegrecido, la mañana desapacible con la que el día comenzaba. Hasta la bahía colindante, que hacía ya muchos años fue testigo de mi llegada, despedía la madrugada con olas bien marcadas, marejadilla que provocaba el firmamento percibirlo espumoso por las crestas que las aguas bravías dejaban.

La primera de las mujeres que observé llegar al punto de encuentro estipulado —la avenida colindante a mi casa— me hizo escapar del embelesamiento y ponerme en marcha. Vestí con rapidez uno de mis peores abrigos —en consonancia a los que las demás poseían— y tapé mi pelo con el chal de lana de habitual uso en aquellas tierras heladas.

Cuando bajé y crucé el amplio bulevar, ya todas aguardaban mi llegada. Preparadas encontré a Irina y a las demás costureras —las que quisieron acompañarnos—, para emprender la larga caminata que nos acercara a la prisión donde los hombres y el anciano Marius intentarían liberar al prisionero.

Nuestros pasos iban al mismo ritmo. Unas veces anduvimos en fila de una, en otras ocasiones divididas en pequeños grupos para no levantar sospechas. Permanecimos en silencio, como si la noche anterior, habiendo vivido realmente un buen sueño, la hubiésemos olvidado por la incertidumbre y los miedos convertida en pesadilla. Congoja dilucidada en nuestras bocas calladas.

En el rincón previsto, apartadas, pero suficiente cercanas para observar correctamente el escenario donde se desarrollaría la pantomima, quedamos agazapadas tal y como se hubo planteado.

Nos miramos extrañadas cuando, puntuales, contemplamos el carromato hurtado por los revolucionarios avanzar ligero por la estrecha calle que llevaba a la penitenciaría. Supusimos que los voluntarios, al igual que nosotras, hacía tiempo que estaban preparados y no tuvieron ningún motivo para demorar el plan trazado.

Marius y Sacha iban en un distinguido coche de caballos por detrás del birlado a los cosacos.

Tras la detención de ambos carromatos, del robado bajaron en tropel

nuestros muchachos bien uniformados. En formación y con los mosquetones al hombro, quedaron en posición de firmes hasta que el anciano y Sacha —convertido en el esbelto capitán general del ejército ruso y que, observamos, tapó su boca con un fino pañuelo y no con la venda que le habíamos dejado preparada— anduvieron hacia el presidio y los rebasaron, momento ese en el que, al unísono, desfiló el falso ejército bien coordinado por detrás de ellos. Los escoltaron hasta llegar a la puerta de entrada, sitio exacto donde frenaron la marcha. El pateo de sus botas contra el suelo —emitido al unísono al detenerse— lo sentimos como ecos resonando en nuestros oídos, aumentados los estruendosos zapatazos por el encajonado rincón alejado en el que a las mujeres solo nos quedó aguardar el desenlace.

Cuando Sacha se disponía a entrar, se paró, exabrupto.

Temí lo peor…, ¿y si el terror lo hubiese afectado o lo tuviera paralizado por momentos? Él no era hombre de batallas ni de guerras, no estaba acostumbrado a peligros extremos.

Me horrorizó que aquello lo hubiese sobrepasado.

Segundos de indecisión en el que su cabeza, enérgica, se agitó y la dirigió hacia el lugar donde todas nos encontrábamos. El movimiento hizo que, excepto yo, se ocultara el resto de compañeras detrás de la esquina que nos amparaba. Aguanté, con mi figura firme y expuesta, para que me contemplara. Mantuve mis ojos conectados a los suyos el tiempo suficiente para alentarlo a seguir, a continuar, que recibiera la fuerza y la certeza de que no iría a ninguna parte sin que concluyera la misión. Lo esperaría hasta que saliera victorioso y, juntos, nos iríamos de aquel tenebroso lugar por siempre. Así tuve la intención de transmitirle a través de aquella intensa mirada y la firmeza de mi postura quieta.

Causó efecto mi osada actitud, sólida durante esos pocos instantes —vividos como eternos—, que bastaron para que recuperara el coraje propio de su padre y colara, con decisión, su pie hacia adentro del presidio, seguido del anciano Marius y otros dos falsos soldados que también los acompañaron.

Me derrumbé. Flojearon mis piernas al verlo desaparecer en la tenebrosidad del fondo oscuro que desde allí se veía. Convencida en que un bailarín como él tenía su mente en otras lindes —ambos vivíamos para crear a través de nuestro arte y no estábamos preparados para esas acciones, aunque, al igual que a muchos, las circunstancias del país nos obligó a alterar nuestro habitual comportamiento—, me culpé por haber sido la incitadora de aquel episodio debido a su afán por complacerme. No me quedó duda que quiso engatusarme de la única manera en la que creía que podía conquistarme; valiente, vigoroso, cualidades que su padre tenía y con las que pensó que podía hacer que balanceara mi decisión y lo eligiera

a él y no a otro.

Sin ser ese el momento propicio, ni el lugar más apropiado para rememorar el pasado, parece que ante situaciones extremas, tu cuerpo hace rebrotar frustraciones profundamente adormiladas.

Aquella tensa espera que se produjo hizo que a mi mente la asaltara un carrusel de recuerdos ya pasados pero no superados: las mentiras soportadas, la soledad en la que quedé inmersa tras el nacimiento de Sacha, cantidad de escenas en las que Andrey me ofreció pequeñas porciones de cariño y con las que quiso compensar su alejamiento y la culpabilidad de haber roto todos mis sueños: el de haber continuado en mi país natal, Inglaterra, y haberme dedicado a la enseñanza en Londres.

Qué poco sació mis anhelos cuando solo me hubiese bastado haberlo sentido conmigo.

Al mismo lugar donde pensativas y silenciosas esperábamos, llegaron ruidosas un ramillete de mujeres —vestidas con su atuendo de faena— venidas de alguna fábrica textil cercana. No tardaron en unirse a ellas un grupo de hombres que portaban pancartas. Algunos oscilaban estandartes de color rojo con dibujos de una oz y un martillo sobrepuestos, retratados en las esquinas de sus banderolas.

Repentinas, vimos invadido nuestro rincón apartado por un gentío que iba duplicándose en número según pasaba el tiempo.

El griterío se intensificó y sus peticiones se hicieron cada vez más oíbles:

—¡Paz, pan y tierra para los campesinos! —bramaba, enfurecido, el gentío formado.

En aquel instante fuimos conscientes de que habíamos apurado en demasía la ejecución del plan. Ese 23 de febrero marcado en el calendario juliano por los revolucionarios avecinaba un cambio importante en el imperio ruso y, para nuestra desdicha, se estaba produciendo en el peor momento posible.

Vi peligrar la vida de todos.

CAPÍTULO XXXVIII. Rusia

1917. Febrero. La conclusión

Ayudados por algunos de los cabecillas revolucionarios —sabedores de la misión que estábamos llevando a cabo en ese preciso momento— y con las rodillas de Irina y las mías hincadas en el suelo, suplicamos a todos que nos concedieran unos instantes de demora en sus intenciones. Tras nuestras espaldas, conseguimos retener a una muchedumbre que no tardaría en saltarse aquella retención momentáneamente lograda. Nuestros ojos bañados en lágrimas se fijaron con terror en la enorme entrada que, hacía ya demasiado, los había engullido hacia sus adentros.

Chocó contra mi dorso una pierna que pretendía apartarme. Otro golpe me devino debido a un empujón o a un zarandeo de los muchos que estaba sufriendo y que sabía que terminarían con la multitud desbocada sobrepasándome. Temí ser pisoteada por una marabunta resentida con el imperio zarista por la hambruna que los afectaba, sobre todo, a la población obrera; la más perjudicada siempre en todas las guerras.

El alarido de Irina, que con los zarandeos sufridos había quedado algo retirada de mi lado y con mejor visión del escenario del que yo tenía en aquel momento, captó toda mi atención. Hizo que encontrara un hueco por el que poder observar mejor.

—¡Algo pasa! —clamó con su voz desgarrada.

Tanto Sacha como Eduard aparecieron en escena transportados por los soldados que los habían acompañado al interior. Los dos voluntarios tiraban de sus cuerpos agonizantes. Tuvieron las fuerzas suficientes como para arrastrarlos con dificultad por el suelo. El resto de voluntarios no tardó en lanzarse en la ayuda de ambos. Al apresado herido lo metieron en el carromato birlado. Le dejaron los grilletes puestos para no alterar ni un ápice la farsa todavía en ejecución. Al joven bailarín, igual de mermado que el esposo de Irina, lo llevaron hacia el carromato en el que había venido.

El gentío nos pasó por encima. No permitirían que nadie se llevara apresado a ningún detenido. Pensarían todos ellos que algún camarada sería ajusticiado, por lo que, sin dilación, se echaron a la

calle e intentaron interceptarlos para frenar el avance de los carromatos. Con sus caballos al galope, partieron despavoridos sin darles tiempo a poder alcanzarlos.

Irina y yo quedamos tendidas en el suelo.

Sin apenas energía para levantarme, me arrastré hacia ella. Repté por encima de la helada superficie, enfangada por nieve y arena mojada, hasta conseguir llegar a su lado.

—¿Estás bien? —susurré, jadeante.

Ni hablar pudo, sus manos buscaron las mías. Las agarró con debilidad y las subió hacia su pecho; su corazón latía convulso.

Arrojadas en el suelo, permanecimos abrazadas hasta que las costureras —que habían quedado desperdigadas e incluso algunas arrastradas por la multitud hacia la calle colindante al presidio— volvieron al lugar de comienzo; la esquina —ya solitaria— que solo albergaba a dos empapadas y amoratadas mujeres aturdidas, no solo por los pisotones y empujones recibidos, sino por contemplar el penoso estado en el que nuestros… amantes habían huido del lugar: malheridos, arrastrados por los voluntarios e imposibilitados, por sí mismos, a dar un solo paso.

Recibimos las atenciones inmediatas de todas ellas. Nos ayudaron a poner en pie y palmotearon nuestras ropas arrugadas para que quedáramos algo más adecentadas. Tocaron nuestros dedos, tantearon nuestras zonas más contusionadas, aunque, después de recorrer todos los rincones condolidos, estimaron que aquella sensación afligida que sentíamos fue provocada por los tantos golpes recibidos, pero ningún hueso pareció haber quedado dañado.

No fuimos capaces de abandonar el lugar, de retirar nuestros ojos de la puerta por donde aún faltaba por aparecer el más anciano de los componentes ejecutantes de la misión.

A Marius nadie lo vio salir y, con certeza absoluta, tampoco huir en el convoy recién fugado.

Los verdaderos policías tomaron la entrada. Formaron un cerco suficientemente amplio como para despejar las inmediaciones del presidio, por lo que recuperamos la visión completa que aquella esquina apartada nos ofrecía. Los manifestantes, desplazados hacia calles adyacentes, habían calmado y seguían exteriorizando, pacíficamente, su desaprobación por la pérdida de sus derechos y el malvivir de aquel momento extremo.

Aunque moríamos de ganas por verlos, por saber que era lo que les había sucedido y cómo se encontraban el joven Sacha y el revolucionario Eduard, ninguna se movería del lugar. No iríamos a ninguna parte sin cerciorarnos que el único hombre que aún permanecía en el interior salía por su propio pie.

Busqué algo de sosiego, algún ímpetu que calmara la presión que mi

corazón soportaba. Revueltas mis entrañas y con esa agitación mental que no cesaba, intenté aplacar mi quietud con alguna evocación perdida u olvidada que aflorara desde mi interior y pudiera darme sosiego en el momento que más lo necesitaba. Entonces, como en una ventolera surgida que arrastra con todo, vino a salvarme de la desazón más extrema el recuerdo de mi lengua inglesa desterrada, de mi religión rechazada por convertirla en ortodoxa: *Where does my help come from? My help comes from the Lord, who made heaven and earh…* [1] Recé en un susurro audible que paré *ipso facto* al escuchar tras mi espalda un chasquido de dedos.

El hueco sonido que produce la fricción de la yema del dedo pulgar y corazón me hizo, enérgica, girar todo mi cuerpo hacia el lugar de donde provenía aquella onda sonora sacudida al aire.

Al igual que yo, todas las presentes desviaron la atención hacia igual lugar.

Paralizadas quedamos al contemplar a Sacha —recién huido e intuido malherido por haberlo visto arrastrado por varios de los voluntarios— perfectamente ataviado y caracterizado. Ni una sola mancha de barro, ni un rasguño le vimos aún después de haberlo contemplado arrastrado —sin apenas fuerzas para ponerse en pie— por la barrosa superficie helada que ensuciaba y empapaba solo con rozarla.

Bajó la venda —la que le dejamos preparada y que no utilizó para la misión y que vimos cambiada por un fino pañuelo de seda— que cubría su boca.

—¿Dónde están todos? —expresó con sus manos a la vez que sus labios insonoros deletreaban la misma pregunta.

Contesté, apresurada.

—¡Acabáis de liberar a Eduard y a ti… —carraspeé mi garganta atascada— te intuimos impedido, tuvieron que llevarte maltrecho hacia el carromato! —exclamé, entumecida, a la vez que mis brazos nerviosos no dejaban de balancearse.

Llevó enérgico la mano hacia su rostro, tomó su falsa nariz y, de un seco tirón, la desprendió de su cara.

Retenida la pieza de cera en su puño apretado, terminó pulverizando una obra que hasta sueño me quitó muchos días por intentar modelarla perfecta.

Entonces, con sus dedos agitados —atragantados por las distintas posiciones en las que dictaba vocablos—, volvió a figurar aceleradas palabras.

Juntar aquellas señaladas rápidas emitidas me creó la necesidad de dictarlas en alto al resto de mujeres que observaban sin saber lo que decía.

Todas debían escuchar el enigma con el que acababa de dejarme perpleja.

—¡Yo no era ese hombre que habéis visto herido! —Puse voz al batido veloz de sus dedos.

Su cara, derrotada, la dirigió hacia el suelo cuando me escuchó desvelar lo que acababa de proclamar a través del habla de señas —que solo yo había entendido— y con lo que nos confirmó que fue otro el que había usurpado su puesto.

CAPÍTULO XXXIX. Rusia

1917. Febrero. El refugio

Los planes acababan de truncarse. El viaje que emprenderían el revolucionario recién salvado y su mujer y por el que estaba previsto que huyeran de Petrogrado hacia Kostromá —a la hacienda granjera donde la madre de Eduard los esperaba ya con todo preparado para refugiarlos por tiempo indefinido— quedó aplazado.

El alzamiento de la población sufrido ese mismo día hizo que patrullas de cosacos vigilaran todas las calles, todos los puentes, cualquier entrada y salida de carromatos de la capital del imperio.

Nikolai, encargado de custodiar el interior del Palacio de Invierno y que había tenido una mínima implicación en la misión, debido a la contraposición que esta suponía en sus compromisos al régimen, no dudó en dar un paso al frente. Indicó el camino a seguir en aquella contingencia surgida hasta la aparición de Marius, el verdadero líder que había planeado todo aquello. La única salida viable que intuyó fue la de escondernos en la propia ciudad hasta que la situación se calmara.

El conocimiento exhaustivo que el soldado tenía del palacio, sus galerías más escondidas, las catacumbas no utilizadas debido a la frialdad existente, nos hizo encontrar el lugar perfecto para ocultarnos.

La reducida celda, caldeada por una hoguera prendida y alimentada constante, se convirtió en nuestro refugio. Una pequeña rendija, situada en su techo, fue suficientemente amplia como para que la humareda provocada no nos ahogara, a la vez, aquella señal de humo que salía al exterior por la chimenea improvisada lo hacía a un pequeño patio interior al que Nikolai prohibió la entrada. Todo pensado para, al menos, poder esconder unos días a aquel ramillete de personajes altamente buscados.

Pronto sabrían sobre aquella farsa, sobre el insurrecto huido, los cómplices que intervinieron y, sobre todo ello, llegarían a sus oídos la gran noticia: la deserción del famoso capitán general del ejército, también implicado y hombre clave para que la liberación de Eduard se hubiese consolidado con éxito. Hecho que también me comprometía

con aquel ultraje por seguir siendo su esposa. Por ello y más allá de que hubiere participado en la misión en mayor o menor medida, aquel desposorio me involucró de lleno en la traición orquestada.

Fue extraña la convivencia que desde ese instante se produjo en aquel diminuto refugio; del revolucionario y su esposa, la del capitán general del ejército zarista y su mujer, ocultando el *affaire* recién acaecido con el hijo de este.

Durante las primeras horas del confinamiento que nos tocó hacer obligados, Irina cuidó de su esposo. En el rincón donde él quedó recostado quiso atenderlo a solas; despojarlo de su ropa manchada y empapada, de los harapos que vestía. Solo se escuchaba el goteo del trapo estrujado sobre la cacerola de cobre —reposada sobre la lumbre y rebosante de agua hirviendo— y los chisposos sonidos producidos por las salpicaduras del líquido sobre las brasas. Cada curvatura de él fue cariñosamente adecentada, cada golpe —de los tantos que presentaba el revolucionario y por lo que lo intuimos malherido cuando lo liberamos del presidio—, atendido con suma delicadeza por su amada.

Terminada su labor, los vi yacer el uno abrazado al otro mientras, en el lado opuesto, un médico —amigo de Nikolai y con alguna cuenta pendiente con el soldado— cosía la profunda brecha que presentaba Andrey en el muslo y por donde mi esquivo esposo se desangraba.

Sacha, desplazado de la misión y con el que finalmente no contaron, se encontraba en paradero desconocido. Pensamos que, aunque dolido por haber sido ignorado de esa manera y relegado sin aviso, seguiría indagando sobre lo sucedido al anciano. Hasta ese momento, y a la espera de que nuevas pistas nos clarificaran los motivos de su permanencia en el interior del presidio, solo el capitán era el único testigo en posesión de noticias veraces respecto a lo ocurrido.

Tendríamos que esperar para conocer con certeza lo sucedido hasta que Andrey curara o, al menos, contara con las fuerzas suficientes para poder contarnos. Se encontraba demasiado debilitado como para enfrentarlo a las tantas preguntas que debíamos hacerle.

Con su herida ya cerrada y un caldo caliente tomado esa misma madrugada, pareció dormir plácido en su rincón apartado.

Respetamos su descanso esa noche.

A la mañana siguiente, con el resplandor del inaudito amanecer radiando deslumbrante en el aciago agujero, escuché un hilo de voz que me llamaba.

—¡Xena! —Oí susurrar muy bajo.

Aquel murmullo me hizo abrir los ojos a la vez que, aún recostada sobre un camastro improvisado y en donde varios abrigos de lana era lo único que nos separaba del suelo helado, giré hacia el otro lado.

Era Andrey el que, costoso, me había nombrado.

Sin alterar el sueño de los otros dos compañeros de estancia, me arrastré silenciosa por el suelo los pocos centímetros que me separaban de su lado.

—¡¿Dónde está Marius?! —fue lo único que me interesó saber inmediata.

Se intuyó la incomodidad que me provocaba su presencia cercana al ignorar por completo las causas de su aparición en Petrogrado, el origen de su profunda herida o los motivos por los que prestó su ayuda desinteresada en la liberación de Eduard.

Me resultó más prioritario conocer sobre lo sucedido a mi querido anciano, sentido como el único padre que siempre estuvo presente en mi vida, que cualquier historia que pudiera contarme sobre su protagonismo reciente en aquella trama.

—Cuando despierten… —volvió a decir muy bajo a la vez que movía su barbilla y la dirigía hacia el revolucionario y su esposa.

Corté ipso facto mis palabras y me obligué a posponer mi ansiada curiosidad hasta que ellos espabilaran y también escucharan.

Observamos como la pareja yacía amorosa, aún prensados por un abrazo indeleble en donde sus caras, enfrentadas la una a la otra, respiraban un mismo aliento.

—Deseo lo que ellos poseen… ¿Tú no? —musitó mi esposo con un tono de voz que entreví apesadumbrado.

Inmediata, sacudí mi cara, confusa, y la giré nuevamente hacia él.

En nuestras miradas engastadas percibí un hilo de conexión, un fino y endeble punto de encuentro que seccioné con rapidez para evitar lanzarme a sus brazos. Rehuí, como pude, ese apetito surgido que me llevaba a emular el bien del que la enamorada pareja gozaba; pero su historia no era como la nuestra, llena en demasía de razones que nos mantenían separados.

Aun así, y cortando con todo lo que hizo peligrar por segundos el recuerdo de mi estima dañada, cogí un trapo limpio dispuesto para adecentar las heridas. Imitando las atenciones de Irina a su esposo la noche pasada, esa vez fui yo la que provocó el sonido plácido del goteo del trapo tras ser estrujado sobre el puchero rebosante de agua templada; fui yo la que inició el acercamiento hacia la herida supurante de su muslo.

Fue él el que alcanzó mis dedos, tímidamente aproximándose, y los llevó con ligereza hacia su pierna afectada; el que puso su mano sobre la mía y, asido a ella, me ayudó a deslizarla con excesiva intensidad sobre su hendidura ya cosida; solo él fue el causante de su propia aflicción.

A propósito se infligió un dolor que provocó que su cuerpo desalojara una palabra que cuesta asumir por las tantas equivocaciones que conlleva aceptarla.

—¡Perdóname! —El alarido que emitió cercano a mí me dejó en la tesitura de responderle de la única manera con la que se exonera a una persona.

Lo abracé. Derrumbó mis restricciones aquel arrepentimiento surgido en ese bramido soterrado en sus entrañas y, en ese momento, expelido hacia el exterior de forma sincera.

Afectada mi mente por un carrusel de escenas mareantes desde aquel instante, viví lo ocurrido a continuación como una ensoñación en lo que lo real pareció falseado.

Observé como la pareja, recién despertada, contemplaba incrédula lo que en el rincón opuesto al suyo estaba sucediendo. Dilucidé sus comisuras alzadas, sonrientes, a la vez que un toque intrigante los hizo ceñir sus frentes. De improviso, cambiaron las facciones de todos a neutras cuando la puerta metálica de nuestra celda fue pateada desde fuera y violentada para que abriera.

Al unísono y con todos aparentemente recuperados o al menos en disposición de las pocas fuerzas que aún nos quedaban, nos pusimos en pie.

La espalda vigorosa de Andrey quedó pegada a mi cara. Con aquel gesto de protección me dejó tras su cuerpo y me cubrió del peligro que pudiera venir del portón que, con brusquedad, terminó por abrirse.

El eco del metal tras colisionar con la pared de piedra se fue perdiendo de poco en poco y el silencio, convertido en incertidumbre, se acrecentó todavía más cuando ningún soldado, ningún policía zarista hizo su entrada en la pequeña celda donde tanto Andrey como Eduard —con sus puños alzados— se prepararon para defendernos de los tantos peligros que podrían acecharnos.

La punta de un pie tímidamente asomada, una última zancada de una pierna esbelta entrando en nuestra celda los dejó a la vista de nuestros ojos tensionados.

Era Sacha, el esbelto bailarín, el hijo del capitán general, mi amante por una noche…, el que entre sus brazos transportaba el cuerpo sin vida de nuestro eterno y querido Marius.

CAPÍTULO XL. Rusia

1917. Febrero. La derrota

Aquella noche, con el cuerpo presente del anciano y como siempre habíamos hecho, le incluimos en esa última sesión del grupo de escultores —y un invitado más— al que perteneció desde sus principios; desde que Irina me presentó a ese viudo cincuentón, asiduo de su panadería y devoto de cualquier movimiento artístico, al voraz glotón —conocedor de todos los temas políticos— enfrentado siempre al revolucionario Eduard en un bucle de falta de entendimiento entre ambos, que no fue impedimento para que creciera la mejor de las amistades posibles.

Fuimos compinches, hermanos, padre e hijos, una singular familia de artistas unidos por una gran amistad y poseedores de un extraordinario don que salvaba las vidas de personas que se encontraban hundidas.

Marius quedaría eterno en los corazones de todos los que tuvimos la suerte de conocerlo.

En esa tertulia que habíamos comenzado recordando a nuestro compañero velado, concedimos la palabra a Andrey —algo desplazado en ese coloquio en el que reíamos y lloramos en igual medida—. Necesitábamos saber qué había ocurrido y, también, que nos desvelara de una vez por todas los motivos de que el mayor enemigo de los revolucionarios hubiera ayudado a un Eduard salvado *in extremis*.

Nos alivió mucho saber que el anciano había llegado a su fin sin penurias.

Fue un intenso dolor el que sintió en su pecho y que apenas le duró unos instantes. Andrey aseguró que cayó desplomado sin que más pudiera hacer por salvarlo. Que intentó cargar con su cuerpo ya fallecido y que, fue entonces, cuando, tras el esfuerzo de levantarlo, la venda que comprimía su herida cedió e hizo que fluyera la sangre descontrolada. Aclarado lo ocurrido en el interior del presidio, el capitán estimó que era el momento de hablarnos sobre su aparición en escena y los motivos que lo habían llevado a hacerlo.

Nos aseguró que la carta redactada por su hijo y por mí misma pidiéndole que interviniera llegó pronto a Moscú, donde todavía se

encontraba. Que le hubiese gustado haber ayudado antes a liberar a Eduard del presidio, pero que el mismo día también recibió la orden del zar de marchar al frente para escoltarlo en su retorno a Petrogrado. Pensó que podría volver a tiempo y cumplir con ambos cometidos. Seguir fiel a su primo y urdir algún plan para sacarlo del presidio sin comprometer su figura. La parada en Pskov que realizó el tren en el que volvía junto a Nicolás y las noticias de los informadores sobre revueltas inminentes hicieron que el zar promulgara una orden que, a la postre, lo lanzó a huir de inmediato. El mandato de asesinar a todos los presos políticos encarcelados para aplacar la sublevación del pueblo lo hizo tomar la decisión definitiva y por la que, sabía, sería condenado y perseguido.

En la noche y cuando todos dormían, tomó uno de los caballos que transportaban en el convoy que retornaba a la ciudad. Intentó que su hurto pasara desapercibido, pero no fue así y, sin ser reconocido, el custodio de esa yeguada, creyendo que algún extraño la robaba, blandió un sable y hendió la hoja sobre su muslo.

La madrugada en la que llegó a casa, a nadie encontró en ella. Juicioso, pensó que, tal vez, nuestro plan para liberarlo habría comenzado y, veloz, se dirigió hacia el palacio donde, por el camino, casualmente, se topó con Marius…

Sacha, que atendió la narración sobre las peripecias de su padre para llegar a tiempo, no disimuló el malestar por su regreso. Razonaría el joven, al igual que todos nosotros, que él era seguidor zarista y se debía a su primo tal y como siempre hubo promulgado.

—¿Por qué nos ayudó? —Irrumpió la narración de su progenitor con los movimientos lentos de sus dedos, sabedor de que le costaba más entenderse con él que cuando dirigía hacia mí sus rápidas señas.

Mi corazón, comprimido por todo lo sucedido, quedó todavía más anudado a la espera de una respuesta algo comprometedora para mi todavía esposo.

Recibió contestación inmediata.

—¡Por ti, hijo mío, solamente por ti! Es tu amigo. Hubieses hecho cualquier cosa y… quise quitarte del peligro.

La réplica de la manos del joven también se produjo ligera.

—Deje de tratarme como a un crío. Soy hombre desde hace ya mucho tiempo y esto —su dedo índice lo posó sobre su boca privada de habla — no es ningún obstáculo como usted piensa.

Los ojos de Sacha buscaron los míos para que dijera algo, para que, tal vez, interviniera y lo apoyara de alguna manera estando su padre presente. Pero, súbita, ladeé mi cara. Evité que chocaran nuestras miradas y enmudecí sin ofrecer ninguna palabra que respaldara lo dicho.

Contrariado por la actitud de un padre protector en exceso y

totalmente convencido de que su diferencia física le restaba, decepcionado por mi gesto esquivo y extremadamente dolido por haber transportado entre sus brazos al amigo sin vida… de un brinco atlético se puso en pie.

Batió sus dedos.

—¡Haré que lo sepulten junto a su esposa! —Todos lo entendimos y aprobamos lo exclamado por sus gestos.

Obviamos cualquier controversia anteriormente surgida y caímos al unísono hacia el cuerpo presente del anciano. Abrazados, lloramos y, sobre todo, reímos en silencio como él quiso que hiciéramos el día de su falta definitiva, mientras Sacha lo tomaba de nuevo entre sus manos.

Con un danzarín giro, nos dio la espalda.

Abandonó aquel lugar, abatido por las circunstancias, pero con firme decisión de cumplir la petición que siempre nos solicitó Marius para el día en el que nos dejara: yacer al lado de la mujer a la que siempre quiso.

Me devino la angustia por la muerte de un padre, por la contrariedad del gesto con el que no apoyé a Sacha y, como era habitual, por esa extraña sensación de mendigar por alguna frase de Andrey que me incluyera y me diera alguna importancia para él: ¿por qué no proclamó en alto y sin tapujos ante todos que, en parte, también estaba allí por mí? ¿Que, tal vez, había venido a buscarme?

Me faltó oírle decir aquello.

CAPÍTULO XLI. Rusia

1917. Febrero. El comienzo

En el atardecer oscuro de la partida —dos días después de todo lo sucedido—, la marabunta de ciudadanos en huelga marcharon hacia la plaza Znamenskaya. La ubicación de aquel lugar, alejado del Palacio de Invierno y situado en la parte más céntrica de Petrogrado, hizo que Nikolai preparara la huida que nos sacaría a todos de esa ciudad a punto de estallar.

Las calles colindantes se habían despejado y los soldados y policías que custodiaban los puentes, las entradas y salidas de la capital, fueron requeridos para contener a los miles de manifestantes que, en esa ocasión, caminaban indignados y enfurecidos contra el régimen Romanov.

Elegante carromato tirado por cuatro espléndidos caballos negros nos esperaba a las puertas del suntuoso palacio. Me acerqué a él, ensoñada con las melodías que se acrecientan en las amargas despedidas, esas que elevan el tono de los sonidos que te rodean: los burbujeos de los hocicos agitados de los corceles, los ruidos de sus herraduras —hendidas en el suelo pedregoso—, deseosos por emprender la inminente partida.

Quiso el guardián de todo aquello, Nikolai, que tuviéramos un confortable viaje. Hacer los últimos honores a los escultores de rostros que habían otorgado una nueva vida a su familia y a mucha otra gente eternamente agradecida.

Apartada de aquella escena, intuimos, al fondo, su esbelta silueta, oscurecida por la noche creciente.

Sacha aguardaba alejado. A su cuerpo se lo intuyó con seguridad plantado.

El viento, que soplaba en opuesta dirección a la suya, hizo que el abrigo que vestía desabotonado ondeara tras de sí con varonil semblante.

Su intención clara era la de permanecer allí, la de ni otorgarnos un último adiós o un hasta siempre deletreado en la lejanía con sus manos.

Los farolillos de la avenida acababan de ser encendidos, las

escalerillas se habían desplegado y quedaron dispuestas para acoger la subida de todos nosotros al carromato. Entonces, intuyendo que el tiempo se le acababa y habiendo quedado su cuerpo a la vista —debido a las luces recién prendidas—, el bailarín agitó lento sus manos.

Deletreó palabras claramente entendibles y solo dirigidas a un solo receptor: Andrey.

—Tenga cuidado. —Con esa frase quiso zanjar cualquier malestar habido con su padre.

A continuación, y pensando yo que en aquella despedida a propósito me había obviado, volvió a batir sus dedos.

—Trátela como ella se merece.

No solo noté mi corazón comprimirse por aquella cuestión lanzada a su padre por darme por perdida, sino por la respuesta precoz que armó Andrey inmediata y sin reflexión alguna…

—Siempre la traté bien, hijo mío. —Dada la lejanía de Sacha, también utilizó la lengua de signos con sorprendente habilidad y poco atino en la respuesta.

Con aquella contestación tajante, sin más, sin entrever las consecuencias de su habla ligera, subió al carromato. El revolucionario Eduard batió su cabeza, negando con ella al entenderla y, a regañadientes por abandonar Petrogrado en una noche que podría suponer la abdicación deseada, con poco brío y aún convaleciente, aceptó también subir. Solo fueron los ruegos de una preocupada Irina por el terror de perderlo de nuevo los que lo convencieron de marchar de allí.

Mi amiga, la que mejor me conocía, la mujer que me acogió en el seno de su familia nada más arribar en aquella ciudad y que me hizo una de los suyos de manera inmediata, me abrazó con fuerza y susurró a mi oído algo que, entrevió, debía hacer, despedirse:

—Que nuestros caminos vuelvan a encontrarse de nuevo.

Sin tan siquiera mencionarlo, mi postura se lo dijo todo. Observó mi cuerpo reflexivo, mis ojos evadidos y vio el retroceso de mis pasos, alejándome de poco en poco del carromato… Supo ella con seguridad que yo no iría a ninguna parte. Que no subiría a él ni huiría con ellos a Kostromá a la granja de su suegra.

—Muy pronto amiga, muy pronto… —Desatasqué mi boca y repetí aquellas palabras al son de las caricias de mis manos sobre su cabeza, reposada con ternura en mi torso.

Arropada entre mi pecho, susurró, emocionada:

—Que el destino así lo quiera.

La tardanza que originó el adiós, hizo que se retrasara Irina en ascender al carromato donde a ambas los hombres nos esperaban. Andrey, alarmado por la demora, se asomó a la ventanilla de la

confortable calesa. Contempló el abrazo de esas dos verdaderas amigas como una avanzadilla a nuestro alejamiento definitivo.

Cuando ella subió, el capitán fijó sus ojos celestes en los míos oscuros —achocolatados, como decían que los tenía— y asintió. Entendió que, aun habiendo sido perdonado, esa vez fui yo la que había elegido sobre qué sería de mi vida a partir de aquel mismo instante en el que a nuestra historia daba por zanjada.

Con más claridad que ninguna otra vez, entreví el error que hubiese cometido de haber ignorado tantas señales. De haber obviado aquella última frase que no dejaba vislumbrar ningún cambio entre nosotros —«siempre la traté bien», cuando en verdad jamás lo había hecho—. Fue el impulso que necesité para ponerle un final distinto a mi existencia y, a la postre, la que petrificó cualquier intención de marchar a donde quisieran las circunstancias llevarnos.

El ruido del traqueteo de las ruedas del carruaje avanzando sobre los adoquines colmados de nieve se fue alejando de mis oídos. Su silueta ovalada se difuminó entre la neblina galopante que desde el río cercano fue entrando. Lo terminó ocultando su manto grisáceo, que imposibilitó que ya más lo viera.

Giré despacio, llevé mis ojos hacia la distante figura de Sacha, que quedó igualmente escondida entre la bruma espesa recién surgida.

Caminé hacia él con resquemor, pensando en las muchas cosas mal hechas. Mi cabeza fue golpeada por el pesar del recuerdo de aquel rechazo recién acaecido con el que ladeé mi rostro y evité su mirada cuando más me necesitaba.

Me alivió comprobar que no abandonó el lugar, que quedó con inalterable postura tras dejar ir al carromato y observar, que yo, finalmente, no me había ido.

Quedé paralizada llegando a mi destino totalmente escogido. Ni un paso más pude dar sin contemplar su rostro, sin comprobar si me acogía o me rechazaba el semblante de sus facciones.

En la densa niebla, se fue abriendo una senda en la que afloró con claridad su figura. Aquel despeje del camino hacia él me dejó ver la postura de sus brazos extendidos hacia el lugar donde yo había quedado detenida.

Corrí y corrí. Ya nadie me podría frenar, nada obstaculizar mi trayectoria final.

Choqué con frenesí, su pecho me acogió inmediato y sus manos me llevaron hacia él con tal presión que sentí convertirme en una extensión de su propio ser.

Noté que lo amaba, aunque también supe que debía seguir sanando muchas heridas.

—Pero tendrás que esperarme… —susurré a su oído, sabiendo que en mi interior continuaba derrumbando muros.

Aflojó uno de sus brazos. Llevó sus dedos hacia mi barbilla y los posó bajo ella. Subió mi rostro en dirección a su boca.

—Lo hice toda mi vida —deletrearon sus labios pausados, sin prisa, concediéndome el tiempo que le pedía.

Dimos la espalda a aquel palacio, también lo hicimos a habladurías futuras cuando unimos nuestras manos y emprendimos un camino desconocido que yo inicié con una gran certeza que a todo lo podría: me quedé al lado del hombre que más me quiso.

La vida me imposibilitó volver atrás, pero me concedió el tiempo suficiente para procurarme un maravilloso final.

Muy agradecida al lector por haber leído mi libro,
Andrea Golden

Si quieres conocer a la verdadera escultora de rostros o seguir descubriendo mis novelas…
Continúa leyendo hasta el final de la obra

Notas interesantes de la autora

No quería terminar este relato sin presentarles a la verdadera escultora de rostros. No ha sido esta su historia, solo fue mi imaginación y mis ganas de vivir y hacerles vivir aventuras la que inventó a Xena, pero, como en muchas otras de mis novelas escritas, algunos personajes, escondidos en la historia y de los que la mayoría desconocemos su existencia, me inspiran.

Leyendo, viendo documentales y armando mi nuevo relato, me topé con ella. Anna Coleman (1878 – 1939) no curaba heridas, pero sí esculpía rostros en una época en la que no existía la cirugía estética y el mundo atravesaba por el horror de la Gran Guerra.

Les invito a que la busquen, a que se interesen por la labor de esta extraordinaria mujer. Podrán encontrar información sobre ella en distintos blogs y/o en cualquier buscador escribiendo su nombre (hay imágenes de su arte que impresionan).

Esculpiendo rostros, sanando almas, Anna Coleman Ladd: www.mujeresenlahistoria.com

Su dedicación y buen hacer ayudaron a muchos de estos hombres a llevar una vida más normal, sobre todo, a enfrentarse a las relaciones en el ámbito público: mujeresconciencia.com

Anna Coleman Ladd, la mujer que arregló los rostros desfigurados en la IGM: www.elconfidencial.com

Quería diferenciarme de su técnica de alguna manera, no copiar la forma en la que construía las prótesis y las máscaras personalizadas. Otorgar a mi personaje su propia identidad aunque con igual resultado: el de conceder a los soldados desfigurados otra nueva oportunidad social.

Por eso construí mis piezas con cera, nada que ver con las máscaras ideadas por Anna Coleman.

Hice que mi escultora realizara el molde de la zona faltante. Que lo rellenara de cera fundida para que tomara forma y, una vez solidificada, la ahuecara por dentro para conseguir que fuera más ligera y poder acoplarla correctamente al rostro desfigurado.

Por otra parte, y aprovechando estas últimas líneas que me conceden, discurrí mucho el final de esta historia con la que espero haberles

transportado con gran realismo a los últimos meses de la Revolución Rusa de 1917 y ese trío singular que formé, primero, entre Andrey, Xena y Anna, y en la segunda parte de la novela, entre Andrey, Xena y Sacha.

Tengo que confesar que pensé el final de esta historia de muy distintas maneras: que ella dejaba marchar a Andrey y se quedaba sola en Petrogrado continuando con su labor, que triunfaba el perdón definitivo y le ofrecía otra oportunidad a su esposo… Pero, según transcurrían las hojas y me iba aproximando a la conclusión del libro, más me alejaba el comportamiento de Andrey de ella. Y, definitivamente, no fue merecedor de esa última oportunidad: la de pasar el resto de su vida con la erudita Xena.

Ese honor se lo concedí al veinteañero y maduro Sacha, se lo mereció él más que nadie por ser el hombre que la amó de forma más sincera y apasionada a pesar de su edad, bastante más joven.

Y de esta manera, comenzando su historia de amor, quedarán en la eternidad de este libro porque yo así lo quise.

Por cierto, mi imaginación y, supongo, que también la suya, habrá adivinado que Irina y Xena no tardarían mucho en volver a encontrarse y seguir con su hermosa labor.

Agradecimientos

Aunque me reitero, copio y repito esto en casi todas mis novelas, insisto en decirles que el escritor no existiría sin un lector que lea sus libros. No sé si viniste a mí a través de alguna de las lecturas de mis libros anteriores, y/o te acabas de adentrar en mis letras, y/o eres seguidor/a en mis redes sociales, cualquiera que sea tu caso, te estoy igualmente agradecida por la oportunidad concedida.

Dicho esto, el resto de reconocimientos va para aquellas personas que me han ayudado, que han vuelto a apoyarme en este trabajo tan solitario como es la escritura.

A mi pequeña familia, Juan y Andrea, por aguantar y respetar mi gran afición a costa de cederme y renunciar a bastante tiempo de estar juntos.

A Eugenia Alonso, su amistad la siento y la valoro. Y ella me la demuestra todos los días. No me atrevería a escribir ninguna historia sin tener su apoyo. La relee una y otra vez y me ofrece su opinión más sincera.

A Iselda, Encarni e Isa, otros pilares fundamentales en mi vida, motivo por el cual en todas mis líneas aparecen siempre personajes que representan esa amistad que tanto me hacen sentir todas ellas.

Nuevamente, confié la corrección de mi escrito a Paola C. Álvarez. Me acostumbré a la meticulosidad de su trabajo y no me cabe duda de que siempre será el mejor punto y final que puedo ofrecerle a mis obras.

A mis lectoras cero por su ayuda inestimable e impagable: Sonia Aguirre, Armo Alf y Lilian Yébenes.

A todos mis seguidores en especial a Juan Mateu, que un día leyó uno de mis libros y se quedó para siempre en mi reducido círculo de amigos virtuales.

A mis luchadoras amigas y amigos de profesión, a los cuales aconsejo que lean; Maria N. Mera, Lara Fuentes, Luis Castañeda, Mercedes Pinto, Clara Fuertes, Claudio Hernández, Teresa Mas y un largo etc.

A los blogs y grupos de Facebook que siempre apoyan mis estrenos:

Anuca: http://www.tejiendoideascosiendopalabras.com/

Annie: http://icebergdepapel.blogspot.com/

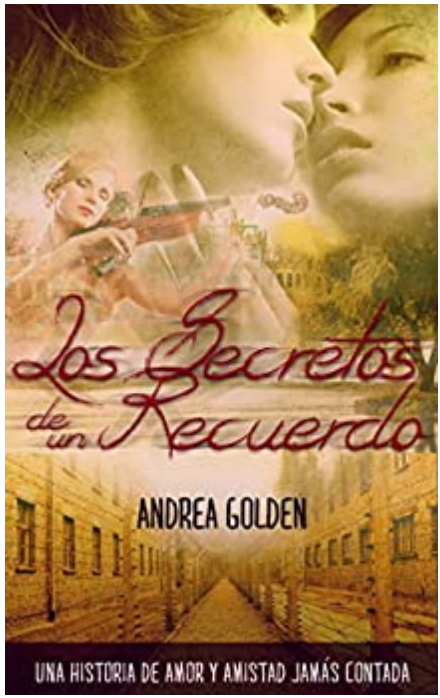
Adictas latinas de lectura erótica (María Karina y Nanda C.)

Divinas lectoras (Cecilia Pérez)

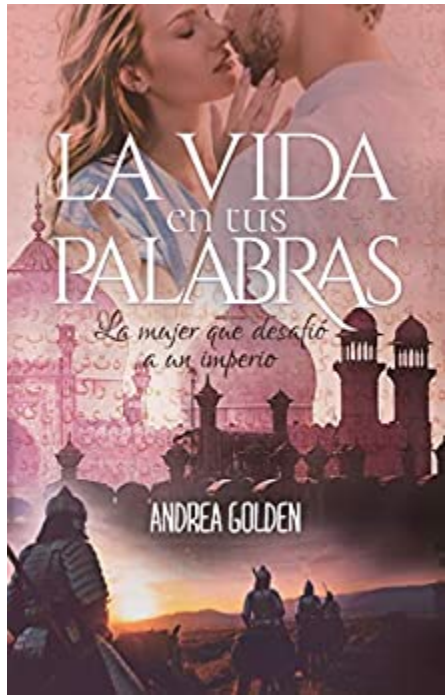
Contacto: tocandoelcielodemanhattan@gmail.com
Twitter: @Goldenescritora

Recuerde dejar la opinión de todas sus lecturas
Ojalá la vida me conceda más tiempo libre para seguir escribiendo historias

Otros títulos de Andrea Golden

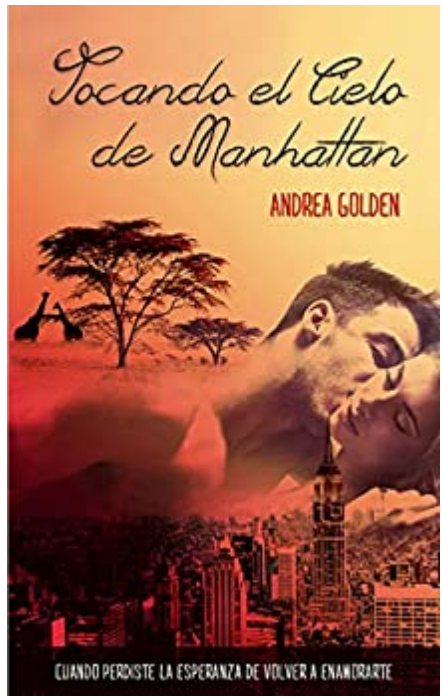


Los secretos de un recuerdo



La vida en tus palabras

Promesas al atardecer de Kenema



Tocando el cielo de Manhattan

(1) ¿De dónde vendrá mi socorro? Mi socorro viene del Señor, quien hizo los cielos y la tierra…

Índice de contenido

PARTE I. Hasta 1895
CAPÍTULO I. Inglaterra
CAPÍTULO II. Inglaterra
CAPÍTULO III. Inglaterra
CAPÍTULO IV. Inglaterra
CAPÍTULO V. Inglaterra
CAPÍTULO VI. Inglaterra
CAPÍTULO VII. Inglaterra
CAPÍTULO VIII. Inglaterra
CAPÍTULO IX. Rusia
CAPÍTULO X. Rusia
CAPÍTULO XI. Rusia
CAPÍTULO XII. Rusia
CAPÍTULO XIII. Rusia
CAPÍTULO XIV. Rusia
CAPÍTULO XV. Rusia
CAPÍTULO XVI. Rusia
CAPÍTULO XVII. Rusia
CAPÍTULO XVIII. Rusia
CAPÍTULO XIX. Rusia
PARTE II. Petrogrado (antigua San Petersburgo)
CAPÍTULO XX. Rusia
CAPÍTULO XXI. Rusia
CAPÍTULO XXII. Rusia
CAPÍTULO XXIII. Rusia
CAPÍTULO XXIV. Rusia
CAPÍTULO XXV. Rusia
CAPÍTULO XXVI. Rusia
CAPÍTULO XXVII. Rusia
CAPÍTULO XXVIII. Rusia
CAPÍTULO XXIX. Rusia
PARTE III. Petrogrado (antigua San Petersburgo)
CAPÍTULO XXX. Rusia
CAPÍTULO XXXI. Rusia
CAPÍTULO XXXII. Rusia
CAPÍTULO XXXIII. Rusia
CAPÍTULO XXXIV. Rusia
CAPÍTULO XXXV. Rusia
CAPÍTULO XXXVI. Rusia

CAPÍTULO XXXVII. Rusia
CAPÍTULO XXXVIII. Rusia
CAPÍTULO XXXIX. Rusia
CAPÍTULO XL. Rusia
CAPÍTULO XLI. Rusia
Notas interesantes de la autora
Agradecimientos
Otros títulos de Andrea Golden